

Élisabeth Roudinesco

el paciente, el terapeuta
y el Estado



Siglo veintiuno editores Argentina

Traducción de
Sara Vassallo

**EL PACIENTE,
EL TERAPEUTA
Y EL ESTADO**

por
Élisabeth Roudinesco





Siglo veintiuno editores Argentina s.a.

TUCUMÁN 1621 7º N (C1050AAG). BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D. F.

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Étrangères et du Service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Edición Victoria Ocampo, ha sido beneficiada con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Roudinesco, Élisabeth.

El paciente, el terapeuta y el Estado / Élisabeth Roudinesco

1ª ed. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

144 p.; 21x14 cm – (Psicología y Psicoanálisis)

Traducido por: Sara Vasallo.

ISBN 987-1220-07-3

I. Psicología. I. Sara Vasallo, trad. II. Título.

CDD 150

Título original: *Le patient, le thérapeute et l'État*

© 2004, Librairie Arthème Fayard

Portada: Peter Tjebbes

© 2005, Élisabeth Roudinesco

© 2005, Siglo XXI Editores Argentina S.A.

ISBN 987-1220-07-3

Impreso en 4sobre4 S.R.L.

José Mármol 1660, Buenos Aires,
en el mes de mayo de 2005

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina – Made in Argentina

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
I.	
El charlatán.....	13
II.	
Las psicoterapias.....	37
III.	
El universo de las sectas.....	65
IV.	
Espejismos del peritaje.....	85
V.	
Del buen y del mal gobierno.....	111
Anexos.....	133

A la memoria de Maud Mannoni

Si no eres tú, entonces es tu hermano.

JEAN DE LA FONTAINE

Agradecimientos

Expreso mi más profundo agradecimiento a Roland Gori y Marie José del Volgo, por haberme acompañado a lo largo de la redacción de este libro, confiándome muchos documentos.

Agradezco también a Philippe Grauer y Armand Touati, que me ayudaron a descalificar muchos rumores sobre las prácticas psicoterapéuticas en Francia.

Mi gratitud se dirige asimismo a Antoine Courban por haber clasificado para mí las diferentes medicinas, guiado por la certeza del valor transhistórico del juramento de Hipócrates.

Agradezco además a Sergio Benvenuto y a Paola Mieli por sus indicaciones acerca de las relaciones que mantienen el psicoanálisis y las psicoterapias con el Estado en los Estados Unidos y en Italia, lo que me permitió compararlas con las disposiciones legales dominantes en Francia, Gran Bretaña y Austria.

Gracias, por fin, a todos los que me aportaron su ayuda: Chawki Azouri, Françoise Caron, Jacques Derrida, François Régis Dupont-Muzart, Carmen Hernández, Catarina Koltai, Danièle Lévy, Henri Roudier.

I.
EL CHARLATÁN

“Cuando detuvieron a los comunistas, no dije nada, porque yo no era comunista. Vinieron a buscar a los socialistas y no dije nada porque yo no era socialista. Vinieron a detener a los dirigentes sindicales y no dije nada porque no era dirigente sindical. Vinieron por los judíos y no dije nada porque yo no era judío. Después vinieron a detenerme a mí y no quedaba ya nadie que pudiera decir nada”.¹

El horror que sentimos al leer este testimonio se debe a su valor de verdad universal. Ya sea que vivamos en democracia o bajo el yugo de regímenes dictatoriales, ya sea que trabajemos en una colectividad, del tipo que fuere, o que pertenezcamos a una comunidad cualquiera, en suma, cualesquiera que sean las circunstancias históricas, no debemos ceder nunca al método del silencio ni a la aceptación de la arbitrariedad legal. Porque si entramos en la espiral del terror que nos inspira la alteridad, creyendo que estamos salvaguardando la paz de nuestro propio reino, perdemos primero el honor y luego la libertad. Y en última instancia, favorecemos la guerra.

Sin embargo, no fueron otros el método ni el acto que adoptaron y aceptaron los representantes de las más poderosas sociedades francesas psicoanalíticas el 12 de diciembre de 2003.² Frente a un mi-

¹ Testimonio del padre Niemöller a propósito del período nazi. Citado por André Sirota. *Figures de la perversion sociale*, París, EDF, 2003, p. 22.

² La Sociedad Psicoanalítica de París (SPP), la Asociación Psicoanalítica de Francia (APF), ambas afiliadas a la International Psychoanalytical Association (IPA) fundada por Sigmund Freud en 1910, así como la Organización Psicoanalítica de Lengua Francesa (OPLF), la Asociación Lacaniana Internacional (ALI) y la Sociedad de Psicoanálisis Freudiano (SPF). Solamente la Escuela de la Causa Freudiana (ECF), fun-

nistro benevolente y deseoso de inscribir en el Código de Salud Pública una ley susceptible de garantizar la “seguridad” para los “usuarios” (es decir, los pacientes afectados por un gran “dificultad para vivir”) con el fin de protegerse de los charlatanes (es decir, de los psicoterapeutas), reclamaron que se los dispensara de toda forma de vigilancia estatal, a cambio de lo cual entregaron oficialmente en manos del Estado protector la “lista” de sus miembros, consignada hacía ya tiempo en guías disponibles para quien quisiera consultarlas.

¿Pero qué es una lista?

Las listas, los inventarios, las guías, los catálogos, en resumen, todo rastro de una contabilidad o de un censo, sirvieron siempre como soporte tanto para la creación de métodos literarios como para el ejercicio del poder del Estado.³ Anárquica, ordenada o susceptible de modificación, la lista *como tal* asegura una perennidad a la cosa nombrada. Toda lista posee un carácter traumático, porque toda lista crea un acontecimiento. Fue por eso, sin duda, que los hombres, cualquiera que fuera la cultura a la que pertenecieran, siempre recurrieron a listas para dar testimonio del hecho de que su historia no se reducía a un delirio o una ficción. En los Estados democráticos, donde rige la transparencia, la lista debe estipular la norma y excluir el desorden. Pero en los regímenes dictatoriales, por el contrario, puede instituir la tiranía, considerando la alteridad como una anomalía o un desvío.

dada por Jacques-Alain Miller, sostenido éste sobre todo por Bernard-Henri Lévy, Jean-Claude Milner, Catherine Clément, Philippe Sollers y Jack Lang, se negó a asociarse a ese acto al que, por otro lado, adhirieron otras tres asociaciones: Espacio Analítico (EA), la Internacional de los Foros del campo lacaniano (IFCL) y la Fundación Europea de Psicoanálisis presidida por Moustapha Safouan, vale decir, 3.500 psicoanalistas sobre un total de 5.000 que figuran en los listados y de 6.000 si se incluyen los no inscritos. Asistieron a esta reunión, cuyo informe publiqué en *Le Nouvel Âne* (3 de enero de 2004): Marilia Aisenstein, Gérard Bazalgette, Edmundo Gómez Mango, Patrick Guyomard, Claude Landman, Lilia Mahjoub, Charles Melnan, Jacques Sédar, yo misma, Jean-François Mattei, ministro de Salud, y su asesor Alain Corvez. Un manifiesto lanzado en febrero de 2004 a la iniciativa de René Major, Michel Plon, Eric Porge, Franck Chaumon, Pierre Bruno, Pierre Marie, Cécile Drouet, Guy Lérès y Sophie Aouillé hizo un llamado a los psicoanalistas independientes para que rechazaran ese acto. El llamado recogió 500 firmas. Véase *L'Humanité* del 29 de marzo de 2004.

³ Véase Élisabeth Roudinesco, “La liste de Lacan”, *Revue de la BNF*, octubre de 2003.

Ese gesto altamente simbólico, que consistió en entregar al Estado una lista de nombres inscriptos en anuarios, hizo que los representantes de las sociedades psicoanalíticas se excluyeran del mundo de los psicoterapeutas, integrándose en un poder del Estado que los reconoce —sin exigirles ningún diploma específico— como no charlatanes, al modo de los médicos y los psicólogos poseedores de diplomas estatales. El objetivo del Ministerio de Salud es desterrar de la ciudad a los psicoterapeutas que no tengan diploma, para reemplazarlos por médicos y psicólogos. Al conceder a los psicoanalistas un privilegio discriminatorio, el Estado los autoriza, por consiguiente, *de facto*, a volverse psicoterapeutas aun cuando no tengan diplomas.

Hay en esto algo aberrante. Porque, en efecto, o bien el Estado reconoce solamente como terapeutas a aquellos a los que entrega un diploma universitario (de medicina o de psicología), o bien acepta que se otorgue ese título a todos los que, con o sin él, practican terapias, luego de haberse formado profesionalmente en asociaciones privadas. En el primer caso, ni los psicoanalistas ni los psicoterapeutas deberían ser habilitados por el Estado si no poseen diplomas específicos para ello, mientras que, en el segundo caso, los psicoterapeutas deberían obtener un estatuto idéntico al de los psicoanalistas, ya que unos y otros reciben su formación profesional en asociaciones privadas.

Justamente porque ese privilegio otorgado al psicoanálisis es insostenible desde el punto de vista de la ley, el ministro, benevolente y preocupado en lo más profundo de su alma por convertirse, en Francia, en protector del psicoanálisis, reclamó que se le entregaran las listas y, más aún, que se elaborara una guía común en el futuro. Habiendo decidido salir a la caza de los charlatanes, obligando a los psicoterapeutas sin diploma a inscribirse en listas prefecturales para poder contabilizarlos, hacer los censos y pesquisas correspondientes, el Estado no podía de ningún modo —so pena de infringir la ley— otorgar a los psicoanalistas un estatuto de excepción.

Es así como pudo reclamarles lo que Mefistófeles ofrece a Fausto, es decir, un pacto de servidumbre voluntaria. Para no ser designados automáticamente como charlatanes, a modo de los psicoterapeutas sin título, y para eludir las evaluaciones de los representantes del poder médico, se otorgaron a sí mismos, de esa manera, el derecho de discernir lo que es, o no es, un terapeuta del alma. Los psicoana-

listas comprometidos en ese pacto ganaron en el terreno de la excepción lo que perdieron en el de la libertad. Habiendo renunciado a su ética, podrán entregarse de lleno, de ahora en adelante, entre ellos, sin límites y con pleno goce, a una cacería de listas, con el objetivo de excluir, sin que el Estado ni siquiera tenga que encargarse de ello, a los que dentro de sus corporaciones serían susceptibles de ser señalados como charlatanes.

A través del acto del 12 de diciembre, los representantes de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP), que adhieren a un freudismo clásico, han logrado una verdadera hazaña. Al frecuentar desde hace años, en forma regular, a los representantes de la República en oportunidad de congresos, encuentros y coloquios de toda índole, en la Asamblea nacional o en el Senado,⁴ lograron incluir a tres de las más poderosas sociedades lacanianas de Francia, en su política de integración del psicoanálisis en el poder médico. El enemigo común, odiado por todos ellos, es el yerno de Lacan, Jacques-Alain Miller, encarnación de la legitimidad del maestro y animador de la muy potente Escuela de la Causa Freudiana (ECF) fundada en 1981.

Así, los elegidos de la República cayeron en la trampa. Al preocuparse por excluir a los charlatanes del tratamiento de la salud mental mediante un nuevo Código de Salud, y respondiendo así a las quejas de los “usuarios”,⁵ convocaron como consejeros a psiquiatras y psicoanalistas supuestamente objetivos y preocupados por el bien público. Pero en realidad, lo que hicieron, sin saberlo, fue favorecer la eclosión de la persecución de charlatanes dentro del ámbito psicoanalítico francés. Los psicoanalistas de la Escuela de la causa freudiana son los únicos, en efecto, que reivindicaron públicamente la práctica de sesiones cortas y no cronometradas, lo cual los señala como impostores ante la mirada de sus enemigos de la SPP, que defienden otra técnica de la cura.

⁴ Se encuentran huellas de todos estos coloquios en diversos sitios de Internet. Véase en especial el que se mantuvo el 23 de marzo de 2000 por iniciativa de Bernard Accoyer; el cual me confirmó durante una conversación privada en enero de 2004 que ignoraba a qué grupos psicoanalíticos pertenecían sus “asesores” psiquiatras. El lector encontrará en los anexos de este libro la lista de las diferentes corrientes del psicoanálisis en el mundo, entre las cuales figura el lacanismo.

⁵ Éste es el término con el cual el Ministerio de Salud denomina a los pacientes.

El asunto se complica más aún si pensamos que muchos de los aliados lacanianos de la SPP reivindican también la práctica de las sesiones cortas. ¿No corren el riesgo entonces de que sus aliados los cataloguen a su vez como charlatanes? Otro problema es que los miembros de la IPA designan con el término de “cura psicoanalítica” una práctica que responde a criterios técnicos muy precisos, ya que debe llevarse a cabo a razón de cuatro o cinco sesiones por semana y con pacientes en posición acostada. Llamen en cambio “psicoterapia psicoanalítica” a la cura realizada frente a frente a razón de dos o tres veces por semana. Para los lacanianos, por el contrario, son curas psicoanalíticas tanto las que se efectúan cara a cara como las que se desarrollan con el paciente acostado en un diván. El único criterio que se toma en cuenta es la formación del terapeuta. Si es psicoanalista, está habilitado para practicar curas psicoanalíticas con el paciente en cualquier posición. En opinión de los lacanianos, las psicoterapias —centradas en la sugestión y la búsqueda de una curación inmediata— no son, por consiguiente, curas psicoanalíticas, sino técnicas de curación y adaptación al orden del mundo, aunque algunos psicoanalistas recurran a ellas aquí o allá dentro de diferentes instituciones.

¿Diremos de los unos que son charlatanes y de los otros que no lo son? ¿Un mismo psicoanalista deberá inscribirse en una lista de psicoterapeutas según pertenezca a una u otra escuela o reciba a pacientes en posición sentada o acostada?

Sea como fuere, es la primera vez en Francia, y en virtud de una ley de la República,⁶ que se convierten en asunto de Estado debates

⁶ Ha aparecido una cantidad impresionante de enmiendas a la ley desde el año 2000. Remito para ello a los capítulos II y V del presente libro. El 8 de octubre de 2003 se votó en la Asamblea nacional, por iniciativa de Bernard Accoyer, y con unanimidad de los trece diputados presentes, una enmienda al Código de Salud que desencadenó una polémica general en todas las corporaciones de la psique, ya se tratase de psicólogos, psicoterapeutas, psicoanalistas o psiquiatras. De acuerdo con los psicoanalistas “entregadores de listas”, Jean-François Mattei y Francis Giraud redactaron nuevamente la enmienda, que fue adoptada luego en una segunda lectura por el Senado el 19 de enero de 2004, según el texto siguiente: “El uso del título de psicoterapeuta está reservado a los profesionales inscritos en el registro nacional de los psicoterapeutas. La inscripción se registra en una lista establecida por los representantes del Estado en el distrito de su residencia profesional. Se exime de esa inscripción a los titulares de un diploma estatal, a los psicoanalistas regularmente inscritos en los repertorios de sus

científicos sobre la técnica psicoanalítica, debates que venían efectuándose a la vista de todos desde hace cuarenta años. Todo ocurre a partir de ahora como si esos psicoanalistas entregadores de guías hubieran autorizado al Estado a tomar posición, a su vez, en el campo de una querrela científica acerca de la cual no posee competencia alguna.*

¿Habremos llegado al punto en que, en nombre de la “seguridad” de la población y de la persecución de los impostores, le pidamos al Senado o a la Asamblea que dé su consentimiento esclarecido acerca del modo de tratar tal o cual tipo de psicosis, cáncer o enfermedad cardiovascular?

Una vez adquirida la garantía, por cierto ilusoria, de que sus escuelas permanecerían intocables⁷ y de que únicamente los psicoterapeutas se verían obligados a inscribirse en listas, los psicoanalistas que firmaron el pacto de las guías entraron en la espiral infernal de la detección de los charlatanes. En una primera fase pudieron comprobar que el Estado mostraba sumo interés en calificar al conjunto de los profesionales que se ocupan del “dolor de vivir” con el fin de evaluarlos. Y en un segundo momento, después de haber sido eximidos de

asociaciones”. En abril de 2004, esta enmienda fue modificada nuevamente por el diputado Jean-Michel Dubernard y luego enviada al Senado. Los diputados de izquierda votaron por el retiro liso y llano de todas las enmiendas. En su forma actual, el artículo 18 (18 quater) sobre el encuadre de las psicoterapias en Francia parece inaplicable.

* El texto definitivo del artículo 18 quater votado después de la publicación del libro de É. Roudinesco puede consultarse en Internet: www.effet-freudien.com/effetfreudien/Amendement/Dubernard.htm. “Article 18 quater: Usage du titre de psychothérapeute”. El artículo 18 quater, retomando la enmienda Accoyer, fue examinado nuevamente por el Senado, que ha realizado una cantidad considerable de debates, al cabo de los cuales ha propuesto que el uso del título de psicoterapeuta sea reservado a los profesionales inscritos en el Registro Nacional de Psicoterapeutas. La inscripción figura en listas preparadas en cada distrito. El tercer punto del artículo propone que los solicitantes que poseen un diploma de doctor en medicina o los psicólogos con diplomas estatales sean dispensados de la inscripción, al igual que los psicoanalistas registrados en los sumarios de sus asociaciones. La obligación de inscripción atañe solamente a los profesionales que no pertenecen a ninguna de estas tres categorías. Estas decisiones están acompañadas de discusiones minuciosas acerca del sentido de las frases del artículo (véase “Amendement/Dubernard” en el sitio mencionado). [T.]

⁷ Las asociaciones que suscribieron al pacto de las guías se declararon satisfechas y reaseguradas por la benevolencia del ministro y la nueva redacción del texto de la enmienda (Comunicado de la AFP del 21 de enero de 2004).

la lista de la Prefectura, se pusieron a catalogar a los psicoanalistas sin guías, o simplemente hostiles a la ley, como charlatanes.

La prueba de ello, por si no hubiera bastantes, es la declaración de Bernard Brusset, miembro de la SPP. En cuanto el Senado votó la enmienda, se apresuró, con la complicidad de los “buenos lacanianos,” que habían adherido a su política de las listas, a cubrir de oprobio a los otros lacanianos, los de la Escuela de la Causa Freudiana (ECF), acusados de impostura con el pretexto de que no respetarían las “normas internacionales” impuestas por la IPA: “Sean cuales fueren los aportes de Lacan, reconocidos por todos, a la teoría psicoanalítica, su práctica rompe con las normas internacionales y con el método freudiano de asociación de ideas. Las sesiones sin cita previa, su duración variable pero a menudo breve, pueden ser eficaces para aquellos que son capaces de efectuar un autoanálisis. El aforismo de Lacan “El psicoanalista sólo se autoriza por sí mismo y por algunos otros” ha producido abusos, perjuicios e incluso, a veces, estafas caracterizadas. Su incidencia resulta muy pesada en el legado del psicoanálisis, teniendo en cuenta, sobre todo, que excelentes psicoanalistas lacanianos han vuelto a prácticas más serias y se esfuerzan por organizar formaciones profesionales coherentes en el seno de sus asociaciones.”⁸

Que no se nos entienda mal: podemos y debemos criticar la práctica de las sesiones breves.⁹ Pero es inaceptable que algunos psicoanalistas puedan utilizar el poder público para dedicarse a perseguir a otros, cualesquiera que sean, con el objetivo de hacer triunfar supuestas “normas” en contra de supuestas “desviaciones”. Porque esas supuestas normas no son establecidas en absoluto por el Estado, y menos aún las desviaciones, las transgresiones o los abusos, ya que lo único que compete al Estado es reconocer los diplomas otorgados en las universidades. Dicho de otro modo, el Estado debe comprometerse a no intervenir en ese tipo de debates, y en el caso de que a algunas asociaciones se les ocurriera utilizar los poderes públicos para dirimir

⁸ Sitio *Oedipe*, 25 de enero y 1^a de febrero de 2004.

⁹ Como lo he hecho yo misma en varias oportunidades. Para esta cuestión y en cuanto a la significación de la frase citada de Lacan, véase Élisabeth Roudinesco, *Esquise d'une vie, histoire d'un système de pensée*, París, Fayard, 1993 [*Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994].

sus divergencias, el Estado debe negarse a apoyarlas, para no sobrepasar su propia responsabilidad.

A diferencia de la persecución orquestada por la SPP, una jurista y un filósofo tuvieron la valentía de interrogarse sobre uno de los aspectos esenciales de esta discusión. En un texto titulado “No nos priven de nuestros charlatanes”, firmado por varios psicoanalistas, éstos alegan la libertad de los pacientes oponiéndose a la manía del control de carácter médico: “Nosotros, que nos hemos empeñado en una psicoterapia o en un psicoanálisis, que nos hemos comprometido o podemos estarlo, pedimos a las ‘autoridades sanitarias’ que tengan la amabilidad de dejar de protegernos de nuestros charlatanes. En efecto, no habiendo caído aún bajo el régimen de la tutela, pensamos que somos capaces de elegir, asumiendo los riesgos correspondientes, a nuestros psicoanalistas y a nuestros psicoterapeutas”.¹⁰

Pero ¿qué es un charlatán y por qué un Estado tiene que inmiscuirse en la cuestión de saber quién tiene, o no tiene, derecho a ocuparse del sufrimiento del alma?

Originada en la lengua italiana en 1572, la palabra “charlatán” significa literalmente “habitante de Cerreto”¹¹ y en sentido figurado “el que grita en los mercados”, “macaneador” y sobre todo “vendedor de drogas” y “charlatanerías”. A partir de fines del siglo XVII, el término designa de modo peyorativo a los malabaristas, a los dentistas, a los vendedores de sopa de sapo, en resumen, a todo impostor que explota la credulidad pública.

Toda sociedad otorga un lugar a la figura del impostor, por el hecho mismo de que sólo puede funcionar a condición de definir claramente a quién rechaza y a quién incluye en función de las normas que se ha fijado. Así, el charlatán, de cualquier manera que se lo denomine, es siempre una figura estructural de lo heterogéneo. Definido como parte maldita,¹² es lo que escapa a la razón o al *lógos*. Es el

¹⁰ Marcela Jacob y Patrice Maniglier; “Laissez-nous nos charlatans”, *Le Monde*, 3 de diciembre de 2003. Véase también René Major, “La psychanalyse est-elle sécurisable?”, *Magazine Littéraire*, 428, febrero de 2004.

¹¹ Aldea situada cerca de Espoleto, cuyos habitantes vendían drogas en los mercados.

¹² Georges Bataille, *La part maudite, Oeuvres complètes*, t. VII, París, Gallimard, 1976 [*La parte maldita*, Barcelona, Icaria, 1987].

diablo, el excluido, lo sagrado, la suciedad, la pulsión, lo inconfesable, la muerte. Pero es a la vez la droga (*pharmakon*), el dispensador de drogas (*pharmakos*), el drogado, el chivo emisario o el mártir que es preciso castigar para que la comunidad se regenere. El charlatán, por consiguiente, es un ser doble: carga con la sanción, pero es también la condición de toda sanción. Otorga la curación con ayuda de pociones milagrosas y a la vez distribuye el veneno. Envenenador o reparador, tirano o miserable, el charlatán es el *otro* de la ciencia y de la razón, el *otro* respecto de nosotros mismos.¹³

En Francia, los nuevos códigos del saber, que rigen las relaciones entre la enfermedad y el sujeto enfermo, nacen luego de la Revolución, favorecidos por la invención de la clínica médica salida del “delantal” de Xavier Bichat.¹⁴ El sujeto enfermo se convierte en un “caso” en que se inscribe lo universal de la enfermedad, y el síntoma se torna un elemento signifiante que permite la construcción de vastas nosologías¹⁵ y potentes programas de lucha contra los miasmas y los daños. Emerge de todo ello una conciencia médica, predictiva, normativa, colectiva, fundada en el higienismo, y que va borrando progresivamente la noción de enfermedad vivida por el sujeto y enviada por Dios. Aparece, entonces, la voluntad estatal de la medicación de la comunidad.¹⁶ La salud no se define ya como un estado antagonista de la enfermedad, y los dos términos desaparecen paulatinamente del discurso médico para ceder su lugar a una representación del sujeto, del cuerpo y la sociedad centrada en la alternancia de la norma y la patología.

¹³ Recordemos que en la tragedia de Sófocles, Edipo, después de su crimen, pasó del estatuto de sabio y tirano al de chivo emisario y depositario de la suciedad.

¹⁴ Xavier Bichat (1771-1802): médico y cirujano francés. Iniciador de la primera medicina científica que se desarrollará luego con Francois Broussais (1772-1838), Claude Bernard (1813-1878) y Louis Pasteur (1822-1895). “Abriendo cadáveres”, Bichat liga la clínica con la anatomía y define la vida como el conjunto de las funciones que resisten a la muerte. Véase Michel Foucault, *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, Madrid, Siglo XXI, 1999.

¹⁵ Nosología: sistema de clasificación de las enfermedades.

¹⁶ La medicina estatal nació en Alemania a principios del siglo XVIII al mismo tiempo que la “ciencia” de Estado. Véase Michel Foucault, *Dits et écrits*, t. III, París, Gallimard, 1994, pp. 210-211.

Se tratará a partir de entonces, para los responsables de las políticas estatales de la salud, no solamente de mejorar la suerte de los enfermos, sino de garantizar la protección del pueblo, víctima posible de los rituales de los curanderos, brujos o distribuidores de pociones mágicas, atemorizado sobre todo por el espectro de las epidemias, cuya amenaza era vivida como correlato de la disolución de las costumbres y de la pérdida de la autoridad monárquica. A partir de mayo de 1803, el Estado pone en práctica los principios de una medicina científica. Sus profesionales se formarán, desde entonces en adelante, en facultades que les otorgarán diplomas. Todos aquellos que ejercen su arte de acuerdo con las tradiciones del Antiguo Régimen deben registrar sus títulos en listas si no quieren ser asimilados a charlatanes, es decir, curanderos ilícitos.¹⁷

Pero las cosas no son tan simples. En esa época, que duraría aún sesenta años más, la medicina se separa poco a poco de la tradición hipocrática de los “humores”, pero todavía no es capaz de curar las enfermedades a las que da un nombre y cuyos mecanismos fisiológicos empieza a comprender. Dicho de otro modo, en el momento mismo en que el Estado inaugura su gran lucha contra el oscurantismo de las creencias, la medicina no ha elaborado aún tratamientos curativos que pueda ofrecer al público. Georges Cabanis se conforma por el momento con formular la pregunta: “¿El arte de curar se funda en bases sólidas?”. De ese modo, la medicina sigue siendo una ciencia de la observación, pero no de la experimentación. Por eso, debe enseñarse en los hospitales, donde el paciente se transforma en un “caso”, y no en la universidad, donde “se escuchan libros sin ver la naturaleza”.¹⁸

Aunque el Estado arrebate a la Iglesia la gestión de la salud pública, el pueblo sigue apegado a sus creencias, incitado a ello por los sacerdotes que interpretan los males biológicos como un castigo divino al que todos debemos someternos. Y para eternizar esta moral de la necesidad del sufrimiento en contra de la medicina de las Luces, recomiendan recurrir a los milagros, los rosarios, las novenas, los peregrinajes, pero también a técnicas más paganas y ocultas practica-

¹⁷ Véase Jacques Léonard, *La médecine entre les pouvoirs et les savoirs*, París, Aubier, 1981.

¹⁸ Georges Canguilhem, *Études d'histoire et de philosophie des sciences*, París, Vrin, 1968.

das por los curadores de animales, especialistas de heridas, aprendices y conjuradores de toda laya. Es así como, durante un siglo, los médicos de la ciencia van a cohabitar con los charlatanes.

Y como la historia de la charlatanería sigue el mismo camino que el recorrido por la ciencia, los practicantes de saberes ocultos, lejos de permanecer tributarios de las antiguas técnicas mágicas de cura, se volverán ellos mismos médicos poseedores de diplomas de Estado. Más aún, extraerán sus métodos de la ciencia, y le pedirán prestado sus cálculos, predicciones y medicaciones. Preocupados por combatir la ciencia mediante *otra* "ciencia", se van a separar de los sacerdotes y de la religión para construir una "medicina" que va a asemejarse en apariencia a la medicina científica, a la que darán el nombre de "homeopatía".

Inventada por Federico Samuel Hahnemann, un médico alemán deseoso de combatir la ineficacia de los tratamientos de la medicina científica en la primera mitad del siglo XIX, la homeopatía se basa en una terapéutica llamada de las "altas diluciones", que consiste en producir en el hombre sano síntomas semejantes a los de la enfermedad que se pretende erradicar. Pero como esas "diluciones" no son sino sustancias desprovistas de todo principio activo, ello significa que cuando producen una sensación de bienestar en un paciente, actúan por sugestión, en virtud de lo que llamamos hoy en día un "placebo".¹⁹

Competiendo alegremente con la ciencia por el hecho de recurrir a la química, la homeopatía consiste en realidad en una placebo-terapia que rehabilita el vínculo perdido por la medicina entre el enfermo y su enfermedad, entre el terapeuta y el paciente. Para decirlo de otro modo, contra los excesos de una medicina científica estatizada, anónima, centralizada, la homeopatía propone al sujeto moderno un retorno a una especie de espiritualidad animista o naturalista, basada en regímenes alimenticios y en una búsqueda de la unidad de la persona.

Hubiera sido lícito pensar que con el formidable surgimiento de una medicina científica realmente curativa en el siglo XIX, la homeo-

¹⁹ Actualmente se da el nombre de "placebo" a una sustancia desprovista de todo principio activo. Los laboratorios farmacéuticos utilizan su principio en ciego (sobre pacientes) o en "doble ciego" (sobre pacientes y a sabiendas de los médicos) para hacer pruebas con moléculas activas.

patía iba a desaparecer, al igual que todas las medicinas llamadas “paralelas” heredadas de la tradición popular de los curanderos. Pero no ocurrió así en absoluto. Como saber oculto basado en un ritual de exorcismo, cimentando su legitimidad en las incertidumbres de la razón, se desplegó en el mundo entero como hubiera podido hacerlo un movimiento ecológico-naturalista, con sus adeptos, sus escuelas divergentes, sus escisiones, sus jefes espirituales, y sobre todo con sus ceremoniales terapéuticos: toma sublingual del remedio en horas fijas, evitamiento de la menta o rechazo de otras sustancias consideradas incompatibles, etc. En cuanto a los muchos estudios que aportaron la prueba de la no actividad de sus diluciones, no hicieron más que fortalecer su éxito dentro de un público cada vez más extendido.

Legitimada oficialmente en 1982, enseñada desde entonces en la Facultad de Medicina, la homeopatía es aplicada actualmente en Francia por médicos que no se consideran en absoluto charlatanes y que son reconocidos por el Estado, gracias a sus diplomas, como auténticos terapeutas.²⁰ Y sin embargo, una gran parte de la corporación médica se sigue oponiendo a esa validación, como lo prueban las declaraciones oficiales de la Academia de Medicina, uno de cuyos miembros escribía en 1985: “No hay motivo para oficializar una enseñanza que no se basa en datos científicos. ¿Tendremos que oficializar en tiempos venideros la varita del antiguo descubridor de fuentes de agua, y considerarla un instrumento diagnóstico tan válido como el estetoscopio, o la imposición de manos como procedimiento terapéutico?” Y agrega: “Las medicinas paralelas constituyen una regresión que nos hace retroceder a una era precientífica de la humanidad”.²¹

De este modo, la homeopatía es a la medicina científica lo que los movimientos carismáticos son a la religión, es decir, una creencia

²⁰ La homeopatía es merecedora de un diploma llamado “medicina natural” al igual que la mesoterapia, la auriculoterapia, la fitoterapia o la osteopatía.

²¹ Declaraciones del profesor Gounelle de Pontanel en *Le Figaro* del 4 de abril de 1984 y del profesor Sournia en la revista *Science et Vie*, n^o 150, marzo de 1985. Véase también François Laplantine y Paul-Louis Rabeyron, *Les médecines parallèles*, París, PUF, Col. “Que sais-je?”, 1987 y Jean-Marie Abgrall, *Les charlatans de la santé*, París, Payot, 1998, p. 10.

que imita la verdad. “Poco importan —escribe Thomas Sandoz— las fallas inherentes a las leyendas terapéuticas que acompañan a la homeopatía [...] Ésta simboliza perfectamente un intento logrado y legítimo por devolver tanto a los pacientes como a los profesionales el sentimiento de ser médica y socialmente activos. Esto significa muy poco si se la compara con las ciencias médicas, pero resulta crucial desde el punto de vista de la psicología de la salud”.²²

Durante dos siglos, todas las políticas llamadas de “salud pública” permitieron que la medicina científica afirmara su superioridad sobre todas las otras terapéuticas —mágicas, culturales, esotéricas— sin haber logrado erradicarlas nunca.

Pero la homeopatía no es, a este respecto, la única medicina llamada “paralela” o “alternativa” que haya logrado implantarse de un modo tan espectacular en los países democráticos (donde la ciencia médica ha logrado supuestamente obtener un sustento racional en todas las capas de la sociedad). En realidad, desde hace un cuarto de siglo, la búsqueda de la estima de sí mismo y del desarrollo personal se ha vuelto uno de los resortes más importantes de la cultura del narcisismo que caracteriza a las clases medias de las sociedades occidentales. En este contexto, la salud no se define ya solamente como “el silencio de los órganos”, es decir, como la falta de enfermedad o de invalidez, sino como un estado de bienestar físico, social y mental cuyo horizonte fantasmático sería el acceso a la inmortalidad.

No debe asombrar, entonces, que las grandes políticas de salud pública, ligadas a una concepción experimental de la medicina, hayan amplificado la potencia de un gran mercado de la ilusión terapéutica. Mirados como objetos cuyos cuerpos son explorados en silencio, o tratados como enfermos amenazados por la locura de sus neuronas o sus genes, muchos sujetos que sufren, aterrorizados ante la idea de una pérdida de sí, buscan refugio ya sea en sectas, ya sea en psicoterapias o en múltiples medicinas paralelas, naturales o alternativas que están actualmente en plena expansión. Esoteristas, curanderos, iridólogos, falsos kinesiólogos, magnetizadores, astrólogos, adeptos del ayuno, creyentes en la terapia urinaria, naturópatas,

²² *Dictionnaire de la pensée médicale* (ed. por Dominique Lecourt), París, PUF, 2004, p. 582.

instaladores de ventosas, cancerólogos utilizadores de plantas, vendedores de píldoras milagrosas o de remedios rejuvenecedores, rivalizan en proponer recetas con el fin de tomar a su cargo toda la miseria de una sociedad enferma por el progreso y entregada a la desesperación identitaria inherente a la mercantilización del mundo.²³

Esta formidable cultura de la ilusión terapéutica se caracteriza, especialmente en Francia, por la creación de grupos o redes cuyas pociones, pomadas y píldoras son acogidas fervorosamente por muchas revistas que adoptan con la misma convicción los tratamientos de la medicina científica. Es el caso de *Santé magazine* [La revista de la salud], *Présentation santé* [Presentación Salud], *Prévention santé* [Prevención Salud], *Plantes et médecines* [Plantas y medicinas], *Médecines nouvelles* [Nuevas medicinas], etc. Se ha producido, sin embargo, un cambio importante entre fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI. En 1984, el libro de la cantante Rika Zaraï, *Ma médecine naturelle* [Mi medicina natural], como exponente contrario de la medicina oficial, había gozado del amplio sufragio de un público popular. En cambio, hoy en día es en el libro de un psiquiatra formado en el hospital de Shadyside (de la Universidad de Pittsburgh, profesor de Terapia Cognitiva en el Centro Hospitalario Universitario de Lyon) donde los consumidores de la ilusión terapéutica pueden descubrir con deleite una serie de recetas que los protegen del dolor de vivir, recetas que no les van en zaga a las de los más famosos curanderos de los tiempos antiguos.

Enemigo tanto del Prozac²⁴ como del psicoanálisis, David Servan-Schreiber afirma, por ejemplo, que la mejor manera de luchar contra la depresión es consumir ácidos grasos y practicar movimientos de relajación ocular, comer pescado y verduras en vez de carne y feculentos, o hacer dar vueltas al iris para irrigar mejor el cerebro. Son éstos algunos de los métodos que propone este nuevo doctor del al-

²³ El lector encontrará en el anexo de este libro la lista no exhaustiva de las medicinas paralelas censadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS). En Francia, se calcula en 100.000 la cantidad de profesionales paralelos entre los cuales figuran tanto diplomados en medicina o psicología como astrólogos, videntes o gurúes de sectas "curanderistas". Sin embargo, es preciso manejar con prudencia esas cifras puesto que ningún sondeo serio ha sido efectuado hasta ahora (véase Jean-Marie Abgrall, *Les charlatans de la santé, op. cit.*).

²⁴ Famoso remedio psicotrópico de la clase de los antidepresivos.

ma y el cuerpo. A diferencia de Rika Zaraï, dice basarse en la medicina científica: “Cada uno de mis métodos —afirma— ha sido verificado científicamente con estudios que ofrecen garantías de rigor y credibilidad”.²⁵

Para hacer fructificar sus descubrimientos, David Servan-Schreiber, que se declara favorable a la introducción de las medicinas paralelas dentro de la medicina científica, ha creado así una nueva terapia emocional del movimiento ocular, cercana a la autohipnosis: el EMDR (*Eye movement desensitization and reprocessing*). Pero inventó además una “lámpara” que, en el momento antes de despertarse, difunde una luz que reproduce la del sol naciente. Dio a su invento el nombre de “simulador del alba”. Para terminar, ha invertido sus energías en la constitución de una sociedad, Isodis Natura, que comercializa el “complemento alimenticio OM3”.

Al igual que Rika Zaraï, David Servan-Schreiber preconiza una medicina basada en sustancias llamadas “naturales”, diferentes de las de la homeopatía, pero poco activas o que actúan por efecto de placebo. Y sin embargo, una y otra no tienen el mismo estatuto legal. En el caso de Rita Zaraï y de sus émulo, el Consejo del Colegio de Médicos siempre puede iniciar acciones judiciales, sin necesidad de que exista una denuncia de terceros, por ejercicio ilegal de la medicina, mientras que, cuando se trata de un miembro de ese Consejo, éste sólo puede intervenir si se ha depositado una denuncia. Los querellantes deben aportar entonces la prueba de que los médicos han tratado con sustancias inadecuadas enfermedades que no tienen nada que ver con ese tratamiento: cánceres, enfermedades infecciosas o cardiovasculares, etc. Ahora bien, David Servan-Schreiber no está incluido en esa categoría, ya que se ocupa solamente de los trastornos del alma y no de las enfermedades orgánicas, aunque no vacile en afirmar,

²⁵ Palabras de David Servan-Schreiber recogidas por *Le Nouvel Observateur* en una sección titulada “Vencer la ansiedad, la depresión, el estrés, sin Freud ni píldoras. La nueva medicina del cuerpo y del alma”, 21-27 de agosto de 2003. Véase también David Servan-Schreiber, *Guérir le stress, l'anxiété, la dépression sans médicaments ni psychanalyse*, París, Laffont, 2003 (400.000 ejemplares vendidos; en un editorial del 22 de febrero de 2004, el diario *Le Monde* califica a David Servan-Schreiber de “gurú de una nueva medicina”). Se puede consultar asimismo Rika Zaraï, *Ma médecine naturelle*, Carrère/Michel Lafon, 1984 (un millón y medio de ejemplares vendidos).

por otro lado, alegando basarse en trabajos epidemiológicos, que el consumo del pescado disminuye los riesgos de cáncer.²⁶

Pero, ¿cuáles son, entonces, en realidad, las “verdaderas enfermedades” tratadas “eficazmente” por los médicos que recetan a sus pacientes sustancias ineficaces? La respuesta es simple: son “enfermedades del alma”, es decir, “enfermedades” que no se tratan en principio sino sobre la base de la sugestión o la relación de transferencia, y que sólo los verdaderos “médicos del alma” están habilitados para tratar, tengan o no diplomas del Estado: psicólogos clínicos, psiquiatras, psicoanalistas, psicoterapeutas. ¿Estarán estos últimos algún día autorizados a designar como charlatanes a los médicos dispensadores de sustancias inoperantes y carentes de formación en los diferentes métodos de abordaje del psiquismo?

En épocas recientes, un tal Loïc Le Ribault, perito cortejado durante años por el Ministerio de Justicia, geólogo de formación e inventor de un método “científico” destinado a identificar criminales, fue llevado a juicio por el Colegio de Médicos por haber inventado una sustancia milagrosa, el silanol, destinada a curar las artrosis, las mordeduras, las roturas de ligamentos, la soriasis y otras afecciones del mismo tipo. Aclamado por los pacientes a los cuales esa poción parecía convenirles, hizo saber durante el juicio, en enero de 2004, que setenta productos similares al suyo se comercializaban legalmente en las farmacias sin que el Colegio de Médicos se inquietara por ello.²⁷ Cuando se sabe, por otro lado, que sustancias tan activas como los psicotrópicos son recetadas a tontas y a locas por médicos clínicos, incompetentes en psiquiatría, podemos verdaderamente preguntarnos quién es el charlatán de quién...²⁸

En virtud de las leyes de marzo de 2002, introducidas en Francia

²⁶ Muchos trabajos epidemiológicos han mostrado que algunos cánceres se vinculan al consumo de grasas. Pero no hay nada que pruebe, si se examinan los casos uno por uno, que se pueda preservar a un sujeto de ese tipo de cáncer por medio de regímenes alimenticios específicos.

²⁷ Consúltese Hugues Jeanneaud, “Le procès du professeur Tournesol”, *Le Journal du Dimanche*, 1^o de febrero de 2004.

²⁸ La Academia de Medicina denunció en 1997 el exceso de recetas. El lector puede leer también Édouard Zarfian, *Le Prix du bien-être. Psychotrope et société*, París, Odile Jacob, 1996.

en el Código de Salud Pública,²⁹ se estipula que “no puede practicarse ningún acto médico y ningún tratamiento sin el *consentimiento libre y esclarecido* de la persona y ese consentimiento puede anularse en todo momento”. Pero la ley precisa, asimismo, que “teniendo en cuenta su estado de salud y la urgencia de las intervenciones requeridas por aquél, toda persona tiene derecho a recibir el tratamiento más adecuado y gozar de las terapias de reconocida eficacia y que garanticen la mayor seguridad sanitaria, habida cuenta de los conocimientos médicos ya puestos a prueba. Los actos de prevención, investigación o cuidados, en el contexto de la evolución de los conocimientos de la medicina, no deben hacer correr riesgos desproporcionados en comparación con el beneficio esperado”.

Como se ve, el legislador considera que todo sujeto tiene derecho a rechazar un tratamiento —y por consiguiente a poner en peligro su vida— a condición de que se haya informado de que ese tratamiento presente una eficacia real desde el punto de vista de los conocimientos médicos. Dicho de otro modo, un paciente afectado por un cáncer puede rechazar sin ningún problema hacerse curar por la medicina, con la previa condición de que el médico haya obtenido su consentimiento libre y esclarecido,³⁰ después de haberlo informado de los peligros que podría correr si se sustrajera a la cirugía, a la quimioterapia o a la radioterapia (es decir, a los únicos tratamientos eficaces en este campo) para dirigirse a un homeópata o a un psicoterapeuta. Pero, en este caso, ¿podemos decir que el paciente está realmente en condiciones de tomar una decisión “libre y esclarecida”? Su voluntad de eludir el tratamiento eficaz para entregarse a la medicina paralela, que lo llevará necesariamente a la muerte, ¿es a consecuencia de una alucinación, de una psicosis, de un deseo inconsciente de suicidio, de su terror o de una decisión libremente aceptada de morir?

¿No podemos decir entonces que el “consentimiento” de ese pa-

²⁹ *Journal Officiel*, 5 de marzo de 2002. Ley 2002-2003 del 4 de marzo de 2002, referida a los derechos de los enfermos y la calidad del sistema de salud.

³⁰ Remito a la excelente ponencia de Roland Gori, “Le nourrisson savant dans les logiques du consentement”, coloquio de Aix-en-Provence sobre el consentimiento, 21 de septiembre de 2003.

ciente debe considerarse “inoperante”, así como lo es, según la ley francesa, toda decisión de una persona que “consiente” en ser esclava, ajusticiada o mutilada? En realidad, las cosas son más complejas. En efecto, ningún médico puede obligar a tratarse a un paciente en peligro de muerte, siempre que éste haya sido “esclarecido” acerca de la naturaleza de su enfermedad. Pero ¿qué debe hacer un homeópata cuando un paciente le pide que le recete una sustancia inactiva? ¿Debe informarlo de la radical ineficacia de esa sustancia en este caso preciso? Es seguro que sí. Pero entonces, ¿cada homeópata no tiene acaso el deber de informar a todo paciente que las diluciones que él receta son sustancias no activas que sólo actúan por sugestión? ¿Cada homeópata debe declararse un “charlatán” a pesar de que sea médico y esté en posesión de un diploma legal específico llamado “medicina natural”?

En 1926, al tomar la defensa de su amigo Theodor Reik,³¹ Freud subrayó cuán peligroso era ponerse a perseguir a los charlatanes de manera incoherente: “Permítanme dar al término ‘charlatán’ el sentido que se merece y no su significación legal. Para la ley, es charlatán el que cura a enfermos sin probar que posee un diploma médico estatal. Yo preferiría otra definición: es charlatán quien pretende emprender un tratamiento sin poseer los conocimientos ni las capacidades requeridos. Basándome en esta definición, me atrevo a afirmar que —no solamente en los países de Europa— los médicos suministran al psicoanálisis su contingente más surtido de charlatanes. Muy a menudo, practican el tratamiento psicoanalítico sin haberlo aprendido y sin comprenderlo”.³²

Si, a pesar de la fuerte oposición del cuerpo médico, la medicina de Estado ha aceptado acoger en su seno un saber oculto,³³ esto es, la homeopatía, confiriéndole la dignidad de una medicina denomina-

³¹ Theodor Reik (1888-1869), psicoanalista norteamericano de origen austríaco, fue acusado en 1926 de ejercicio ilegal de la medicina porque practicaba curas psicoanalíticas sin ser médico.

³² Sigmund Freud, “Análisis profano”, *Obras completas*, t. XX, Buenos Aires, Amorrortu, 1979. Véase también Roland Gori, “Tous psychothérapeutes?”, *Cultures en Mouvement*, 65, marzo de 2004. Volveré a tratar esta cuestión capital en el capítulo V.

³³ En Gran Bretaña, la homeopatía es reconocida como una medicina denominada “natural”, pero los profesionales que la practican no están obligados a ser médicos.

da “natural”, y si hoy en día ya no es capaz de distinguir entre la práctica médica y meros consejos de nutrición, ello significa que la medicina de Estado no está tan exenta de irracionalidad como lo deja entender.

Las relaciones que se han tejido en Occidente entre los pacientes, los médicos y el Estado nos hacen ver muy bien, una vez más, hasta qué punto resulta central la extraña figura del charlatán en la historia de las terapias del cuerpo y el alma. Cuanto más pretende un discurso científico erradicar las creencias, basándose en una política de vigilancia, seguridad y peritaje denominada “científica” o en el control de los pueblos y las conciencias, tanto más favorece el surgimiento de nuevos charlatanes que, por otro lado, se parecen tanto entre sí que sólo puede adoptarlos o estigmatizarlos alternativamente. Pero el charlatán que se quiere excluir de la comunidad, utilizando menos una razón que una ciencia erigida en religión, conserva siempre su presencia, ya sea afuera de los grandes sistemas que se han propuesto abolirlo como adentro de ellos, en el caso de que éstos quieran integrarlo. Al modo de una droga o un espectro, está siempre allí, acechando en medio de las sombras, semejante a esos monstruos de Goya que viven en el reino de los sueños. Si queremos impedir que ejerza sus poderes dañinos, hay que tener claro que nunca lo lograremos, ni mediante la caza de brujas, ni mediante pesquisas supuestamente científicas, ni por el reconocimiento puro y simple (cuyos efectos son evidentemente perversos).

Desde fines del siglo XIX, las políticas higienistas de salud tuvieron dos componentes: uno era progresista, humanista y racional, y apuntaba a mejorar la salud de la población mediante la detección y curación posible de las enfermedades orgánicas más importantes; el otro, francamente reaccionario, oculto y mortífero, va a desembocar en el eugenismo, es decir, en una ideología de la eliminación de la “raza” mala, calificada como “enferma”, en provecho de la buena, calificada de “sana”.³⁴

Es así como no fue la charlatanería como tal la que arrojó a los trenes que llevarían a Auschwitz a millones de representantes de la

³⁴ Véase Michel Foucault, *La voluntad de saber*, París, Gallimard, 1976 [*La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1997].

“mala raza” (judíos, gitanos, homosexuales, testigos de Jehová), sino que también lo hizo un eugenismo fanático derivado de la ciencia médica más elaborada de Europa. La ciencia misma hizo posible, entonces, el horror del genocidio, disfrazada de saber oculto y pervertida por una charlatanería de Estado. Y se sabe que los primeros experimentos de exterminación se practicaron con enfermos mentales. Hitler fue sin duda el mayor charlatán de Occidente, adepto a la naturopatía y a los regímenes vegetarianos; pero contribuyeron a su política científicos de alto nivel, entre los cuales había una cantidad impresionante de médicos: “Los médicos, psiquiatras, biólogos, especialistas en genética y antropólogos que colaboraron en el proyecto nazi —escribe Benoît Massin— no eran psicópatas marginales, sino a menudo las figuras más eminentes dentro de sus respectivas comunidades científicas. Su compromiso se inscribía en la tradición central de la investigación antropológica y biomédica alemana desde hacía sesenta años”.³⁵

Actualmente sabemos que la voluntad fanática de “higienizar” el cuerpo y las conciencias corre el peligro de transformarse en un proyecto de erradicación de todo desvío y tiene como objetivo el control no ya de la salud física, sino de la salud denominada “racial” o “mental”.

Nacida a principios del siglo XIX y favorecida por la puesta en práctica de la nueva medicina científica y estatal, la psiquiatría adoptó un enfoque racional del fenómeno de la locura bajo el impulso del médico e ideólogo Philippe Pinel. Liberó al loco de su estatuto de insensato e hizo de él un alienado, habitado por un resto de razón.³⁶ Al volverse médico, el alienista se hizo así heredero del sacerdote y su función consistió en *consolar* al enfermo aportándole ayuda y compasión. Pero a ese arte de consolar se añadía el de *clasificar* las diferentes formas de locura a través de grandes nosologías que permitían definir una clínica y proponían un tratamiento. Dicho de otro modo, el psiquiatra de este nuevo orden médico salido de la Revolución debía inventar clasificaciones que no sólo serían codificaciones de compor-

³⁵ Paul Weindling, *L'Hygiène de la race*, t. 1, *L'Hygiène raciale et eugénisme médical en Allemagne, 1870-1933*, Paris, La Découverte, 1998, prefacio de Benoît Massin.

³⁶ Véase Jan Goldstein, *Consoler et classier: L'essor de la psychiatrie française*, Le Plessis-Robinson, Synthélabo, colección “Les empêcheurs de penser en rond”, 1997.

tamiento, sino de otras tantas maneras de integrar al loco, en tanto sujeto de derecho, en el espacio jurídico surgido de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

La psiquiatría va a vacilar indefinidamente durante un siglo entre dos explicaciones de la enfermedad mental. Una de ellas será progresista, basada al mismo tiempo en la causalidad psíquica y en la voluntad de curar, la otra será rígida y va a focalizarse en la causalidad orgánica para hacer entrar el psiquismo en las categorías de un biopoder. En el primer caso, el paciente y el médico ponen en práctica una alianza terapéutica de tipo transferencial o psicodinámico. En el segundo, el paciente se expone a que se clasifiquen sus neuronas y sus comportamientos, o a que se efectúe el rastreo de sus funciones orgánicas, en resumen, a un verdadero nihilismo terapéutico, el mismo que ha triunfado hoy en día con la utilización abusivamente "científica" de los productos psicotrópicos.

A fines del siglo XIX, no existiendo todavía la farmacología, se consideraba que el encierro era la única manera de curar la locura. Las largas estadías en los asilos se habían convertido en ese entonces, como lo es hoy la camisa de fuerza, en el único tratamiento posible de todas las enfermedades mentales. Fue ésa la época de la teoría de la herencia-degeneración, la cual se impuso en muchos campos del saber antes de derrumbarse en 1905. Redujo la enfermedad mental a una causalidad estrictamente orgánica, que condenaba al fracaso la idea misma de subjetividad.

Inmediatamente después de esa declinación, las psicoterapias, heredadas de las antiguas creencias en curaciones milagrosas, intentarán aportar una solución curativa a las enfermedades psíquicas, por fuera de la ciencia médica y sus políticas estatales. Será el mismo espacio en donde el psicoanálisis, disciplina laica y racional, va a restituir al sujeto su lugar, en un dispositivo donde la palabra, como expresión del inconsciente, escapa a toda política de vigilancia que pudiera aspirar a higienizar el psiquismo. Se desarrollará en alianza con una medicina científica y en el seno de la psiquiatría, a la cual aportará una nueva vitalidad, sin dejar de alimentar con su experiencia clínica las diversas escuelas de psicoterapia del mundo occidental.

II. LAS PSICOTERAPIAS

Desde que el médico inglés Daniel Hack Tuke creó en 1872 el término “psicoterapia”, que se popularizó luego en Francia gracias a Hippolyte Bernheim, este método de tratamiento de las enfermedades llamadas “psíquicas”¹ se expandió ampliamente en el mundo occidental, sobre todo en los Estados Unidos, hasta el punto de que es imposible definirla ahora como una disciplina singular poseedora de

¹ Daniel Hack Tuke (1827-1895), bisnieto de William Tuke (1732-1822), él mismo fundador de la psiquiatría inglesa, pertenecía a una larga generación de clínicos filántropos apegados, como el médico francés Hippolyte Bernheim (1840-1919) a la idea de tratar las enfermedades psíquicas por la palabra. Las enfermedades denominadas “psíquicas” —o enfermedades “de los nervios”— merecían tradicionalmente la designación de “neurosis” (histeria, angustia, obsesiones) y tienen que ver con la psicoterapia, mientras que las enfermedades llamadas “mentales”, es decir, las psicosis (la locura), pertenecen más bien a la esfera de la psiquiatría, al igual que las enfermedades que se dio en llamar “de humor” (melancolía, depresión).

Se llama “psiquiatría dinámica” o “psicodinámica” al conjunto de las escuelas y corrientes que se abocan a la descripción y la terapia de todas esas “enfermedades” de acuerdo con una perspectiva dinámica, es decir, haciendo intervenir un tratamiento psíquico durante el cual se instaura una relación de transferencia entre el terapeuta y el enfermo (psicoterapia, psicoanálisis, psiquiatría, psicología clínica). Cuando la psiquiatría pretende ser puramente biológica u organicista —como es el caso hoy en día, con el predominio de los tratamientos farmacológicos—, sale de la esfera de la psiquiatría dinámica.

Surgida en 1896, la psicología clínica es una práctica terapéutica difundida en Francia por Pierre Janet (1859-1947) y sus herederos. Basada en un enfoque psicodinámico, se funda en el diálogo directo y en un examen basado en la observación de las conductas individuales. Se enseña en la universidad, en el marco de los estudios de psicología, y los profesionales que la practican han recibido diplomas estatales, al

un fundamento sistematizado. Actualmente, es preferible, en vez de recurrir al término “psicoterapia”, hablar de *las* psicoterapias. ¿Deduiremos entonces que esa terapia del alma es imposible de definir, dada su fantástica atomización? Por cierto, respondemos por la negativa a esta pregunta. Pero la comprobación de esa diversidad, que da prueba de la evolución de las sociedades occidentales en busca desesperada de higiene, bienestar e inmortalidad, debería incitar a la prudencia a autores de clasificaciones, evaluadores y expertos de toda índole.

Cuando uno consulta la lista (no exhaustiva) de las medicinas paralelas, establecida por la OMS, comprueba una mezcla realmente curiosa. Se asocian en ella varios métodos clásicos de psicoterapia individual y grupal (hipnosis, *Gestalt*-terapia, psicodrama), que no presentan afinidad alguna con la categoría de las medicinas paralelas; una rama de la psicología (la psicología neurofisiológica), que no corresponde a ningún tipo de medicina o psicoterapia; un falso saber de tradición ocultista (la astrología diagnóstica) basado en la videncia y el esoterismo (eventualmente organizados en sectas), y por último una increíble variedad de “prácticas” que se vinculan ya sea al campo de las medicinas paralelas (fitoterapia, iridología, ventosas, sangrías), ya a disciplinas espirituales y corporales no terapéuticas (yoga) y a menudo sectarias, ya a la nebulosa de las sectas (dianoética), ya a veces, simplemente, a cuidados estéticos, tratamientos relajantes o para combatir el dolor (balneoterapia).

La lista (no exhaustiva) de las psicoterapias, que podemos encontrar en diferentes libros publicados por psiquiatras o psicólogos, no es para nada satisfactoria. Así, por ejemplo, en un libro reciente, hostil al psicoanálisis y con orientación neurocientífica y comportamentalista, Jean Cottraux nos proporciona una lista no limitativa de dos

igual que los psiquiatras formados en la Facultad de Medicina. Como los psicoanalistas, los psicoterapeutas pueden poseer diplomas del Estado, pero su formación profesional específica se efectúa en asociaciones privadas, reconocidas o no por el Estado según los países. Véase Henri F. Ellenberger, *Histoire de la découverte de l'inconscient* (1970), París, Fayard, 1994. Trataré en el capítulo IV de este libro la cuestión de la psicología clínica, así como el problema del reconocimiento por parte del Estado de la psicoterapia. Consúltense asimismo los anexos.

cientas nueve formas de psicoterapia. Allí figuran disciplinas que son en su mayoría verdaderas psicoterapias, pero el autor agrega la acupuntura (medicina paralela traída por los jesuitas de su vuelta de China en el siglo XVII), la meditación tibetana y la meditación trascendental (métodos de concentración de origen oriental). Las dos últimas no son terapias ni medicinas, pertenecen más bien al universo de las sectas. A éstas se añade la talasoterapia (tratamiento relajante u orientado a combatir las artrosis o reumas) y, por fin, la totalidad de las grandes corrientes psicoanalíticas (*Ego Psychology*, culturalismo, kleinismo, freudismo, lacanismo), las cuales no son en absoluto psicoterapias, sino escuelas clínicas que toman como referencia el sistema del pensamiento freudiano y que se vinculan, por su historia, a la génesis y el desarrollo de la psiquiatría dinámica.²

Pero lo más asombroso es que el autor de marras llame “psicoanálisis adleriano” a la escuela de psicología individual fundada por Alfred Adler, después de su ruptura con Freud en 1911, y “psicoanálisis jungiano” a la escuela de psicología analítica creada por Carl Gustav Jung, después de abandonar el movimiento psicoanalítico en 1913. Reconozcamos, sin embargo, como evidencia, que Adler y Jung rompieron con el conjunto del sistema conceptual analítico precisamente para inscribir sus respectivas escuelas en la descendencia de la psiquiatría dinámica y al mismo tiempo en la herencia dejada por las psicoterapias.³

Si consultamos ahora el informe de la Academia de Medicina⁴ redactado por Pierre Pichot y François Allillaire, nos percatamos de que las definiciones que ellos dan de las psicoterapias, de su historia y de su modo de implantación en Francia y en el mundo, son realmente arbitrarias. No solamente agrupan las corrientes en cinco categorías —humanista, ecléctica, cognitivo-comportamentalista, sistémica y psi-

² Para el problema de la clasificación, remito a los anexos de este libro.

³ Véase Jean Cottraux, *Les visiteurs du soi. A quoi servent les psy?*, París, Odile Jacob, 2004. El lector encontrará en el anexo un intento de clasificación de esas escuelas.

⁴ Pierre Pichot y Jean-François Allillaire, “Sur la pratique de la psychothérapie”, en nombre de un grupo de trabajo, *Bulletin de l'Académie Nationale de Médecine*, 2003, 187, 6, sesión del 1º de julio de 2003. Sobre ese informe se basó Bernard Accoyer para elaborar su enmienda y Jean-François Mattei para rectificarla y construir su programa de salud mental.

coanalítica—, que no corresponden a ninguna realidad precisa (ya que todas ellas configuran un fenómeno de dimensión mundial), sino que además desfiguran, en el sentido estricto del término, la historia de esas corrientes. Así, los nombres de Freud, Melanie Klein y Lacan no se mencionan nunca, el de Carl Rogers se asocia con una escuela que no es exactamente la suya y, para terminar, el gran psicoanalista y antropólogo norteamericano Gregory Bateson, fundador de la escuela de Palo Alto, es calificado como “psicólogo”, cosa que nunca fue.

En cuanto a la creación de la psicoterapia institucional, Pichot y Allillaire la atribuyen a Philippe Pinel, cuando en realidad es Georges Daumézon quien forjó ese término, en 1953, para designar una terapéutica de la locura que aspiraba a reformar la institución del asilo. Esta reforma ya había sido aplicada bajo la época de la Ocupación en el hospital de Saint-Alban bajo el impulso de Lucien Bonnafé y François Tosquelles.⁵

“Durante el siglo xx —escriben los dos autores mencionados— la psicoterapia estuvo ligada con el surgimiento del psicoanálisis, que en nuestro país sólo penetró realmente el espacio psiquiátrico a partir de los años cincuenta, pero que representó hasta alrededor de los años ochenta la base conceptual de la mayor parte de las psicoterapias”. Cuando uno sabe que la psicoterapia se desarrolló *paralelamente* al psicoanálisis en todas partes del mundo, y que se implantó en Francia *antes* de la Primera Guerra Mundial y no en 1950, nos preguntamos si Pichot y Allillaire están verdaderamente calificados para evaluar la situación de estas disciplinas en Francia. ¿Habrán olvidado que una mayoría de psiquiatras creó la SPP en 1926? ¿Saben lo que es una psicoterapia? Tenemos derecho a dudarlo.

Refiriéndonos ahora a Tobie Nathan,⁶ comprobamos que califica al psicoanálisis de “falsa ciencia” con el pretexto de que no sería “evaluable”. Lo define además como ciencia “occidental”, en la medida

⁵ Véase Élisabeth Roudinesco, t. II, París, Fayard, 1986 [*La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, Madrid, Fundamentos, 1993].

⁶ Psicólogo clínico, formado en el psicoanálisis de la SPP, allegado a Serge Lebovici (1915-2000) y ex alumno de Georges Devereux (1908-1985), Tobie Nathan es profesor de psicología en la Universidad de París VIII y, actualmente, encargado de misión

en que sería inoperante aplicado a las tres cuartas partes de la humanidad. Resulta de ello que el psicoanálisis sería una doctrina carente de seriedad y producto de una mentalidad colonizadora. Tobie Nathan le opone las virtudes de las “psicoterapias” que se ha dado en llamar “tradicionales”, que pretenden actuar “no sobre el alma sino sobre *invisibles*, que no utilizan la palabra ni provocan emociones, sino que se rigen por rituales, sacrificios de animales, fabricación de amuletos, plegarias o extracción de objetos-sortilegios, etcétera”.⁷

Si se lo mira más de cerca, estas “psicoterapias” equivalen más bien a curas de tipo chamánico. Pero esto no importa demasiado. En el marco de sus consultas y teniendo en cuenta su enseñanza, Tobie Nathan propone a algunos de sus alumnos que se inicien en esas prácticas terapéuticas. Piensa que podrán así tratar a pacientes provenientes de la inmigración africana, fuera de toda referencia a la psique, cualquiera que sea, considerada necesariamente como “colonial”. “En un momento en que en todas las grandes metrópolis es posible conciliar terapias científicas, culturales y religiosas, donde los pacientes se organizan en grupos colectivos y vienen a interrogar a sus terapeutas para pedirles explicaciones acerca de las curas que éstos les reservan, creo que la única actitud que nos queda consiste en acompañar a los usuarios en sus búsquedas”.⁸

Por consiguiente, en nombre de la verdadera ciencia, los “usuarios” en cuestión no son mirados como sujetos —procedimiento demasiado “occidental”—, sino como objetos de experimentación. Frente a un grupo de unos quince terapeutas, iniciados en los métodos llamados “tradicionales”, se los invita a relatar sus sueños. En función de la interpretación que se les da de éstos, se los “orienta” luego hacia un protocolo de autoterapia: “Se le solicitó a una joven psicótica, de origen cabila —escribe Zerdalia Dahoun en un artículo crítico—,

para la francofonía en Bujumbura (Burundi). En 1977, inauguró en el hospital Avicenne (en la periferia parisina de Bobigny), un servicio de consulta en etnopsiquiatría y en 1993 fundó el centro Georges-Devereux, donde se cruzan psicoterapeutas de un nuevo estilo.

⁷ Pierre Pichot y Tobie Nathan, *Quel avenir pour la psychiatrie et la psychothérapie?*, Le Plessis-Robinson, Synthélabo, col. “Les empêcheurs de tourner en rond”, 1998, p. 40.

⁸ Tobie Nathan, “Un discours dérangeant sur la guérison”, *Le Monde*, 5 de febrero de 2000.

que trajera al consultorio un huevo sacado de la heladera, que habría pasado la noche al claro de luna. Se le pidió luego que trajera otros objetos. Los curanderos cabila utilizan esta práctica, pero, en el marco de una consulta en un centro sanitario, ésta plantea problemas. ¿Se necesita realmente toda esta manipulación para suscitar el relato de los sueños o para producir fenómenos dinámicos en una cura?⁹

Es así como, en el más laico recinto de la universidad republicana, se forman psicólogos con diploma, que se caracterizan a menudo por parecerse a los morabitos o magos, animados, como algunos de sus pacientes, por la convicción de que formas demoníacas e invisibles gobiernan el mundo. Pero, sobre todo, lo que suscita nuestro asombro es que esos mismos psicólogos del centro Georges-Devereux recibieron en 1998, por parte del Ministerio de Asuntos Sociales, el mandato de abrir un consultorio piloto destinado a las víctimas de las sectas.¹⁰ Como vemos, cientismo, pensamiento mágico y rehabilitación de las víctimas hacen buenas migas en un departamento de psicología donde el psicoanálisis es considerado burlescamente una falsa ciencia.

Por fin, si consultamos la obra de Alain Vivien sobre las sectas, nos damos cuenta de que ese gran especialista francés en la cuestión adopta al pie de la letra las conclusiones de una encuesta parlamentaria de 1995 que ubicaba los movimientos psicoanalíticos en la misma lista que las sectas más criminales del planeta, tales como movimientos satánicos o apocalípticos, grupos neopaganos, ocultistas, orientalistas, evangelistas y curanderos.¹¹ ¿Es éste un procedimiento serio? En vez de catalogar a la disciplina freudiana, en la cual no encontramos *ninguna* secta (lo repito, *ninguna*, y volveré a tratar este punto), en una lista de esta índole, y aun cuando sus asociaciones exhiban a veces una conducta “sectaria”, ¿no sería más prudente reflexionar sobre el modo en que las sectas —las verdaderas— se han apoderado del vocabulario y de los métodos del psicoanálisis para librar

⁹ Zerdalia Dahoun, “Les us et abus de l’ethnopsychiatrie”, *Les Temps Modernes*, julio-agosto de 1992.

¹⁰ Léase Françoise Sironi, “Les laissés pour compte de la psychanalyse”, *Le Monde*, 27 de noviembre de 2003.

¹¹ Alain Vivien, *Les sectes*, París, Odile Jacob, 2003.

la más feroz de las batallas contra este último y contra la medicina, las ciencias, la democracia y las Luces?

Para entender lo que son actualmente las psicoterapias, es preferible explicitar sus estructuras organizacionales, en vez de intentar clasificaciones ineficaces. Más de seiscientas escuelas de psicoterapia han florecido en el mundo desde 1950, sobre todo en los Estados Unidos, país profundamente religioso y comunitarista, para responder a la increíble demanda de cuidados psíquicos formulada por la sociedad y por esas clases medias obsesionadas por el “culto de sí”.¹²

Como las medicinas tradicionales del alma, y al igual que el chamánismo, todas las psicoterapias se basan en el principio según el cual el proceso de la cura se vincula a la *influencia* que puede ejercer el terapeuta sobre el paciente, y a la creencia de éste en el poder de curar poseído por el curador. Por consiguiente, mantuvieron siempre, por un lado, una relación ambigua con el pensamiento mágico, en virtud de la cual el paciente y el terapeuta creen en la eficacia de un tratamiento fundado en el poder de la ilusión, y, por otro lado, tendieron un puente con el pensamiento racional, el cual permite verificar la “eficacia” real de una cura imposible de evaluar mediante peritajes científicos. Además, a diferencia de las teorías científicas del psiquismo, y particularmente el psicoanálisis, las psicoterapias son culturalistas, relativistas o “étnicas”. Su objeto no radica en la especificidad de la psique en general, sino en tal o cual psiquismo, definido sobre la base de su diferencia con otro. Proviene de aquí su fantástica diversidad, ya que cada una de ellas es concebida para adaptarse a un caso particular, a un grupo definido, a un contexto, a una etnia, a un pueblo, a una categoría, a un momento histórico, etcétera.

Históricamente, la psicoterapia surgió de la cura magnética inventada a fines del siglo XVII por Franz Anton Mesmer, quien explicaba los trastornos psíquicos sobre la base de la existencia de un “fluido magnético”. En 1784, el marqués Armand de Puységur fue el primero en mostrar la naturaleza psicológica y “no fluídica” de la relación terapéutica, reemplazando la cura magnética por un estado de sueño despierto (o sonambulismo), que el médico escocés James Braid,

¹² Se encontrará en el anexo del presente libro una lista (no exhaustiva) de las psicoterapias, las sectas y los métodos paralelos.

en 1843, llamará “hipnosis”. Bernheim va a reemplazar luego el método hipnótico por la sugestión, abriendo así el camino a la idea de una terapia basada fundamentalmente en una pura relación de transferencia.

En 1949, Lévi-Strauss situaba al psicoanálisis en el registro de las grandes técnicas de sugestión y lo comparaba con el método de la cura chamánica, es decir, con una psicoterapia “mágica”. En el primer caso, señalaba en resumen, el chamán habla y provoca la “abreacción”, es decir, libera los afectos del enfermo, mientras que, en el segundo caso, esta función es cumplida por el médico que escucha, en el marco de una relación en la que el enfermo toma la palabra. Independientemente de esta comparación, Lévi-Strauss mostraba que, en las sociedades occidentales, la “mitología psicoanalítica” había servido como sistema de interpretación colectiva. “Aparece así un peligro considerable: que el tratamiento (sin que el médico, entiéndase bien, lo advierta), lejos de culminar en la resolución, siempre respetuosa del contexto, de un trastorno preciso, se reduzca a la reorganización del universo del paciente en función de las interpretaciones psicoanalíticas”.¹³

Si la cura se produce por la adhesión de una colectividad a un mito fundador que actúa como un sistema de reorganización estructural, ello significa que este sistema está dominado por una “eficacia simbólica”. Lévi-Strauss deduce de allí la idea, anticipada ya en 1950 en la “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, de que lo que llamamos “inconsciente” no sería más que un lugar vacío en que se realizaría la autonomía de una función simbólica: “Los símbolos son más reales que lo que ellos simbolizan, el significante precede y determina al significado”.¹⁴

Podríamos objetar a Lévi-Strauss que si la “mitología psicoanalítica” solamente se implantó en las partes del mundo en que existe un

¹³ Claude Lévi-Strauss, “Le sorcier et sa magie”, *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958, p. 202 [“El hechicero y su magia”, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, pp. 166-167].

¹⁴ Claude Lévi-Strauss, “Introduction à l’œuvre de Marcel Mauss”, *Sociologie et anthropologie*, París, PUF, 1950, p. xxxii [“Introducción a la obra de Marcel Mauss”, *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, 1979].

Estado de derecho (lo cual constituye una excepción a todas las otras), esto significa que el psicoanálisis no es una mitología ni una psicoterapia, sino una disciplina racional que deja subsistir en su seno rastros de chamanismo y pensamiento mágico, sin que ello signifique que dependa de éstos.

Porque al abandonar el hipnotismo, la sugestión y la *catarsis*, llamando después “transferencia” a la relación entre el terapeuta y el paciente, Freud inventó el único método moderno de psicoterapia fundamentado en la exploración del inconsciente y la sexualidad, considerados los dos universales de la subjetividad humana. Adosado, por un lado, a una clínica de la escucha —heredada de la clínica de la observación propia de la medicina científica— y, por otro, a un sistema de pensamiento surgido de la tradición griega y alemana de la filosofía, el psicoanálisis dejó de ser una psicoterapia en sentido estricto. Disolvió, sin hacerlos desaparecer, los dos grandes principios de creencia y sugestión que anidan en el centro del dispositivo de la cura que caracteriza a la psicoterapia. A este respecto, y considerado una rama de la psiquiatría dinámica, se acerca más a la psicología clínica y a la medicina (psiquiatría) que a la psicoterapia.

Por consiguiente, el psicoanálisis sostuvo desde el comienzo, en todos los países del mundo, una relación conflictiva con las otras formas de psicoterapia, ya sea porque dio alimento a estas últimas para rechazarlas después por charlatanería, ya sea porque algunos reglamentos estatales lo amalgamaron con ellas,¹⁵ ya sea porque les opuso una fuerte resistencia, provocando así escisiones y disidencias.

En cualquiera de estas hipótesis, un rasgo común liga entre sí a todas las escuelas de psicoterapia del siglo XX, ya que todas ellas se enraízan en última instancia en la capa originaria del magnetismo, el hipnotismo y la sugestión. Se organizan de un modo idéntico, es decir, están representadas por un jefe que desempeña la función de terapeuta y referente intelectual tanto para su grupo como para sus pacientes. Creada, cada una de ellas, por hombres o mujeres que se presentan como fundadores de un sistema de pensamiento, con doctrinas propias, las escuelas de psicoterapia desaparecen a menudo con la muerte de sus fundadores, a veces para ceder su lugar a otras es-

¹⁵ Trataré este problema en el capítulo V.

cuelas organizadas según el mismo modelo, otras veces para volver a inscribir el pensamiento del jefe en una herencia cismática.

En consecuencia, cuanto más adhieren estas escuelas a los grandes sistemas de pensamiento de la psiquiatría dinámica (Freud, Jung, Adler, Janet, etc.), menos caen en la trampa de desviarse hacia la personalización carismática y repetida de sus jefes. Y al revés, cuando se apartan de esos sistemas, corren entonces el riesgo de adoptar rasgos de las organizaciones de las sectas. Y como el punto común que comparten las sectas con las escuelas de psicoterapia radica en que ambas constituyen lugares de transmisión de las “curas milagrosas”, no habrá de sorprendernos que se apoyen unas y otras en los dos polos de la sugestión y la creencia que caracterizan a la vez las medicinas paralelas y las terapias psíquicas.

Resumamos lo dicho hasta ahora. En el gran impulso contemporáneo de la ilusión terapéutica, las sectas son tan capaces de apropiarse las prácticas de las psicoterapias y los conceptos del psicoanálisis, como lo son las escuelas de psicoterapia de adherir a la disciplina principal que es el psicoanálisis, y al revés, pueden con la misma facilidad convertirse en sectas, así como las medicinas paralelas pueden volverse un instrumento para las sectas de comercializar sustancias inactivas.

Se comprende entonces por qué las escuelas de psicoterapia —así como también las asociaciones de psicoanálisis— se han obstinado, desde que existen, en erigir comités de ética, definir códigos de deontología, así como reglamentos relativos a los derechos de los pacientes y la responsabilidad de los médicos, en suma, todo un arsenal de controles, peritajes, evaluaciones y autorregulación, destinado a deterrar a los “charlatanes” de sus organizaciones. No hay duda de que, al actuar de este modo, han actualizado de manera excesivamente burocrática los enunciados del juramento de Hipócrates.¹⁶

¿Quiénes son los charlatanes señalados de este modo como blancos de la venganza y cuáles son los abusos de que son culpables? La

¹⁶ Publicamos el juramento de Hipócrates en un anexo al presente libro. Con excepción del punto 5, es aplicable a todos los terapeutas, cualquiera que sea su familia de origen, y revela una ética mucho más sólida que todos los códigos de deontología modernos que rigen supuestamente las relaciones entre el paciente y el terapeuta.

respuesta es simple: los abusos, en el campo de la psicoterapia, y tratándose de los Estados Unidos, son en primer lugar de carácter sexual. Pero ¿qué es un abuso sexual?

En un libro norteamericano que causó impacto, publicado en 1972, Phyllis Chesler narra varios relatos de mujeres víctimas de abusos flagrantes por parte de algunos psicoterapeutas.

Hija de una familia de alcoholólicos, donde domina la violencia y se multiplican las disputas, Stéphanie comienza una terapia después de un episodio depresivo, durante un período en que pasa la mayor parte de su tiempo durmiendo y comiendo. El terapeuta la recibe durante diez minutos, la pesa y le prescribe antidepresivos y tests de embarazo. Al final de la sesión, la besa de un modo excesivo, lo cual no le impide a ella volver para proseguir la cura. Cuando ella se resiste, él le responde que el deseo viene de ella y que su inconsciente oculta potentes pulsiones sexuales. Transcurridos tres meses de acoso, el terapeuta invita a Stéphanie a recostarse en el diván y le pide que consienta en una relación carnal. La muchacha acepta la propuesta porque espera ser tratada con más amabilidad. Pero en cuanto el acto sexual termina, el terapeuta se levanta y se pone a escribir a máquina con frenesí. En lo sucesivo, le dará manuscritos para copiar a máquina diciéndole, al mismo tiempo, que ha dejado de desearla. Poco tiempo después, la muchacha insume un montón de somníferos. Un día que está desnuda en compañía de su terapeuta en el consultorio, otra paciente toca el timbre de la entrada, insistiendo durante veinte minutos. Stéphanie la percibe por la ventana y, al ver su aspecto desesperado, piensa: “Dentro de un año, estaré como ella”. Pone fin entonces de un modo definitivo a su tratamiento.¹⁷

En este caso, el abusador posee un diploma perfectamente legal. De formación psiquiátrica, practica “curas” que obedecen tanto a los métodos del psicoanálisis como a los de la psicoterapia, pero que se asemejan mucho a las prácticas de los gurúes que dirigen las sectas. Sabemos muy bien que cualquier código de deontología es totalmente impotente para evitar ese tipo de comportamiento y que es preciso que la paciente presente una demanda judicial. Pero si lo hace, ten-

¹⁷ Phyllis Chesler, *Les femmes et la folie*, París, Payot, 1979.

drá que probar que los actos sexuales en cuestión no se produjeron con su “consentimiento”. ¿Y cómo probar, además, que se produjeron realmente? Otro problema: ¿se puede calificar de abusos sexuales *todas* las relaciones íntimas entre los pacientes y los terapeutas? La historia del psicoanálisis, y más aún la de las psicoterapias, que se basan en fenómenos de sugestión, muestran que en la cura se da todo tipo de situación y que la transgresión de los principios no se debe siempre al abuso en sentido estricto.

Así, antes de que la IPA estableciese reglas muy precisas a partir de 1920, muchos psicoanalistas tomaban como pacientes a miembros de sus familias, se casaban con ex pacientes transformados ya en terapeutas, o se enamoraban, en medio del proceso de la cura, por no haber sabido resistir a los reclamos de un(a) paciente. Las reglas permitieron definir como “transgresivas” prácticas que no lo eran todavía, antes de la existencia de la regla, y declararon “abusivas” a las desviaciones perversas. Pero es fácil comprender que aunque la regla sea necesaria para el buen funcionamiento de una institución y para proteger a los pacientes, el exceso de reglamentación, de puritanismo o de peritajes suprime la libertad necesaria para la eficacia de una cura, teniendo en cuenta que el riesgo es inherente a toda relación humana. El remedio al mal resulta entonces peor que el mal que se pretendía erradicar.

Después de la publicación del libro de Phyllis Chesler, y en el contexto de la juridización puritana de los comportamientos individuales que se desarrollaba en esa época en los Estados Unidos, la American Psychiatric Association, inspirándose en el juramento de Hipócrates, adoptó un nuevo código de deontología, más severo que los anteriores, que definía como delictivo e incluso criminal todo contacto sexual entre un terapeuta y un paciente durante una terapia. Todas las grandes asociaciones la imitaron: la American Psychological Association en 1977, la American Association of Sex Educator, Counselors and Therapists en 1979, la National Association of Social Workers en 1980, y por fin la American Psychoanalytic Association¹⁸ en 1983.

¹⁸ Asociación regional afiliada a la IPA que agrupa un conjunto de sociedades psicoanalíticas norteamericanas.

Para resumir, todas estas sociedades rivalizaron en ingeniosidad con el objeto de elaborar reglamentos y modalidades de control. Y todas ellas fracasaron en reducir la cantidad de abusos reales.¹⁹

Sea como fuere, el abuso comprobado se convirtió en el único criterio para determinar el delito en materia de relaciones “transgresivas” entre pacientes y terapeutas, pero se aplicó al conjunto de las psicoterapias, que fueron entonces consideradas prácticas sospechosas, sectarias, desviacionistas, peligrosas, criminales o satánicas. Más aún, las campañas orquestadas por los defensores del tratamiento médico del psiquismo provocaron un fenómeno masivo de creencia en los abusos, en el contexto de una sociedad cada más debilitada por un sufrimiento que nacía de lo más profundo de sí misma. Por eso, a partir de los años noventa, miles de pacientes se consideraron víctimas de abusos comprobados realmente por parte de terapeutas, a los cuales rechazaban por razones diversas y a los que denunciaron tachándolos de charlatanes.²⁰ Como consecuencia de ello, las denuncias se multiplicaron.

Sabemos de sobra que cuanto más una sociedad trata de autoinmunizarse contra agresiones que llegan del exterior, más destruye los mecanismos de defensa que le permiten resistirlas.²¹ Y en vez de trabajar a favor de su pérdida, creyendo protegerse de todos los peligros, ¿no es preferible acaso buscar por otras vías la posibilidad de una cura? “Hemos inventado una técnica muy sofisticada para aliviar el sufrimiento de los hombres —decía al final de su vida un psicoanalista de prestigio—, es la técnica del ensayo y el error. La dificultad

¹⁹ En un libro apasionante, la socióloga norteamericana Susan Baur muestra que sobre un total de más de un millón de profesionales, el porcentaje de abusos varía entre 3 y 12%, cualesquiera que sean los códigos de deontología que se adopten. Véase Susan Baur, *Relations intimes. Quand patients et thérapeutes passent à l'acte* (1977), París, Payot, 1997. Debemos a William Masters y a Virginia Johnson el primer estudio sobre el tema, publicado en 1970. En lo que hace a Francia, y exclusivamente en el ámbito psicoanalítico, se puede evaluar en un 3% el porcentaje de abusos y transgresiones.

²⁰ Para este tema, consúltese el capítulo IV de este libro.

²¹ “Un proceso autoinmunitario, como se sabe, es ese extraño comportamiento del ser vivo que, de una manera casi *suicida*, se aplica “él mismo” a destruir sus propias protecciones, a inmunizarse contra su propia ‘inmunidad’”. Véase Jacques Derrida y Jürgen Habermas, *Le “concept” du “11 septembre”*, diálogo en Nueva York (octubre-diciembre de 2001) con Giovanna Borradori, París, Galilée, 2004.

está en que, de ahora en adelante, por cada error se instituye una nueva regla”.²⁹

Cuando el psicoanálisis empezó a implantarse en los Estados Unidos, a principios del siglo XX, fue adoptado por movimientos de índole mística que intentaban curar el “nerviosismo” de las mujeres mediante curas espirituales. En reacción a esa situación, que los ponía en peligro de ser tachados de charlatanes, los primeros freudianos norteamericanos, guiados por Ernest Jones y por Arden Abraham Brill, y desobedeciendo la posición de Freud, decidieron reservar la práctica de la cura a los médicos. Fue así como el psicoanálisis se convirtió, según la célebre fórmula de su fundador, en “la sierva de la psiquiatría”. Las psicoterapias se desarrollaron por su lado, a veces fuera de la esfera médica, mezclándose con movimientos místicos o puritanos, otras veces en el terreno de la psicología e incluso dentro de la psiquiatría. De ahí que se produjera una formidable confusión.

En Francia, país freudiano por excelencia, el psicoanálisis fue considerado siempre una disciplina mayor, que se implantó tanto por vía psiquiátrica como por vía literaria o filosófica. Por consiguiente, no tuvo nunca el estatuto político e ideológico que había adquirido en suelo norteamericano. No fue ni “adaptativo” ni “higienista”, sino más bien orientado hacia la idea de que debía garantizar al paciente no ya la salud, sino el libre ejercicio de su deseo. En Francia, el psicoanálisis es portador de los principios de 1789: preferir la rebelión soberana a la autoinmunización, el espíritu crítico a la sumisión al biopoder.

Sin embargo, en vez de renovar el gran mensaje freudiano, sus profesionales, cualesquiera que sean sus escuelas de pensamiento, no han dejado de dar señas, desde hace veinte años, de un violento desprecio por los psicoterapeutas, a los que consideran, en el mejor de los casos, curanderos y, en el peor, gurús de sectas: “[...] miserables *lobbies* que pretenden que el Estado reconozca una disciplina perfectamente inexistente —escribe, por ejemplo, Jacques-Alain Miller—, una disciplina de ficción como la que hubiera podido inventar un Borges en su *Historia universal de la infamia*: eso se llama psicoterapia [...] Te hago masajes en los dedos de los pies, te hago gritar bien fuerte, correr desnudo

²⁹ Citado por Susan Baur, *Relations intimes*, *op. cit.*, p. 201.

do sobre la playa, te enseño a poner tu pájaro en una jaula, a abrir tu cajita mágica para atrapar el bastón de la marioneta, te arrullo para que duermas, te relajo, te digo que eres el fénix, la más linda para ir a bailar [...] Ya está, te psicoterapé, soy psicoterapeuta”.²³

Dos años después, cuando Miller ha modificado ya su juicio (ya que se ha aliado, en contra de los psicoanalistas “entregadores de anuarios”, con los psicoterapeutas a los que antes ridiculizaba), le toca a Charles Melman, principal organizador lacaniano de la incorporación de los psicoterapeutas a las “listas” (con sus homólogos freudianos ortodoxos de la SPP), organizar el ataque a las acciones de los *lobbying* de estos últimos y denunciarlos por haber puesto en funcionamiento formaciones profesionales lucrativas, destinadas a hacer del psicoanálisis un “departamento de sus principados”, de un modo similar a las empresas de las sectas: “Podemos rendir homenaje al doctor Accoyer y al profesor Mattei —escribe— por respetar en gran medida la singularidad del psicoanálisis, habiéndolo excluido del campo de la reglamentación”.²⁴

En una perspectiva similar, Colette Soler, ex miembro de la Escuela de la Causa Freudiana (ECF) de Jacques-Alain Miller, vitupera a este último y a los psicoterapeutas: “¿Qué punto de semejanza se puede encontrar entre la respuesta cognitivo-comportamentalista, la del análisis transaccional, la empatía, la terapia del *rebirth*, la bioenergía, la psicoterapia tibetana, las terapias *New Age* y la disciplina freudiana de revelación del inconsciente?”²⁵

En efecto, no hay nada en común, aparentemente, entre esas técnicas y la disciplina reina. Pero ¿qué tienen en común, podríamos replicarle, el análisis transaccional inventado por un disidente del movimiento psicoanalítico y las terapias cognitivo-comportamentalistas (TTC)²⁶ practicadas por los psiquiatras? ¿Qué elemento común vincula a estas últimas con las maniobras sectarias de los herederos contemporáneos de la *New Age*? A fuerza de querer diferenciarse a toda

²³ Jacques-Alain Miller y 84 amigos, *Qui sont vos psychanalystes?*, París, Seuil, 2002, pp. 8-9.

²⁴ Charles Melman, “Une hystérie collective”, *Le Figaro*, 10 de enero de 2004.

²⁵ Colette Soler, Sitio *Oedipe*, 3 de febrero de 2004.

²⁶ La cuestión de las TTC será tratada en el capítulo IV de este libro.

costa del enemigo imaginario, para preservar mejor su propio reinado, se corre el riesgo, al no saber de qué se está hablando, de inscribir en una misma "lista" prácticas que no tienen otro vínculo entre ellas que no sea el de formar parte de esa misma "lista". ¿No nos amenaza así el peligro de encontrarnos un día en la lista de aquellos que habremos excluido?

Volvemos a encontrar esta misma confusión, entre sectas, psicoterapias, nuevas terapias y terapias mágicas u ocultas, en el comunicado oficial de la asociación "Espacio analítico" difundido en enero de 2004: "¿Cómo se organizará el Colegio de Psicoterapeutas teniendo en cuenta la multiplicidad de las obediencias (análisis transaccional, psicoterapias comportamentalistas, *rebirth*, bioenergía, amorología, psicoterapia tibetana), puesto que las dos federaciones más comprometidas sólo agrupan a un tercio de los profesionales? ¿Va a incluir también el *rolfing*, las terapias del Túnel, el *channelling*, la ciemtolología? ¿Nos van a reprochar que protegemos nuestros negocios porque nos negamos a ocuparnos de la gestión del rubro psicoanálisis del supermercado de las psicoterapias?"²⁷

Si los psicoanalistas desprecian tan soberanamente a los psicoterapeutas es porque se asemejan a ellos, sin duda alguna, y porque en muchos casos ellos mismos practican psicoterapias mediante la palabra, a las que dan en llamar a veces, por si fuera poco, "psicoterapias psicoanalíticas", o porque recurren incluso a las técnicas del psicodrama o de la terapia familiar, etc. Pero si los detestan, es porque ellos mismos fueron incapaces de responder de una manera coherente a la explosión de la demanda de higienismo psíquico que ha invadido la sociedad francesa, y porque se replegaron sobre ellos mismos para defender su territorio.

Es así como prefieren considerar a los psicoterapeutas —sus semejantes, sus hermanos, sus disidentes— los responsables de su propio rebajamiento, en vez de reflexionar en lo que realmente son las psicoterapias. Y de golpe, los psicoterapeutas, humillados desde hace décadas por los psicoanalistas, cuando en realidad fueron ellos los que supieron atraerse los favores de las clases medias, no vacilan en dar libre curso a las mismas burlas, acusando a estos últimos de ser

²⁷ Comunicado del "Espacio analítico", en el sitio *OEdipe*, 24 de enero de 2004.

psicoterapeutas enmascarados: “Es curioso que en Francia —escribe Serge Ginger— los medios de comunicación siguen obnubilados por el psicoanálisis y reducen de buena gana la psicoterapia al psicoanálisis, simbolizado por el ‘diván’. Sin embargo, las diferentes organizaciones de psicoanalistas estiman que no practican la psicoterapia (la cura adviene ‘por añadidura’) y, además, algunos se sorprenderán al enterarse de que solamente un 12% de las personas que declaran haber seguido una psicoterapia lo hicieron en el diván (a razón de varias sesiones semanales), mientras que el 18% de los otros dicen haber efectuado una ‘psicoterapia de inspiración psicoanalítica’”.²⁸

En los Estados Unidos, la noción de abuso aplicada a las psicoterapias tuvo siempre una connotación sexual. En Francia, en cambio, cuando se lo utiliza para designar las “desviaciones” de las psicoterapias, el término se refiere en primera instancia al sistema de dominación que caracteriza a las sectas. Por consiguiente, dentro de una tradición laica y jacobina, el abusador, aun cuando se vale de su sexo, es concebido antes que nada como aquel que ejerce una dominación sobre la conciencia de otro, reduciendo así la libertad de éste a una servidumbre. Por lo tanto, la lucha que llevan a cabo los psicoterapeutas franceses, para poner en el índice a sus charlatanes, se ha inscripto desde 1980 en el amplio combate que el Estado libra contra las empresas sectarias.

El intento de los psicoterapeutas por obtener un estatuto legal en Francia ha pasado por varias etapas. Se creó primero, en 1966, el Grupo Sindical de la Psicología y el Psicoanálisis (PsyG). A esa iniciativa siguió, en 1981, la creación del Sindicato Nacional de los Profesionales en Psicoterapia (SNPPsy) y, catorce años después, con el impulso que le dieron Philippe Grauer, Michel Meignant y Serge Ginger,²⁹ sur-

²⁸ Serge Ginger, *La Psychothérapie au XXI^e siècle*, editado por FFdP, 2003, p. 97.

²⁹ Michel Meignant es médico y sexólogo. Habiendo hecho primero un análisis con un psicoterapeuta de obediencia jungiana, seguido por otro con un psicoanalista freudiano, terminó por abandonar la sexología, a la que consideraba demasiado técnica y teñida por la medicina (Viagra e inyecciones en el pene). Creó entonces una escuela especializada en lo que dio en llamar “amorología”, que se ocupa de “aquellos que no logran amar”. En 1980, fue inculpaado judicialmente por uso ilegal de la medicina y, luego, por complicidad de ejercicio ilegal de la medicina por haber protegido a terapeutas sin diploma. Serge Ginger es psicólogo clínico, analizado por un psicoanalista de la SPP y fundador de la Escuela Parisina de *Gestalt*-terapia.

ge la potente Federación Francesa de Psicoterapia (FFdP) afiliada a la European Association of Psychotherapy (EAP).

Al igual que los psicoanalistas, los psicoterapeutas han entrado en violentas reyertas, acusándose recíprocamente de abusos o desviaciones. En 1998, se produjo una escisión en el seno de la FFdP, que dio lugar al nacimiento de la Asociación Federativa Francesa de los Organismos de Psicoterapia³⁰ (AFFOP). Todas estas asociaciones agrupan alrededor de setenta institutos de formación profesional, dentro de los cuales podrían distinguirse unas cincuenta corrientes. Podemos destacar, entre ellas, la terapia familiar llamada "sistémica", la *Gestalt*-terapia, el análisis transaccional, el acercamiento centrado en la persona, el psicodrama, la hipnoterapia, el análisis psicoorgánico, el Sofía-análisis, el *rebirth*, el Emet-análisis,³¹ la terapia por el arte, la psicogenealogía, la programación neurolingüística, y por fin todas las técnicas psicocorporales. Observemos que para los psicoterapeutas, que a menudo son ellos mismos psicoanalistas o psicoanalizados, el psicoanálisis no es más que una psicoterapia entre otras.

Cuatro mil trescientos terapeutas forman parte de esas asociaciones, que se autorregulan y se inscriben en un anuario común que agrupa en total a casi siete mil miembros,³² lo cual permite identifi-

³⁰ La Asociación está presidida actualmente por Jean-Michel Fourcade, psicólogo clínico, especialista en bioenergía reichiana "trabajada en piletas". Su vicepresidente es Philippe Grauer. Profesor de ciencias de la educación en la universidad de París-VIII, psicoanalista y psicoterapeuta, analizado por Alain Didier-Weil, controlado por Michel Guibal y Patrick Guyomard, Philippe Grauer fundó el Centro Interdisciplinario de Formación en la Psicoterapia (CIFP). Ha redactado excelentes artículos sobre la historia de las nuevas terapias.

³¹ Escuela denominada de "orientación poslacaniana", fundada por Bruno y Myriam Dal-Palu: "La raíz hebrea *emét* (verdad) viene a significar, paradójicamente, que para toda persona, sólo hay verdad del sujeto [...] Por otro lado, el afijo análisis significa una pertenencia analítica que va desde el psicoanálisis al análisis transaccional, pasando por el análisis sistémico". Psicoanalista, formado en la ECF, Bruno Dal-Palu es secretario general de la AFFOP.

³² El *Registre des psychothérapeutes professionnels - AFFOP* saldrá publicado dentro de poco tiempo. Los *Annuaire des psychothérapeutes* del *SNPPsy* se publicaron en 2003; los *Annuaire des psychothérapeutes et des praticiens de la relation d'aide* se editaron en Lyon, Éditions Réelles, 2003-2004. Enure los psicoterapeutas que figuran en estas guías encontramos alrededor de 500 médicos (psiquiatras o clínicos) y 1.000 psicólogos clíni-

carlos y someterlos a reglas precisas en materia de deontología. Además, muchos terapeutas no están inscriptos en ninguna parte, pero circulan en diferentes grupos.³³ Fue con el objetivo de detectar a esos siete mil terapeutas inscriptos, y a todos los “no inscriptos”, que empezó hace ya algunos años la persecución en gran escala en busca de charlatanes y sectas, caza llevada a cabo de común acuerdo por psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas y el Estado.

¿Cómo clasificar correctamente a estas escuelas de psicoterapia sin caer en un método simplista o acusador, evitando la inculpación de desviación, abuso sexual o dominación propia de la secta? No es cosa fácil. Sin embargo, podríamos lograrlo intentando agruparlas estructuralmente en tres categorías y, desde el punto de vista histórico, en tres generaciones sucesivas.

La primera y más antigua de ellas nace de las prácticas surgidas de la hipnosis y la sugestión.³⁴ La segunda, que apareció en los años veinte, proviene de las diferentes corrientes disidentes del psicoanálisis que se implantaron en las grandes clínicas norteamericanas es-

cos. Los demás son en su origen educadores, profesores, trabajadores sociales, ortofonistas, enfermeros y kinesioterapeutas.

³³ Es muy difícil proporcionar una cifra exacta a este respecto. Se han barajado varios cálculos que llegan hasta los 30.000 no inscriptos. Yo misma me equivoqué en el cálculo antes de empezar la encuesta. En realidad, según Armand Touati, que ha efectuado un censo muy serio en *Cultures en Mouvement* (65, marzo de 2004), estos psicoterapeutas no inscriptos serían muy pocos, esto es, no sobrepasarían los 500 profesionales. Pero todas las partes implicadas en el asunto tienden a inflar las cifras, algunos psicoterapeutas porque quieren impresionar a sus adversarios, el ministro de Salud porque pretende convencer a la opinión de la oportunidad de su política de normalización de las conciencias. Bernard Accoyer, por ejemplo, ha declarado varias veces que está convencido de que cientos de fiambrosos, carniceros o comerciantes franceses se autoproclaman psicoterapeutas instalando chapas profesionales en la entrada de los edificios donde viven. Al igual que muchos psicoanalistas, Accoyer está absolutamente seguro de que las escuelas de psicoterapia están “infiltradas” por las sectas. Philippe Grauer, que también efectuó sondeos, preguntó al consejero de Jean-François Mattei, Alain Gorvez, de dónde sacaba esas cifras, sin recibir ninguna respuesta.

³⁴ Hipnoterapia clásica, *training* autogénico, método inventado por Johannes Schultz (1884-1970), llamado también hipnosis “ericksoniana” a causa del nombre de su autor Milton Erickson (1901-1980). Consiste en tratar los trastornos de la personalidad sobre la base del sueño paradójico. En Francia, este método es practicado sobre todo por el psicoanalista François Roustang.

pecializadas en el tratamiento de las psicosis o patologías llamadas “culturales”.³⁵ La tercera deriva de las demandas de higiene psíquica de los años sesenta. Pero se concretizó también a través de la invención de nuevas terapias, venidas del otro lado del Atlántico y particularmente desde la costa del Oeste: terapia familiar, transaccional, *Gestalt*-terapia, psicodrama, psicósintesis,³⁶ bioenergía, etc.³⁷ A ellas se agrega una forma de psicoterapia contemporánea, la psicoterapia cognitivo-comportamentalista, que no tiene nada que ver con las mencionadas anteriormente y pretende poseer, contrariamente a estas últimas, un fundamento científico.³⁸

En la tercera categoría habría que ubicar a las terapias corporales, pero también algunas terapias mágicas, esotéricas u ocultas. Nacidas en la costa californiana, pertenecen a la gran nebulosa de la *New Age*, verdadero crisol de una rebelión libertaria, que derivará en prácticas heterogéneas, como las medicinas paralelas, los grupos asociativos místicos (budistas, hinduistas, kármicos, parapsicológicos).

En realidad, como ya lo subrayé, la psicoterapia está vinculada en su principio mismo al registro religioso: “Se va a ver al psicoterapeuta —escribe Max Pagès—, como antes se iba a misa, y en épocas más lejanas aún, como se iba a ver al hechicero de la aldea. Se esperan y se obtienen los mismos efectos, esto es, un alivio provisorio de las angustias y miserias cotidianas y la identificación con líderes carismáticos”.³⁹

³⁵ Por ejemplo, la Menninger Clinic de Topeka en Kansas, fundada por Carl Menninger, que fue el lugar por donde pasaron obligatoriamente todos los terapeutas europeos exilados por el nazismo. Véase Georges Devereux, *Psychothérapie d'un Indien des plaines* (1950), París, Fayard, 1998.

³⁶ He clasificado todas estas terapias en Élisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Dictionnaire de la Psychanalyse*, op. cit. [*Diccionario de psicoanálisis*, op. cit.]. Véase también Corinne Morel, *ABC des psychothérapies. De la thérapie au développement personnel*, París, Grancher, 1997. Inventado por Eric Berne (1910-1970), el análisis transaccional, cercano a la terapia familiar, consiste en establecer una “transacción” entre los miembros de un grupo o una misma familia. Creada por el psicoanalista y psiquiatra italiano Roberto Assagioli (1888-1974), la psicósintesis presenta afinidades con la bioenergía.

³⁷ Véase *Nouvelles thérapies*, documento establecido por Philippe Grauer, *La Documentation Française*, 390, 6 de junio de 1980.

³⁸ Para este tema, remito al lector al capítulo IV de este libro.

³⁹ Max Pagès, “Une nouvelle religion: la psychothérapie”, *Le Monde*, 30/9/1979.

Al poner en juego el cuerpo, y no solamente la palabra, las psicoterapias preconizan una posible liberación inmediata de la sexualidad y de la angustia, evitando que el sujeto se hunda en una exploración profunda del inconsciente. Se las intuye por eso en Occidente, desde 1980, como más “liberadoras” que el psicoanálisis. El hecho de que la “libertad” que otorgan tenga que ver con el orden de lo imaginario no modifica en nada el que sean cada vez más codiciadas por una sociedad civil donde la demanda de goce inmediato responde tanto al principio de una economía liberal como al desencanto provocado por los efectos de la racionalidad. Esto explica que se hayan desarrollado en un terreno fértil en reacciones libertarias, sobre todo después de 1968, como una alternativa al psicoanálisis, sobre el cual pesa siempre la sospecha de autoritarismo y de culpabilización del deseo humano.

Frente a esta pluralidad, los psicoterapeutas mismos se vieron impelidos a definir un “método integrativo” o “multirreferencial” que integraría al mismo tiempo las aspiraciones psicoanalíticas y muchos aspectos de la técnica psicoterapéutica, con el objeto de tratar a cada paciente según su patología.⁴⁰

Por definición, las terapias “mágicas” o “delirantes” son incontratables e imposibles de evaluar.⁴¹ Al desarrollarse en las redes asociati-

⁴⁰ Véase Edmond Marc, “Pluralité et complémentarité des psychothérapies”, *Psychologie Clinique*, 9, primavera del año 2000, número especial dedicado a las psicoterapias, bajo la dirección de Caroline Carroy.

⁴¹ El caso de Maud Pison es característico: Paciente analizada en un diván freudiano, se volvió adepta de una terapia delirante y luego se hizo gurú de un grupo místico que se asemeja como dos gotas de agua a una secta. Creyéndose que encarnaba a la Virgen María, fundó un “Instituto de Investigaciones Psicoanalíticas” que propone a los “pacientes” que se limen las uñas con perforadores de caries y que se dejen crecer el cabello para obtener una mejor comunicación con las ondas cósmicas. Véase Jean-Marie Abgrall, *La mécanique des sectes*, París, Payot, 1996. En cuanto a la secta de “psicoanálisis tántrico”, dirigida por Michel-Régis Malea, propone una “enseñanza” que permitiría lograr una “mejor comprensión entre hombres y mujeres” a través del descubrimiento de las energías femenina y masculina, del encuentro del otro y de sí mismo, del conocimiento del soplo vital y el carácter sagrado del tacto. Difunde de tanto en tanto opúsculos extraños sobre Ninon de Lençois, Crébillon, Freud, Rasputin, etc. Salido del budismo mahayana, el tantrismo mezcla ritos religiosos y sexualidad. Por consiguiente, la relación sexual con el gurú forma parte de la terapia como método de acceso a la “iluminación”.

vas de las sociedades democráticas, las escuelas de psicoterapia se convierten incesantemente en blanco de sospechas. De ahí a que se suponga que les dan alojamiento, o que las protegen o cubren, no hay más que un paso.

“Después de una mudanza y de una muerte que le causó un traumatismo, mi compañera decide ver a un psicoterapeuta magnetizador. Al cabo de dos sesiones, me informa que este último me ha visto a través de ella y que desea una cita conmigo lo antes posible porque nuestra pareja está en peligro. Acudí entonces a la invitación, durante la cual, dirigiéndose a la paciente, comienza a destruir mi imagen, justificando su discurso psicoterapéutico con un confuso sincretismo de catolicismo y nociones ‘kármicas’. Un día en que ella le dice que yo no tengo ganas de verlo, grita y me insulta, me trata de ‘mierda’ y le ordena que me deje.”

“Todos los días, mi hermana, que es osteópata,¹² va a ver a un psicoterapeuta transaccional y homeópata. Desde que inició esa cura, sostiene un discurso de una gran violencia en contra de los médicos (en contra de la vacunación y los medicamentos). Sus ídolos se han vuelto la homeopatía, la naturopatía, la cristaloterapia (destinada a purgarla y a purgar el jardín de todos los topos). Para coronar el panorama, está convencida de que pertenece a una elite espiritual. Prosigue su formación profesional en una asociación que practica ‘maratones terapéuticos’, análisis transaccional y osteopatía.”¹³

¹² Creada en 1874 por el médico norteamericano Taylor Still (1828-1917), la osteopatía es una técnica de manipulación de las vértebras. Se basa a menudo en “teorías energéticas” inspiradas en las medicinas paralelas. En Francia, desde un fallo con fecha del 6 de enero de 1962, la osteopatía es prerrogativa exclusiva de los médicos. Sin embargo, la ponen en práctica muchos terapeutas sin diploma que han logrado con todo un estatuto idéntico al de los psicoterapeutas. Véase Renaud Marhic y Emmanuel Besnier, *Le New Age*, Bordeaux, Le Castor Astral, 1999.

¹³ Encontramos muchos testimonios de este tipo en el sitio de Internet *Psychothérapie Vigilance*. Véase también Jean-Marie Abgrall, *Les charlatans de la santé, op. cit.* Entre las sectas que pretenden inspirarse en diferentes psicoterapias, o simplemente en medicinas paralelas, figura sobre todo la catarsis glodiana, inventada por Albert Glaude, que propone “reactivar las ocultaciones responsables del malestar utilizando un túnel simbólico”, el *hyingy* las vidas anteriores, las técnicas llamadas “metamórficas” y el viaje astral. Creado por el psicólogo californiano Leonardo Orr, el *rebirth* es una terapia llamada de “renacimiento”, que algunos psicoanalistas practican y que no deja

Desde hace unos diez años, padres de víctimas engañadas han enviado muchos testimonios de este tipo al Ministerio de Salud o a asociaciones de vigilancia. Se los evoca regularmente para proporcionar la prueba fehaciente de que las escuelas de psicoterapia serían en realidad verdaderas oficinas de las sectas.⁴⁴ Acechando en la sombra, el charlatán, ya sea paciente o terapeuta, está siempre allí, pues, al modo de una mancha ontológica, oculto en el corazón de la comunidad: “Si no eres tú, entonces es tu hermano...”.

Precisamente para diferenciarse de esas desviaciones, las asociaciones francesas de psicoterapeutas, alrededor de 1995, iniciaron trámites con el objeto de obtener de los poderes públicos la instauración de una oficina de las profesiones no médicas de salud. Bernard Accoyer, médico, diputado por la derecha gaullista, aconsejado él mismo por un psiquiatra miembro de la SPP,⁴⁵ entró entonces en la lid para terminar proponiendo, en 1999, una orientación totalmente diferente, que apuntaba a que el poder de los médicos pasara a controlar el conjunto de las actividades de los psicoterapeutas.⁴⁶

Conscientes del peligro de semejante subordinación, los psicoterapeutas atacaron a su vez reclamando a los poderes públicos que se

de atraer a algunas sectas. Consiste en reactivar la energía del paciente haciéndolo respirar. Ideado por Ida Rolf (1896-1979), el *rolfing* es un método de manipulación corporal que aspira a hacer recuperar el equilibrio del cuerpo en relación con la gravedad y los diferentes grupos de músculos. Se basa en una “teoría” de la armonía universal que ha dado lugar a serias derivaciones de tipo esotérico.

⁴⁴ Yo misma he oído a menudo a psicoanalistas y psiquiatras decir, sin esgrimir la menor prueba al respecto, que las asociaciones de psicoterapia servirían para disimular empresas dirigidas por sectas, y especialmente la secta Moon.

⁴⁵ Christian Vasseur, originario de Saboya, como Accoyer.

⁴⁶ En virtud de una enmienda al Código de Salud redactada de este modo: “El uso de un diploma de psicoterapeuta está estrictamente reservado por una parte a los titulares de un diploma de doctor en medicina, calificado en psiquiatría, y por otra parte a los titulares de un diploma de tercer ciclo en psicología”. Véase “Proposition de loi relative à l'exercice de la profession de psychothérapeute, à l'attribution et usage de titre” [Propuesta de ley acerca del ejercicio de la profesión de psicoterapeuta, la otorgación y uso de título], presentada por Jean-Michel Marchand, André Aschieri, Marie-Hélène Aubert, Yves Cochet y Noël Mamère, Asamblea Nacional, 28 de marzo de 2000. En la misma óptica, el senador Adrien Gouteyron presentaría en el Senado, el 19 de diciembre de 2003, una enmienda a la enmienda de Accoyer, que recibiría el apoyo de los sindicatos de psicoterapeutas y de la ECF (Escuela de la Causa Freudiana).

creara un estatuto semejante al que se creó en diversos países europeos.⁴⁷ Se entregaron entonces tres proyectos de ley en la Asamblea Nacional. El primero, sostenido por el diputado Jean-Michel Marchand, preveía la oficialización del diploma de psicoterapeuta, diploma que sería avalado por una formación profesional organizada en instituciones privadas *aprobadas por el Ministerio de Salud*. El segundo proyecto, defendido una vez más por Bernard Accoyer, consistía en someter la psicoterapia al control del poder médico. En cuanto al tercero, propuesto por un diputado médico de tendencia socialista, Serge Blisko, exigía la creación de una oficina interprofesional de las profesiones de la psique.

Es evidente que el primer proyecto y el tercero satisfacían las expectativas de los psicoterapeutas, que no querían inscribir sus actividades en programas de salud pública, sino que deseaban más bien aportar al Estado la garantía de que sus formaciones profesionales no disimulaban abusos ni empresas de tipo sectario que pudieran provocar demandas judiciales. Para los profesionales de la disciplina principal, esta autorregulación de tipo liberal presentaba sin duda el inconveniente de que se terminara por incluir al psicoanálisis en la larga lista de las psicoterapias. Y por otra parte, los psicoterapeutas no ocultaban su deseo de que así fuera, ya que intentaban en efecto trazar los límites de una “casa común” que pudiera acoger a las cuatro profesiones de la psique:¹⁸ ¡crimen de lesa majestad!

No hizo falta más para que los psicoanalistas desataran una verdadera guerra de trincheras contra los psicoterapeutas, multiplicando al infinito los coloquios en la Asamblea Nacional y las entrevistas en el Ministerio de Salud y la Comisión de Asuntos Sociales del Senado.⁴⁹ Las acciones se coordinaban por intermedio de un grupo llamado “de contacto” que permitió establecer un lazo entre las dos sociedades de la IPA (SPP y APF) y los “buenos lacanianos”, es decir, la Asocia-

⁴⁷ Trataremos esta cuestión en el capítulo v.

⁴⁸ Psiquiatría, psicología, psicoanálisis, psicoterapia. Véase “La psychothérapie dans notre société. État actuel et perspectives”, coloquio organizado en la Asamblea Nacional por el SNPPsy y la AFOOP bajo la presidencia de Jean-Michel Marchand, el 18 de noviembre de 2000.

⁴⁹ Véase Jacques Sédat, “La psychanalyse et l’État”, *Figures de la Psychanalyse*, 5, 2001.

ción Lacaniana Internacional (ALI), Espacio Analítico y la Sociedad de Psicoanálisis Freudiano (SFP). Los representantes de las grandes asociaciones freudianas aceptaron entonces, yendo en contra de toda la tradición del psicoanálisis laico⁵⁰ definida por Freud, el peor de los proyectos,⁵¹ es decir, el que sometería no solamente las psicoterapias, sino también el *propio psicoanálisis*, al poder de una política de salud mental basada en el peritaje y el control de las conciencias.

Es así como en la mañana del 12 de diciembre de 2003, después de haber combatido salvajemente contra sus hermanos enemigos, aceptaron, ante el ministro benevolente, que unos fueran inscriptos en listas prefectorales y que otros fueran dispensados de ello. Entregaron así sus anuarios para que el Estado esté en condiciones, en lo sucesivo, de responder a la angustia de los pacientes, víctimas unas veces de terapias mágicas, otras veces de manipulaciones de sectas. Olvidaron, sin duda, ese día, que las tres cuartas partes de esos psicoterapeutas se habían formado en sus divanes y escuelas de psicoanálisis, y que formaban parte, de alguna manera, de la “familia”: una rama rechazada, disidente, renegada, desordenada, pero al fin y al cabo una rama de la familia.

A fines del año 1963, en el momento en que Lacan fue tachado por la IPA de la lista de sus profesionales, Éliane Amado Lévy-Valensi, una psicoanalista israelita que no pertenecía al partido de los lacanianos, envió a Serge Leclaire una carta en que comentaba un pasaje del Talmud: “Si una ciudad es sitiada y corre el peligro de perecer, y si el que la asedió propone levantar el sitio a condición de entregar a un hombre, la ciudad debe perecer antes que entregar a ese hombre. Aun cuando ese hombre sea un criminal, aun cuando debieran ejecutarlo ese mismo día”. “Son imágenes extremas, lo sé —agregaba—, no estamos en peligro de muerte y la víctima señalada no ha cometido un crimen. Sin embargo, el esquema moral sigue siendo el mismo”.⁵²

No hay duda de que los psicoanalistas franceses deberían meditar sobre esa frase, hoy más que nunca.

⁵⁰ Recordemos que Freud consideraba que su disciplina debía permanecer “libre”, no pudiendo subordinarse a un poder, cualquiera que sea, religioso o médico. Ni médicos ni sacerdotes. La lucha a favor del psicoanálisis llamado “profano” o “laico” ha dividido durante un siglo al movimiento psicoanalítico mundial.

⁵¹ Hablamos de la enmienda Accoyer-Giraud-Mattei, ya referida en el capítulo 1.

⁵² Carta de Éliane Amado Lévy-Valensi a Serge Leclaire del 7 de noviembre de 1963.

III.
EL UNIVERSO DE LAS SECTAS

En sus orígenes, el término “secta” designa a un grupo que se separa de una escuela de pensamiento, de una Iglesia, de una religión o de una institución política, para volver a unificarse bajo la égida de un jefe herético. En este sentido, las grandes sectas de inspiración gnóstica, platónica u orientalista, que preconizaban la insurrección espiritual, la búsqueda de la inmortalidad o de un conocimiento místico, tenían como referente mayor una verdadera filosofía de la libertad. Y es a través de esta temática como se inscribió, en el seno de la historia de la racionalidad humana, la larga aventura, oscura y reprimida, de un deseo del hombre de no satisfacerse con ser simplemente hombre.

El caso más fascinante es el de esos ismailíes a los que se daba el nombre de Asesinos.¹ Fueron los primeros en ser llamados así por haber sistematizado el tiranicidio, es decir, el asesinato ritual de los jefes políticos y religiosos contra los cuales se habían rebelado. En 1164, el imam de la comunidad puso en acto, en su fortaleza de Alamût, situada al norte de Irán, una forma extrema de misticismo que no era otra cosa que la figura sublime de una libertad fundada en una relación servil con Dios. La proclamación de una gran resurrección se emparentaba entonces con un deseo de poner en cuestión la autoridad religiosa, semejante a lo que sería más tarde el deseo de los jansenistas: “A costa de estar siempre fascinados por el desastre —escribe Christian Jambet— y de transformar su libertad en servidumbre interior para

¹ La palabra “asesino” [y *assassin*] proviene del término *hashishin* que significa “bebedor de hachís”.

con la persona del imam. De ahí el culto de la personalidad, que lleva a frases de este tipo: 'Quien ha visto al imam ha visto a Dios. Quien no obedece al imam no obedece a sí mismo'.²

Menos de un siglo después de este acontecimiento, la comunidad se disolvería y el último jefe de Alamût habría sucumbido bajo los golpes de los invasores mongoles. El nuevo objetivo de los nuevos intelectuales ismailíes se centrará entonces en conquistar desde adentro a un conquistador imposible de vencer.

En la secta terapéutica (*ashram*) de Shri Rajneesh Baghwan reencontramos la figura de la servidumbre voluntaria. En 1980, ésta estaba compuesta de setenta mil adeptos europeos y norteamericanos en el mundo. Varios miles de entre ellos iban todos los años a Roma y a la India para practicar allí una forma de terapia corporal basada en la violencia física: violaciones colectivas, miembros quebrados, dientes rotos, rostros deshechos. Para que el gurú curandero admitiera a un miembro, cada adepto debía someterse a ritos de purificación que podían llegar hasta el raspado de la lengua o el "olfateo" de sus olores, que era efectuado por mujeres seleccionadas para ello. Lo más asombroso es que los adeptos a esas prácticas pertenecían a ciertas elites intelectuales occidentales: "Me sorprendió —escribe Max Pagès— la sumisión opresiva y absurda de los participantes en esos rituales. Instruidos y formados en disciplinas intelectuales exigentes, eran profesores de universidad, psicoanalistas, médicos. Un escritor célebre, al día siguiente de que le rompieran un diente en un grupo, rendía pleitesía al gurú [...] Son nuestros hermanos, nuestros colegas. '¿Qué quieres que le haga?', decía una participante, conocí la Iglesia católica, el Partido Comunista, la izquierda, el movimiento feminista. Ahora estoy aquí".³

El fenómeno de las sectas es una verdadera estructura transhistórica que vuelve a encontrarse, en diversos grados, en todos los grupos

² Christian Jambet, *La grande résurrection d'Alamût. Les formes de la liberté dans le shî'isme ismaélien*, Lagrasse, Verdier, 1990.

³ Max Pagès, "Une nouvelle religion: la psychothérapie", artículo citado. Basándose en Louis Dumont, Catherine Clément recuerda que en India existen millares de sectas que, lejos de ser liberticidas, aspiran a abolir el sistema de las castas: "L'horreur en somme", *Le Nouvel Âge*, noviembre-diciembre de 2003.

humanos con fines mesiánicos o terapéuticos —en el chamanismo y el trance, por ejemplo—, pero también en todas las escuelas de psiquiatría dinámica y de psicoterapia. Surgidas de la crítica y el cuestionamiento de un saber dominante al que se considera incapaz de aportar la capacidad deseada de curar, éstas revalorizan sistemáticamente, a través del lugar que otorgan al jefe iniciador y “curador”, la doble figura paradigmática de la servidumbre y la libertad.

Pero cuanto más profunda es la ruptura del grupo disidente con el sistema interpretativo original que garantizaba su antigua coherencia, más se acerca al peligro de naufragar en la deriva sectaria. Es así como la doctrina, si se reduce a una técnica coercitiva, puede redundar en su simple inversión. En vez de buscar la verdad de Dios —o del saber objetivo— a través de la enseñanza de un maestro, los miembros de la nueva comunidad ven en el maestro la fuente de toda verdad. Éste es entonces erigido en gurú idolatrado por adeptos que dejan de ser sus discípulos. En este último caso, la servidumbre para con Dios o un jefe ya no es un modo de acceso a la libertad, sino la expresión de una esclavitud que lleva al sujeto a adular el cuerpo sexual del gurú. En consecuencia, el crimen se transforma en ley, el incesto se convierte en el fundamento de toda filiación, la enfermedad, en la purificación del alma y el terror, en el horizonte mismo de la comunidad. Entregada primero a la búsqueda de una inversión perversa de la ley, la secta no puede luego evadirse de la decepción a la cual la condena lo real y organiza el suicidio colectivo de sus miembros.

Síntoma de una anulación de las fronteras entre lo interior y lo exterior, entre lo normal y lo patológico, el fenómeno moderno de la organización en sectas no tiene ya nada que ver con el mesianismo rebelde de los antiguos tiempos. Habiendo abjurado de la idea misma de una posible libertad humana, el fenómeno que nos ocupa es a la religión lo que las medicinas paralelas son a la medicina científica, y al Estado de derecho lo que el fascismo es a la democracia.

Pero también, la organización sectaria es a las psicoterapias lo que estas últimas son al psicoanálisis. Mancha y plaga, esa cosa imposible de nombrar —esa charlatanería sin fronteras—, por la cual una comunidad humana designa sin cesar lo que ella no es. Pero como la secta es al mismo tiempo la que proporciona una droga (*pharmakos*) y la droga misma (*pharmakon*), por eso precisamente pretende curar a sus

adeptos de todas las toxinas inventadas por las sociedades democráticas, la medicina y la psiquiatría: pesticidas, psicotrópicos, grasas animales, medicamentos, cocaína, colorantes, detergentes, etcétera.

Pero como fenómeno planetario, la secta de hoy es también un equivalente de ese *otro* terrorismo, mucho más criminal, que caracteriza al Estado delictuoso (o charlatán) en su relación con el Estado nación o el Estado de derecho: “[...] la fuente más irreductible del terror absoluto —escribe Jacques Derrida—, la que se encuentra por definición más inerme ante la peor amenaza, sería la que proviene del ‘adentro’, de esa zona donde el peor ‘afuera’ habita ‘en mí’”.⁴ En este aspecto, la gran secta de los Evangelistas,⁵ surgida de las Iglesias protestantes tradicionales, cuya misión consiste en organizar la “Armageddon” (la batalla final entre el bien y el mal) despertando a los cristianos de su letargo, es ciertamente una de las más potentes del planeta, ya que cuenta con quinientos millones de adeptos repartidos por el mundo, concentrados sobre todo en los Estados Unidos y América latina.⁶

En Brasil, los evangelistas se han apoderado del saber psicoanalítico cuestionando y soslayando las sociedades freudianas de todas las tendencias. Habiendo creado una sociedad de psicoanálisis llamada “ortodoxa”, se lanzaron a la “formación” de mil quinientos profesionales aptos, según ellos, para distinguir entre una esquizofrenia y una posesión demoníaca en función de la reacción del paciente a la frase: “La sangre de Jesús tiene poder”. Después de ello, elaboraron en 2000 un proyecto de ley para reclamar al Estado una reglamentación de la profesión psicoanalítica.⁷ Esta situación es única en los anales del movimiento psicoanalítico.

⁴ Véase Jacques Derrida y Jürgen Habermas, *Le “concept” du “11 septembre”, op. cit.*, p. 145.

⁵ Que se define como una iglesia.

⁶ G. W. Bush, presidente de los Estados Unidos, adherente al combate contra el “eje del mal”, es miembro de uno de los componentes del movimiento evangelista. Véase *Le Nouvel Observateur*, “Les évangéliques, la secte qui veut conquérir le monde”, 26 de febrero-3 de marzo de 2004.

⁷ Proyecto de ley 3.944, 2000, presentado por Eber Silva, diputado evangelista de Río de Janeiro.

Como la diseminación de las armas nucleares y bacteriológicas, como la dispersión clandestina de los organismos vivos —embriones, injertos, esperma, ovocitos—, como la circulación oculta de las drogas, de la moneda o de los mártires, el espectro de la mecánica sectaria merodea en el futuro de las sociedades democráticas. Por el horror que suscita, por el desafío que lanza a la tradición de las Luces y por el programa de eugenismo que propone, la organización contemporánea de las sectas parece querer abolir el principio mismo de una transmisión genealógica. A fuerza de recusar la ley para borrar la separación entre sí y el otro, lleva hasta sus últimas e insoportables consecuencias el sacrificio del cuerpo, la anulación de la conciencia, la destrucción de la identidad y las prácticas sexuales transgresivas o perversas. Es así como descansa siempre en la promesa de una muerte de la civilización y en la creencia delirante en una nueva edad posible (*New Age*) del universo.

“Podremos fundirnos en la médula de los huesos del mesías y convertirnos en una semilla del mesías. Entonces esta semilla pura será sembrada en el útero de la esposa sin pecado. Entrando en la médula de los huesos del mesías, una mujer puede volverse una semilla del mesías sin pecado. Si los dos padres están exentos de pecado, su hija lo estará: es el cambio de generación.” Y además: “Les proponemos ayudarnos a acelerar la catástrofe final, que no hará sino purificar el universo, destruyendo a los seres que son fruto de una experiencia fracasada. Ayúdame a aplicar mi plan, que se basa en una activación de los diferentes racismos para lograr que estalle una guerra mundial”. Y por fin: “No veo que las medidas populares, la autoabnegación o la democracia hayan hecho algo alguna vez por el hombre, excepto hundirlo en el barro”.⁸

Estas declaraciones emanan de los fundadores de las tres sectas del siglo XX más tristemente célebres del planeta: Sun Myung Mun (Moon), representante de la Asociación en favor de la Unificación del Cristianismo Mundial (AUCM); Claude Vorilhon, por el Movimiento de la Geniocracia Mundial (o secta de Rael); Lafayette Ron Hubbard, por la Iglesia de Cientología y “terapia” llamada “dianoéti-

⁸ Alain Vivien, *Les sectes*, *op. cit.*, p. 32, y Jean-Marie Abgrall, *La Mécanique des sectes*, *op. cit.*, p. 78.

ca". Las tres tienen en común el odio por la democracia, el rechazo de la ciencia y la medicina, la creencia en la inmortalidad, el culto de la desigualdad y la obsesión por la pureza biológica.⁹

Fundada en 1968, la secta Moon vino a sustituir diferentes movimientos de caza de brujas animados por militares de Corea del Sur. El objetivo de estos movimientos era erradicar, con ayuda de la CIA, la plaga mundial del comunismo, considerado el Satanás de los tiempos modernos. Condenado varias veces por violación y perversiones sexuales, Sun Myung Mun reivindicó siempre los valores de un cristianismo tradicional, que no lo eximió de despojar a sus adeptos de sus bienes, obligándolos a contraer matrimonio entre ellos con su propia bendición, después de haber gozado de un extraño derecho de abuso sexual. Instalada en muchos países, con una gestión semejante a la de una empresa multinacional, la AUCM presentó siempre sus prácticas de conversión como experiencias místicas o terapéuticas de purificación del alma y el cuerpo.

Después de haber sido secuestrado por un plato volador en 1973, Claude Vorilhon fundó un movimiento destinado a recibir a los extraterrestres. En su calidad de hijo de Dios reencarnado en el ángel Rael, estableció como principio fundador de su secta la obligación de la relación sexual con todos sus adeptos, hombres, mujeres o niños. Obsesionado por los problemas de "filiación", logró convencer a cincuenta mujeres "raelianas" que aceptaran un huevo, reproducido cincuenta veces de modo idéntico. Gracias a esa "clonación reproductora", inspirada en las investigaciones contemporáneas sobre los embriones, pretendió poder "duplicar" un niño muerto a los diez años, lo cual suscitó en sus padres la esperanza de que "resucitara". Para realizar esta proeza, apeló a un equipo de "sabios" formados para este fin por su propia secta. Fue así como el Congreso de los Estados Unidos lo recibió en marzo de 2001 como un verdadero investigador.¹⁰ Aunque sea imposible "fabricar" un clon en esas condiciones, muchos investigado-

⁹ Lafayette Ron Hubbard (1911-1986), de nacionalidad norteamericana, era un principio autor de ciencia ficción. Sun Myung Mun, nacido en 1920 en Corea del Sur, es un ex militar. Claude Vorilhon, nacido en 1946, canadiense de origen francés, es un autodidacta que ha cambiado varias veces de actividad e identidad.

¹⁰ El interrogatorio de Claude Vorilhon tuvo lugar en marzo de 2001. Véase el diario *Liberation* del 30 de marzo de 2001.

res y especialistas en genética se convencieron de que el planeta se llenaría en poco tiempo de “bebés clonados”.

La Iglesia de Cientología, mucho más moderna en sus métodos totalitarios y coercitivos, tuvo siempre el proyecto, como su nombre lo indica, de reconciliar la ciencia y la religión. Ésa es la razón por la cual reivindica el estatuto de verdadera religión sin dejar por ello de pretender ser un portavoz de los valores de la cientificidad contemporánea. En este sentido, no hay duda de que es la secta más perniciosa del mundo occidental, ya que extrae de ese mundo occidental un saber aparentemente objetivo, un sistema de creencia moderado en apariencia y un modelo de cura terapéutica extremadamente “racional”. Este modelo se inspira tanto en el psicoanálisis como en el análisis llamado “transaccional”, extrae elementos de la psicología del comportamiento y de las neurociencias: condicionamiento, hipnosis, behaviorismo, terapia cognitivo-comportamentalista. Actúa por consiguiente como una verdadera “droga de sustitución”, proponiendo a sus adeptos un *pharmakon* “ecológico” capaz de purgar a la comunidad de todas las poluciones que le inflige la era industrial: desocupación, miseria social, soledad psíquica.

Es así como la secta adopta como insignias, para rebajarlas, todos los grandes principios fundadores de las democracias y de las aspiraciones higienistas que caracterizan la individualidad moderna. Los derechos del hombre, la lucha contra las discriminaciones, el acceso al bienestar y al éxito social, logrados por el mérito, son los temas vehiculados por sus múltiples “asociaciones”, a saber: Asociación por los Derechos del Hombre y contra la Discriminación, Escuela del Despertar, Escuela del Ritmo, Comité de Acción para los Derechos a un Buen Entorno Ambiental o en pro del Respeto por los Derechos a Defenderse, etc. Preocupada por preservar una imagen de respetabilidad, la secta no vacila en afirmar, al igual que los defensores del cientismo o la psicofarmacología, que sus métodos son sometidos a evaluación, verificación y experimentación por parte de altas instancias médicas y no pocos comités de ética. Más aún, solicita sin descanso la colaboración de personalidades del mundo del espectáculo como John Travolta, Julia Migenes o Chick Corea, quienes dan prueba testimonial de los supuestos regalos con que su liberalidad enriquece a la humanidad entera.

Para el futuro adherente, la entrada en la secta se realiza en varias etapas. Primero tiene que familiarizarse con la literatura canónica del gurú fundador. Luego debe someterse a varios “tests de personalidad” que pondrán en evidencia sus puntos débiles. Por último, se entrevista con los altos representantes del movimiento, los cuales le proponen trabajos a cambio de sueldos ridículos (lo que equivale en la práctica, para el adherente, a donar a la comunidad sus bienes y sus recursos económicos). Firma entonces un contrato válido por un millón de años, luego aprende a descubrir en él la existencia de una “segunda dinámica (o D2)”, verdadero “impulso a sobrevivir a través del sexo”. Si ese impulso es insuficiente, eso significa que está afectado por una patología. Para curarse, deberá entonces renunciar a la pareja única y entregarse a nuevas prácticas sexuales, es decir, colectivas o sadomasoquistas.

El adepto gana en poco tiempo su derecho a acceder al vocabulario “secreto” de la cientología, que hará de él un iniciado capaz de reclutar a su vez a otros adeptos. Siguiendo el procedimiento por el cual las sectas ponen en acción la jerga que las medicinas paralelas usan como sustituto del discurso médico (calificado como asesino), la Iglesia de Cientología recurre a la terminología de la psicología o el psicoanálisis y la transforma en una jerga que se supone mucho más “científica” que el conjunto de los términos adoptados comúnmente por esas disciplinas.

De este modo, el adherente recorre un largo trayecto de trabajo de *co-coaching* o *co-auditing* calcado de la psicoterapia, durante el cual se entera de que el “producto final de la dianoética es un ser humano que goza de buena salud y con un coeficiente intelectual elevado”, o que “los miembros atrofiados, las manchas de la piel, las erupciones cutáneas, la ceguera o la sordera pueden curarse mediante la dianoética”.¹¹

Pero para que la iniciación del adherente alcance su punto de perfección, es preciso completarla con un último trámite: el test del “electrómetro”. Según Hubbard, el ser humano se compone de tres esferas: el “tétano”, lo mental, el cuerpo físico. El primero, situado fuera del cuerpo humano, es una energía cósmica de origen extrater-

¹¹ Jean-Marie Abgrall, *La mécanique des sectes*, op. cit., p. 233.

restre que primero se congeló para volver a calentarse después por acción de los volcanes, antes de materializarse en cada individuo para darle vida. Por intermedio de la esfera mental, esa energía cósmica puede expresarse y luego concretizarse en el cuerpo físico. Puede ser así captada por un “electrómetro”, que sirve para registrar las variaciones.

Sometido primero a una “cura” y luego a una medición “científica” de su “energía cósmica”, el adherente es invitado después a participar en sesiones de autohipnosis cuyo contenido se transmite seguidamente a un “supervisor”, que sigue y dirige el “tratamiento”. Los documentos recopilados durante esas múltiples confesiones constituyen la base principal que permite a la secta acrecentar su poder de dominio sobre el adepto, en caso de que éste quisiera sustraerse a él. Pero el tratamiento está destinado más que nada a “curar” al sujeto de los vínculos que lo atan al mundo exterior (cónyuge, padres, hijos, patrones), juzgado como nefasto para su nuevo bienestar. Una vez que se ha vuelto indiferente a ese entorno “patológico”, el adherente puede seguir viviendo “normalmente” y tratando a las personas que desee.

A partir de ahí, se lo obligará a someterse a otras formas de “purificación terapéutica”, destinadas a protegerlo tanto del cáncer y de las enfermedades cardiovasculares como de las perniciosas plagas de una sociedad democrática considerada neurótica, psicótica o criminal. Se purificará tomando baños de vapor que pueden durar hasta seis horas, participando todos los días en carreras a pie, siguiendo regímenes alimenticios compuestos de verduras apenas cocinadas, adoptando por último una terapia megavitamínica en dosis que pueden llevarlo a veces a la muerte.¹²

Ya sean psicóticos, neuróticos o depresivos, ya sea que no sufran de ningún trastorno psíquico aparente, los futuros adeptos se hacen miembros de la Iglesia de Cientología porque creen haber encontrado allí esa libertad que les es imposible lograr en la vida cotidiana. Desencantados, desligados de todo compromiso, perdidos en un mundo que les ofrece nada más que la imagen de un narcisismo conquistador al cual se sienten ajenos, buscan entonces, en la más totali-

¹² Jean-Marie Abgrall, *La mécanique des sectes*, op. cit.

taria de las coerciones y en la servidumbre más abyecta, un modo de curarse de la vacuidad de su ser y de la nulidad, a menudo incomprendible para ellos, que marca las relaciones anómalas que mantienen desde hace largo tiempo con sus parientes y allegados.

Existen miles de sectas en el mundo¹³ que no están organizadas de acuerdo con el modelo de la cientología. La mayoría de los gurúes que las dirigen han sido o habrían podido ser pacientes de psiquiatras, de psicoanalistas o psicoterapeutas. A veces son médicos, dentistas, homeópatas, osteópatas, acupuntores, psicoterapeutas, psiquiatras, etc., pero muy a menudo son simplemente autodidactas¹⁴ y no tienen ningún diploma. Mantienen con el adherente a la secta una relación fusional marcada por maltratos sexuales, episodios delirantes y estafas financieras. En cuanto a los adeptos, surgidos en su mayoría de las clases medias o de la alta burguesía, pertenecen al mundo del periodismo o del espectáculo, o se mueven en el ámbito médico, empresarial o de la función pública. Es frecuente que nadie, en su entorno, se entere del calvario de sus vidas. Se han censado en Francia, en 1995, ciento setenta y dos sectas y más de trescientos grupos con tendencia a convertirse en tales, compuestos de terapeutas y pacientes psicóticos, depresivos, suicidas, delirantes, toxicómanos o alcohólicos. Quinientas mil personas han sido “afectadas” por los fenómenos sectarios entre 1982 y 1999.¹⁵

En los casos en que escapan a su servidumbre voluntaria, a menudo después de veinte años de humillaciones, los ex adherentes no logran vivir sin ayuda. Y acuden a ver a psicoterapeutas, psicoanalistas, psicólogos o psiquiatras. Recorren entonces en dirección inversa el trayecto que los había llevado a experimentar los principios de una “cura” que no era más que un simulacro de cura. La nueva cura reemplaza entonces a la anterior y el adepto, transformado ahora en pa-

¹³ Budistas (Sukyo Mahikari), hinduistas (Khrishna, Brama Kumariu World Spiritual University, con estatuto de ONG), judeocristianas (Testigos de Jehová, Waco, mormones, Christian Science, pentecostales), neopaganas (Rael), esotérico-ocultistas (Orden del Templo Solar), escuelas de sabiduría (meditación trascendental, Nueva Acrópolis, Fraternidad Blanca Universal), ecologistas (Ecoovie, Invitación a la Vida Intensa), etcétera.

¹⁴ Jean-Marie Abgrall, *Les charlatans de la santé*, op. cit.

¹⁵ Véase Alain Vivien, *Les sectes*, op. cit.

ciente, es tratado con drogas (psicotrópicos) o mediante otras técnicas, no ya para ser enrolado en un sistema totalitario, sino para intentar comprender la significación de su comportamiento anterior. Aleccionados por la experiencia vivida, algunos antiguos adeptos se vuelven psicoterapeutas,¹⁶ sin diploma y sin inscribirse en listas, pero muchos de ellos recurren también a las medicinas paralelas —homeopatía, fitoterapia, iridología— o a nuevas terapias.

No cabe duda de que es en el seno del movimiento de la *New Age* donde se han ido acumulando, durante veinte años, todos los componentes de estas nuevas terapias.

Movimiento neoespiritualista compuesto de magos, taumaturgos y místicos, el ocultismo hizo su aparición a fines del siglo XIX reaccionando contra el positivismo de los saberes enseñados en las universidades de los países occidentales. Se trataba en ese momento de reunir en una especie de sincretismo, difundido por diferentes sectas, temas comunes a las religiones occidentales y orientales con el fin de revalorizar los saberes llamados “ocultos” o “reprimidos” tanto por el discurso científico como por las religiones institucionalizadas en iglesias.

Sobre ese terreno se desarrolló en los Estados Unidos, y vinculada a la gran epidemia de espiritismo que se había difundido entre las mujeres, una nueva doctrina esotérica inspirada en la antigua teosofía. Convencida de que los “maestros invisibles” de la tradición mística habían encontrado refugio en las altas cimas del Himalaya, Alice Bailey, espiritista y adepta de la telepatía,¹⁷ forjó en 1948 la expresión *New Age* para nombrar la futura “edad de oro” a la que debía acceder la humanidad por medio de un conocimiento profundo y subjetivo del más allá.

¹⁶ El *Journal des Psychologues*, n° 174, febrero de 2000, ha publicado varios testimonios a este respecto. El documento se titula “Les sectes, un danger pour la profession”.

¹⁷ Freud, como se sabe, se interesó vivamente por el fenómeno de la telepatía (comunicación del pensamiento a distancia) para mostrar que el fenómeno no existía. “El psicoanálisis —escribe Jacques Derrida— se traga y al mismo tiempo expele ese cuerpo extraño que se llama telepatía.” Véase S. Freud, “Psicoanálisis y telepatía” (1921), *Oeuvres complètes*, t. XVI, París, PUF, 1991 [*Obras completas*, Buenos Aires, 1998, vol. XVIII, pp. 165 y ss.], y Jacques Derrida, *Psyché, Invention de l'autre*, París, Galilée, 1987.

En 1961, en un momento en que el psicoanálisis norteamericano se sometía, por un lado, de un modo cada vez más pronunciado a los principios de una psiquiatría biológica, y en que, por otro lado, empezaba a tomar en cuenta la “cultura del narcisismo”, Michael Murphy creó, en Esalen (una pequeña estación balnearia de la costa californiana de Big Sur), un instituto que se dio la misión de reunir todos los saberes emanados de la ciencia, la filosofía y la religión, con el fin de inventar una nueva manera de vivir y “desarrollar el potencial humano”.¹⁸ Ello brindó a muchos pensadores la oportunidad de dar conferencias donde se abordaban, frente a uno de los más bellos paisajes del mundo, todos los temas que pudieran resolver el callejón sin salida que Freud había descrito con tanta exactitud treinta años antes con el nombre de “malestar en la cultura”. No se tardó en enseñar, en Esalen, nuevas técnicas de meditación y nuevas investigaciones sobre la filosofía oriental... así como nuevos caminos para acceder a la *New Age*. Se dirá, un poco más tarde, que en Esalen “los psicóticos curaban a los *otros*”.

Cierta idea de la felicidad, desconocida por la misma época en Europa, pero inventada a principios del siglo en el corazón de una Europa que sería devastada enseguida por dos guerras, se puso así en práctica en ese fantástico laboratorio de la libertad que prolongaba, con una modalidad libertaria, las antiguas experiencias místicas. Acceder al conocimiento del más allá, es decir, a un más allá de la conciencia e incluso a un más allá del inconsciente freudiano: tal era la extravagante utopía de los creadores del centro de Esalen. Para realizarla, se basaban en el legado que les habían dejado los surrealistas, y sobre todo en la trayectoria mística de Antonin Artaud cuando había cruzado el Atlántico para iniciarse en el culto del peyotl¹⁹ entre los indígenas de México. El acceso a la verdadera libertad, es decir, a la confrontación con lo desconocido, la locura o el “Yo soy otro” de Arthur Rimbaud, pasaba por el consumo de drogas (el famoso

¹⁸ De allí derivará la técnica denominada de “desarrollo personal”. Véase W. T. Anderson, *The Upstart Spring: Esalen and the American Awakening*, Reading, Mass., Aldison Wesley, 1983, y Susan Baur, *Relations intimes, op. cit.* En las clasificaciones actuales, se da a menudo el calificativo de “humanista” a esta corriente de la psicoterapia.

¹⁹ Hongu alucinógeno.

LSD)²⁰ y por una experiencia de la sexualidad carnal, colectiva y transgresiva fundada en el extremo goce de los cuerpos, que iba en contra de la perspectiva freudiana no sin pretender desbordarla, renovarla y subvertirla.

Durante varios años, el Instituto de Esalen recibió la visita de una cantidad considerable de escritores, investigadores, disidentes del freudismo o críticos de la psiquiatría y del orden familiar burgués, todos fascinados por esta búsqueda *psicodélica* de la *New Age*. Entre ellos figuran Anaïs Nin, Carl Rogers, Abraham Maslow, Allan Watts, Erich Fromm, William Shutz, Ida Rolf, Ronald Laing, Frederick Perls, Aldous Huxley, Carlos Castaneda, Timothy Leary.²¹

Del “mejor de los mundos” soñado por Huxley, que había profetizado en 1932 la llegada de una humanidad víctima del delirio cientista, nacieron todas las escuelas de psicoterapia contemporánea. Todas ellas querían romper con una visión estrecha y reductora de la ciencia que pretendía, ya en ese entonces, regentear el conjunto de los comportamientos subjetivos. Entre ellas, varias se subordinaban al modelo de la *Gestalt*-terapia fundada por Fritz Perls, a la psicología del ser y la existencia, o a un abordaje llamado “no directivo” o de bioenergía inventado por Alejandro Lowen, discípulo de Wilhelm Reich.

Nacido en 1893 en una familia judía berlinesa, Perls fue analizado por dos de las grandes figuras disidentes del movimiento freudiano: Karen Horney y Wilhelm Reich. Obligado a huir de Alemania en 1933, vivió en África del Sur, donde empezó efectuando curas clásicas. Permaneció sin embargo profundamente marcado por la enseñanza de Reich. Al igual que muchos freudianos de esa generación, aspiraba a emanciparse de ese psicoanálisis que se había esclerosado en

²⁰ LSD: ácido lisérgico dietilamida, sustancia derivada del tizón de centeno, descubierta en 1943 por un médico suizo, Alberto Hoffmann, e importada a los Estados Unidos por la CIA, que tenía la esperanza de utilizarla como test de verdad durante sus interrogatorios...

²¹ Timothy Leary (1920-1996), un profesor norteamericano de origen irlandés, convertido al hinduismo y gran amigo de Aldous Huxley. Sancionado varias veces con penas de cárcel por uso de estupefacientes, terminó creando una “liga”, la Iglesia LSD. Al final de su vida, llevaba dos pulseras que mencionaban la dirección de dos sociedades que deberían intervenir para conservar su cerebro en el momento de morir. Cambió luego de opinión y reclamó que sus cenizas fueran esparcidas en el espacio...

reglas demasiado rígidas. Soñaba con una nueva forma de practicar la cura que no se limitara a la palabra, a la exploración del inconsciente o al análisis de la transferencia, sino que incluyera en su protocolo la cuestión del cuerpo sexuado: paso al acto, transgresión, experiencias diversas destinadas a poner coto a las fuerzas de la represión para hacer surgir del sujeto la pulsión en estado bruto.

Inspirándose en el gran neurólogo Kurt Goldstein, de quien había sido asistente en Frankfurt, inventó la *Gestalt*-terapia, esa forma de psicoterapia individual o colectiva, e incluso existencial, durante la cual se invita al paciente a vivir sus conflictos a través de una expresión a la vez corporal y verbal, con el fin de volver a encontrar la unidad de su personalidad.

Fue primero en Nueva York, en 1946, y después en el Instituto de Esalen, donde Perls desarrolló sus teorías gestaltistas, animando grupos vinculados a la contracultura norteamericana. Mantuvo minuciosas relaciones sexuales con sus pacientes, que se volverían luego, también, futuras terapeutas.²² Después de una larga estadía en el Japón, va a asociar la teoría terapéutica de la *Gestalt* con el budismo zen y se transformará en un gurú que preconiza tanto el naturismo como la apertura a todas las formas de terapia corporal. Éstas se desarrollarán después de su muerte, primero en California y después en diversos países.

Existen actualmente, sobre todo en Europa, en los Estados Unidos y en América latina, más de cien institutos de formación en la *Gestalt*-terapia. Sus promotores han renunciado desde hace largo tiempo a las prácticas transgresivas del jefe fundador y han puesto en vigor severos códigos deontológicos que prohíben ese tipo de desviaciones. Como los psicoanalistas, persiguen a los charlatanes. Y nada nos autoriza a afirmar que se organizan en sectas o que están bajo la influencia de una organización sectaria, aun cuando las sectas recurran a algunos de sus métodos.

La aventura de la *New Age* terminó con una pesadilla. ¿Podía suceder acaso de otro modo? No, por cierto. Sabemos, en efecto —y Freud no fue el primero en decirlo—, que toda doctrina que promete al hombre una libertad fundada en la realización ilimitada de sus pulsio-

²² Véase Susan Baur, *Relations intimes*, op. cit., pp. 98-103.

nes sexuales está destinada al encierro típico de la secta y no conduce a otra perspectiva que no sea el acrecentamiento de su servidumbre.

En 1980, cuando una periodista norteamericana anunció la llegada de una “conspiración de Acuario”, retomando, para transformarlos, todos los temas de la *New Age* puestos en práctica en Esalen, volvió a poner en el tapete una versión astrológica de la antigua teosofía: “La humanidad —decía en resumen— iba a entrar en un milenio de amor y de luz ligado al pasaje astrológico de la era de Piscis a la de Acuario, signo anunciador de una Nueva Edad y de un futuro encantador”.²³ Para las diferentes sectas que adhirieron a ese anuncio, la profecía proporcionó la oportunidad para acentuar sus campañas de denigración de la medicina científica y para hacer prosperar una multitud de medicinas ocultas, delirantes o mortíferas: la instintoterapia, capaz supuestamente de curar el cáncer ingiriendo carne cruda, o la urinoterapia, que consiste en hacer beber su propia orina a un paciente para regenerarlo. Todas las medicinas paralelas y todas las otras terapias del cuerpo y del alma aprovecharon este nuevo “advenimiento” de Acuario para “modernizarse”. En cuanto a las sectas, florecieron también en el terreno fertilizado por una *New Age* que ya no tenía mucho que ver con las bellas experiencias libertarias de Big Sur.²⁴

El lector habrá comprendido que, aunque sea posible hacer la lista de las grandes sectas organizadas a escala planetaria para combatir las legalmente,²⁵ resulta en cambio mucho más difícil enumerar los

²³ Citado por Renaud Marhic y Emmanuel Besnier, *Le New Age, op. cit.* Véase igualmente Laura Winkler (astróloga y terapeuta del “desarrollo personal”), *L'Être du Verséau: défis pour les temps à venir*, París, Des Trois Monts, 1999.

²⁴ Véase Michel Lacroix, *Le spiritualisme totalitaire: le New Age et les sectes*, París, Plon, 1995.

²⁵ El trabajo de lucha en contra de las sectas ha sido llevado a cabo de manera muy eficaz en Francia, entre 1998 y 2004, por la Misión Interministerial de lucha contra las sectas dirigida por Alain Vivien. Contrariamente a países como Canadá o los Estados Unidos, Francia se negó, con toda razón, a considerar las grandes sectas —especialmente la cientología— como verdaderas religiones. La consecuencia de ello es que el fenómeno de las sectas en Francia sufrió claramente una regresión desde 1999, mientras que en el resto del mundo se despliega cada vez más. Pero resulta de ello al mismo tiempo que las psicoterapias y sobre todo las nuevas terapias, en plena expansión, son tachadas de técnicas influenciadas por el espíritu sectario.

múltiples grupos con tendencia o no a convertirse en sectas, que gozan de una perfecta inserción en las redes asociativas de las sociedades occidentales. Estos grupos recurren a todo tipo de “medicinas” del alma y del cuerpo entre las cuales se encuentran tanto las medicinas paralelas y las psicoterapias clásicas como las terapias mágicas o místicas o las curas psicoanalíticas incontroladas.

Deseadas actualmente con vehemencia,²⁶ esas “medicinas”, pasadas por el filtro de la *New Age*, son también valorizadas por algunos programas de televisión que ponen en escena en forma directa el sufrimiento psíquico contemporáneo.²⁷ Ciertas revistas especializadas²⁸ las recomiendan asimismo a sus lectores después de haberlas “puestas a prueba”²⁹ comparándolas con otras medicinas consideradas más “científicas”, como la psiquiatría o el psicoanálisis.

Cuanto más se desea y valora ese tipo de medicinas, más se ven condenadas a ser objeto de evaluaciones, medidas precautorias, pesquisas e incluso a ser rechazadas por parte de los mismos que las utilizan y las difunden, y que temen siempre ver surgir a través de ellas la sombría figura del charlatán. Porque, en las sociedades democráticas modernas, los sujetos, librados a sí mismos, están profundamente animados de una demanda contradictoria: quieren poder elegir libremente al que los cure (principio de libertad) sin dejar de exigir al Estado que los proteja de los charlatanes (principio de seguridad).

¿Pero de qué charlatán tenemos miedo, ya que se trata de esas “medicinas” que por definición escapan a toda forma de objetivación

²⁶ Treinta millones de franceses recurren a esas diferentes “medicinas” (especialmente a la homeopatía), a las que consideran “complementarias” respecto de la medicina científica, calificada de “deshumanizada”.

²⁷ Telerrealidad o programas que reúnen a personas desesperadas y “expertos” (psiquiatras, psicoanalistas, psicoterapeutas) bajo la égida de un animador inofensivo. Para los modos de reclutamiento de los “testigos” que se exhiben en esos programas, se puede consultar Macha Séry, “Des témoins à la chaîne”, *Le Monde-Télévision*, 8-14 de marzo de 2004.

²⁸ Después de haber estado dirigida hasta 1996 por una adepta de la secta IVI, la revista *Psychologies*, controlada ahora por Jean-Louis Servan-Schreiber, es actualmente en Francia el principal vector de todas las nuevas terapias. Consúltese Dominique Mehl, *La Bonne Parole*, París, La Martinière, 2003.

²⁹ Especialmente *L'Express* y *Le Nouvel Observateur*.

racional o que desaparecen al cabo de algunos años para volver a nacer con otro nombre? ¿Cómo definir, al fin de cuentas, al charlatán cuando sabemos que los adeptos de las terapias comportamentalistas catalogan de ese modo al psicoanalista con el pretexto de que la cura practicada por éste no tiene valor científico? ¿Cómo definir al charlatán si este último utiliza el mismo término para designar unas veces al psicoterapeuta y otras veces a sus propios adversarios freudianos o lacanianos? Al fin y al cabo, ¿el charlatán no es acaso el que consume esas "medicinas" como si fueran drogas, favoreciendo la promoción de éstas y corriendo el riesgo de abusar del público? ¿El charlatán no es aquel que señala a su semejante tachándolo de charlatán sin saber de qué está hablando?

Pese a todo, no podremos menos que afrontar el problema de saber *quién* estará habilitado para controlar lo incontrolable y cuál es el procedimiento que habrá que poner en práctica para lograrlo.

IV.
ESPEJISMOS DEL PERITAJE

Desde que se separó del psicoanálisis bajo la influencia de una concepción comportamentalista de la condición humana, y desde que la última versión del *Manual de estadística y diagnóstico de los trastornos mentales (DSM)** se convirtió en la única referencia considerada “científica” para clasificar las enfermedades mentales y los trastornos psíquicos, la psiquiatría ha renunciado a toda forma de misión salvadora para ponerse al servicio de los laboratorios farmacéuticos y de la dictadura del peritaje.

Por consiguiente, todas las políticas de salud mental de los Estados democráticos —y sobre todo la de Francia— están sometidas al mismo tiempo al doble imperativo biológico y de seguridad. Su objetivo radica en detectar y perseguir la anomalía psíquica de la misma manera en que se detecta una enfermedad orgánica y, por ejemplo, tratar al niño que se rebela contra el sistema escolar como un enfermo “hiperactivo” al cual habría que suministrar ritalina¹ para cerrar los ojos ante las causas reales, económicas, psíquicas o sociales de su malestar.²

* Este diccionario de 1.120 páginas, reeditado por cuarta vez en Francia en 2003 por la editorial Masson, es la traducción del manual originalmente escrito en inglés, publicado por primera vez en 1980 por el equipo norteamericano de la American Psychiatric Association. [T.]

¹ Remedio psicotrópico derivado de las anfetaminas y ampliamente distribuido, sobre todo en los Estados Unidos, a los niños que presentan signos de inestabilidad escolar.

² Prueba de ello, si es que vale la pena insistir, es el programa de “detección del sufrimiento psíquico” elaborado por el Ministerio de Salud, publicado en el Boletín Oficial del 11 de diciembre de 2003, con el título “La salud de los alumnos: programa quin-

En nombre de ese cientificismo policial, estas políticas tratan de evaluar el desorden mental en la escuela y el sufrimiento psíquico en la sociedad a fuerza de pericias psiquiátricas y tratamientos, en su mayoría ineficaces, así como se previenen las enfermedades cardiovasculares con regímenes alimenticios y remedios adecuados. No solamente los niños no tendrán ya derecho, en el futuro, a ser insoportables, rebeldes o dotados de espíritu crítico, sino que para remediar su insolencia contra los maestros (¿no es elemental saber que esa insolencia no se origina en las neuronas?), se los obligará dentro de poco, al igual que a los profesores, a llenar un cuestionario acerca del comportamiento mental de sus padres. ¿Son éstos alcohólicos, locos, suicidas o simplemente sufren trastornos? ¿Gozan de una buena salud psíquica? ¿Se pelean? ¿Discuten? ¿Consumen medicamentos psicotrópicos? ¿Hay “antecedentes” en la familia?, etcétera.

Ahora bien, cuando se empieza a practicar ese tipo de métodos, se olvida que en el campo del psiquismo el imperativo de la norma y de la patología no pertenece al mismo registro que el que rige al cuerpo orgánico. Y aun cuando se descubriera algún día que se trata de un mismo registro, se olvidaría que aprender a curar es, como decía Georges Canguilhem, aprender “a conocer la contradicción entre la esperanza de un día y el fracaso del final, sin perder la esperanza”.³

Inscripta en el movimiento de una globalización económica que transforma a los hombres en objetos de mercancía, nuestra sociedad, que califico hace un tiempo de “depresiva”,⁴ está seriamente expuesta a obedecer a esas órdenes de vigilancia y seguridad colectivas. Porque todo ocurre como si el individuo solamente le interesase para contabilizar sus logros, y como si no encarase al sujeto que sufre más que como la víctima posible de la charlatanería. Pero esa sociedad no ve que este último, a fuerza de no creer más ni en las virtudes de la li-

quenal de prevención y educación”. Tratar de detectar de ese modo el sufrimiento psíquico como si se tratara de una enfermedad, equivale a considerar que cada sujeto es un enfermo y, más aún, considerar “criminal” a un sujeto cuyo comportamiento será juzgado por anticipado como susceptible de llevarlo a cometer un acto criminal.

³ Georges Canguilhem, *Le normal et le pathologique* (1943), París, PUF, 1966 [*Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1978].

⁴ Élisabeth Roudinesco, *Pourquoi la psychanalyse?*, París, Fayard, 1999 [*Por qué el psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2004].

bertad ni en el progreso de la medicina científica, es provocado cada vez en mayor escala por ella misma. Es así como con obstinación creciente trata de poner en cifras el déficit en función de una norma, adoptando mediciones de la deficiencia o el traumatismo para eludir una interrogación sobre sus orígenes.

Por eso asistimos, en nuestros Estados democráticos, a una especie de involución del racionalismo de las Luces, que lleva a los sujetos a desear por sí mismos su propia esclavitud. La consecuencia de esto es que el psicoanálisis es atacado con violencia por las neurociencias y el comportamentalismo, los cuales constituyen los dos pilares de este sombrío higienismo de las almas en función del cual un individuo es capaz de abdicar de su libertad para adaptarse a un modelo de sumisión colectiva. El psicoanálisis es atacado en todas partes del mundo —por los psicoanalistas mismos, a veces cómplices de una resistencia inconsciente frente a su propia disciplina—⁵ porque representa una de las formas más modernas de resistencia, no solamente respecto de los saberes ocultos, sino además contra la práctica de la pericia psiquiátrica, del control y la evaluación puestos en práctica por el poder dominante.

Predecir, evaluar, calcular, redactar pericias, validar, contar, medir: ¿qué quieren decir todas estas palabras tratándose del sufrimiento psíquico y de las terapias que deberían curarlo, y más aún de la clínica que debería describirlo?

Para comprender cómo hemos podido pasar, en un período de treinta años, desde un enfoque estructural del sujeto que tenía en cuenta sus afectos, su vivencia existencial, una lectura de su vida inconsciente o de la de su entorno, a una compartimentación “ateórica” de sus comportamientos, es preciso que sepamos en primer lugar que los procedimientos para evaluar el psiquismo nacieron, después de 1970, de una voluntad de los responsables de las políticas de salud pública con vistas a reducir de modo drástico el costo de las financiaciones de todas las formas de patología: en los campos de la medicina, la psiquiatría, la psicología y la psicoterapia. Así se explica la célebre y alarmante fórmula que lanzaron, más allá del Atlántico, los

⁵ Como lo prueba la famosa entrega de los anuarios del 12 de diciembre de 2003.

fanáticos de la evaluación: “la medicina de calidad es aquella que cuesta lo menos posible”.⁶

Admitamos que la prolongación de la duración de la vida en Occidente, así como la amplificación de un gran malestar en la cultura, hacen que la evaluación del “buen uso de los cuidados médicos” se vuelva una necesidad absoluta. Pero ¿cómo podemos explicar que cuanto más tratamos de reducir los costos, más se desarrollan a escala planetaria las terapias mágicas, las medicinas paralelas, las autoterapias delirantes, las píldoras milagrosas, en resumen, todo un formidable mercado de la ilusión terapéutica? No podemos menos que observar, en efecto, que este mercado responde a una economía del goce, del gasto, de la pulsión y del desborde, que echa por tierra con todo desprecio las reglas de la racionalidad del cuidado médico. ¿Cómo no ver que esta medicina, a pesar de sus logros científicos y un indiscutible poder de curar, no da al sujeto una respuesta a sus angustias?, ¿y que cuanto más trata la enfermedad reduciendo los costos mediante evaluaciones excesivas, más favorece la miseria psíquica, además de la desigualdad de las condiciones?

La evaluación se ha vuelto obligatoria en Francia desde 1991 en todas las disciplinas médicas.⁷ En función de ella, se evalúa el costo de una patología, el costo de la calidad del tratamiento, el costo del tiempo que el médico pasa con el paciente, se establecen protocolos de tratamiento perfectamente codificados y se mide, por ejemplo, la cantidad de años de vida que se ganan con ello, admitiendo, de un modo convencional, que “un año de vida ganado pero cargado de sufrimiento y de falta de confort será igual a un medio año de vida con buena salud”.⁸ A pesar de estos desconcertantes razonamientos, co-

⁶ Alexandra Giraud, “Origines et définitions de l’évaluation en médecine”, en Viviane Kowes (ed.), *Evaluation de la qualité en psychiatrie*, París, Economica, 1994. Esta tesis fue criticada violentamente por Hillary Rodham Clinton, *Historia viva. Memorias*, Buenos Aires, Planeta, 2004.

⁷ Precisamente en esta óptica de evaluación generalizada, Bernard Kouchner, por ese entonces ministro de Salud, creó el 14 de octubre de 1997 la Asociación Nacional de Acreditación y Evaluación de la Salud (ANAES), con la firme intención de incluir en este sistema el peritaje psicoterapéutico.

⁸ Alexandra Giraud, “Origines et définitions de l’évaluation en médecine”, *op. cit.*, p. 33.

mo el que consiste en dispensar de todo trabajo en contacto con el amianto al sujeto genéticamente predispuesto a un cáncer para remplazarlo por otro supuestamente “sano”, la evaluación no ha dejado de tener efectos benéficos en la medida en que ha permitido, por ejemplo, cuidar mejor a los pacientes, racionalizar los gastos de salud y recomponer la geografía de la institución hospitalaria dentro de un sistema reconocido como el mejor del mundo desde el punto de vista de la igualdad del ciudadano frente a las enfermedades graves. Hay que reconocer asimismo que contribuyó a que el Estado dejase de efectuar el reembolso de una gran cantidad de remedios en función de la insuficiencia del “beneficio producido”, sobre todo en lo que hace a las famosas sustancias de alta dilución producidas por los laboratorios farmacéuticos.⁹

Pero, por otro lado, no resulta menos inevitable reconocer que los procedimientos de evaluación, aunque no obedezcan en sí mismos a un riguroso control, pueden volverse peligrosos, perversos y hasta totalitarios, ya que toman como punto de referencia privilegiado la arbitrariedad legal inherente a un supuesto accionar “objetivo” o “científico” en detrimento de la deliberación crítica. ¿Cómo es posible, por ejemplo, considerar que un año de vida ganado a costa de una falta radical de confort pueda “equivaler” a medio año de vida gozando de buena salud, sin tener en cuenta la opinión del paciente, su deseo profundo, su resistencia al sufrimiento, etc.? La cuestión reside fundamentalmente en saber cuál es la instancia legal en la que se basa el que pretende evaluar a los demás. ¿Quién reuniría las condiciones para evaluar al evaluador? ¿Cómo controlar las desviaciones provocadas por los espejismos de esta ideología del peritaje generalizado, que ha invadido las sociedades democráticas y pretende, en nombre de la seguridad de la población, controlar lo incontrolable?

En el campo de la psiquiatría y la psicología, la ideología de la evaluación ha llevado a un verdadero desastre, tanto en el plano clínico como desde el punto de vista de la enseñanza misma de las disciplinas. Para reducir los costos y definir mejor los “perfiles” patoló-

⁹ Este cese del reembolso no es efectivo todavía en Francia y no deja de provocar muchas polémicas.

gicos de los pacientes, los evaluadores han aplicado a los enfermos mentales criterios idénticos a los que se utilizan para reunir en un mismo sector hospitalario a las especialidades médicas. Por consiguiente, ya no se trata a los pacientes caso por caso y de acuerdo con la singularidad de su historia, sino en la medida en que pertenecen a “grupos homogéneos de enfermos” definidos en función de criterios comportamentalistas y psicofarmacológicos. Esto equivale a decir que a cada comportamiento corresponde un remedio; a cada patología, una cierta cantidad de actos médicos; a cada hospital, un tipo de patología. Los enfermos se clasifican en función de “fichas”, destinadas a recopilar todas sus actividades y a definir la cantidad de trámites —ambulatorios, hospitalarios o extrahospitalarios— efectuados por el psiquiatra, el cual tiene además en cuenta en su autoevaluación el tiempo transcurrido en la presentación telefónica de un caso. La ficha sirve luego para establecer un informe de actividad anual enviado a la Dirección General de la Salud (DGS), la cual puede utilizarlo para redactar estadísticas.

Constreñidos por un trabajo administrativo cada vez más pesado, debiendo multiplicar cálculos y evaluaciones, obligados a efectuar las famosas pericias destinadas a clasificar a los pacientes, en virtud de un sistema de vigilancia, en una jerga tan especializada como incoherente, los psiquiatras se han convertido en unos pocos años en los protagonistas principales de un proyecto en descomposición, cuando en realidad deberían ser (como algunos nos lo quieren hacer creer) los clínicos modernos de un acercamiento dinámico de la locura. Es así como han terminado por transferir su competencias a enfermeros o psicólogos que se ocupan del psiquismo del paciente. En un informe a cargo de Jean-François Mattei (gran “protector del psicoanálisis”), que reclamaba una acentuación del aspecto médico en el enfoque del hecho psíquico en Francia,¹⁰ varios psiquiatras evaluadores anunciaron la desaparición, en 2020, de la disciplina psiquiátrica: “Entre los médicos, los psiquiatras son aquellos que presentan el promedio de edad más elevado [...]. En 2012, una disminución del 12% de psiquiatras es casi ineluctable, si tenemos en cuenta las decisiones ya

¹⁰ Carta de Jean-François Mattei a Philippe Cléry-Mélin, del 10 de febrero de 2003.

tomadas y el plazo mínimo de once años para que éstas se materialicen. Si se conservan unos 176 diplomas de estudios especializados en psiquiatría, la disminución de la cantidad de psiquiatras sería de alrededor del 40% (5.398) en el horizonte del 2020, en que quedarían solamente 7.856 psiquiatras. Esta importante reducción de la cantidad de especialistas compromete la realización de las misiones que preconizamos para la psiquiatría”.¹¹

El texto de este informe no es otro que el que sirvió de base a las enmiendas de Bernard Accoyer y sobre todo de Jean-François Mattei a las que nos hemos referido antes.¹² Para poner un remedio a la ineluctable declinación de la psiquiatría, abandonada por los más brillantes entre los estudiantes, que se orientan de ahora en adelante hacia otras especialidades, los autores del informe proponen crear un estatuto de psiquiatra coordinador, cuya misión consistiría en evaluar, vigilar y redactar informes o peritajes sobre todos los terapeutas de la psique sin diploma en psicología o psiquiatría, para impedirles “perjudicar” a los pacientes.

Preconizan, de esta manera, considerar “científicas” solamente a las psicoterapias que han sido objeto de las mentadas pericias, y efectuadas fundamentalmente por psiquiatras o, a falta de éstos, por psicólogos. Esto significa también, a la larga, considerar que esas psicoterapias serán las únicas en ser tomadas a cargo por el seguro de enfermedad.* Y es en nombre de esta ideología del peritaje como

¹¹ Philippe Cléry-Mélin, Jean-Charles Pascal y Viviane Kovess-Mafety, *Plan d'actions psychiatrie et santé mentale* del 15 de septiembre de 2003. Hay en Francia 196.000 médicos; 94.859 son clínicos generales y 101.141 se reparten en unas cuarenta especialidades, entre las cuales se encuentra la psiquiatría, que cuenta con 13.600 profesionales listados en el *Annuaire des psychiatres français* del año 2003-2004. El 50% de ellos han recibido una formación psicoanalítica (especialmente los profesionales liberales). Entre los 5.000 psicoanalistas franceses que figuran en los anuarios y listados de sus sociedades, 2.000 son psiquiatras. Nótese que entre los clínicos generales encontramos a homeópatas y psicoterapeutas. Véase Robert Levet, “Que penser du rapport Cléry-Mélin?”, *Cultures en mouvement*, 65, marzo de 2004. Véase también Cécile Prieur, “Un rapport préconise 140 pistes de réforme pour sortir la psychiatrie de la crise”, *Le Monde*, 7 de octubre de 2003.

¹² En el capítulo 1.

* La autora se refiere al sistema de reembolso generalizado de los gastos médicos garantizado por la Seguridad Social, integrada en Francia en el Estado. [T.]

los psicoterapeutas no diplomados han sido condenados por un ministro benevolente —que no sabe cuántos son— a inscribirse en listas con el fin de ser evaluados por jurados compuestos por psiquiatras y psicólogos incapaces de juzgarlos y que ignoran absolutamente con quiénes se las tienen que ver. Es así como se piensa proteger a los “usuarios” del poder de las sectas en el momento mismo en que, como ya lo señalé, el fenómeno de las sectas está en retroceso en Francia.

Frente a las psicoterapias y nuevas terapias cuyo despliegue traté de describir, las terapias cognitivo-comportamentalistas (TCC),¹³ completamente ignoradas por los pacientes, son sin embargo las únicas que merecen una apreciación de “científicas” por parte de los psiquiatras hostiles al psicoanálisis, así como por parte de los psicólogos cognitivistas, globalistas o experimentalistas poseedores de diplomas estatales, y, por último (lo cual es más grave aún), por parte del muy serio Instituto Nacional de la Salud y de la Investigación (Inserm). Surgidas del behaviorismo y de las teorías cognitivistas y del comportamiento, estas terapias consisten en una mezcla de método Coué,¹⁴ de domesticación del cuerpo, técnicas de persuasión y condicionamiento de conciencias.*

Lejos de querer emancipar al sujeto, proponen, en efecto, un protocolo terapéutico cifrado, especie de contrato, proyecto de vida o reeducación del pensamiento. Al término de éste, y en el marco de una cantidad muy precisa de sesiones, se supone que el paciente, que ha sido claramente informado por su terapeuta, aprende, si es fóbico, a curar su fobia mirando películas de terror; si es anoréxico, a comer poco y en pequeñas cantidades; si es ansioso, a controlar su angustia y volverse razonable; si es esquizofrénico, a no hacerse más el loco y razonar correctamente. Una vez embalado en este tipo de mé-

¹³ En Francia, dos sociedades comportamentalistas agrupan a más de 567 profesionales, casi todos psiquiatras.

¹⁴ Emile Coué (1857-1926), farmacéutico francés, inventor del método llamado “de autosugestión”, que consiste en controlarse o dominarse a sí mismo.

* Téngase en cuenta que la expresión “método Coué” se ha generalizado en la lengua francesa corriente para referirse con una connotación despectiva a toda técnica o método carente de fundamento serio. [T.]

todos llamados “modelos básicos”, deberá pasar luego por diferentes etapas antes de acceder a la “cura” definitiva: *shaping*, *modeling*, *fading*, extinción, autodesensibilización, programa de *token-economy*, aprendizaje mediante la huida, elusión o castigo, etc. Atrevámonos a decirlo: estas “terapias” tienen más que ver con las técnicas de la dominación y poder puestas en práctica por las dictaduras o las sectas que con terapias dignas de este nombre. Podemos entonces regocijarnos de que el público las ignore.

Y sin embargo, como lo muestra un “peritaje colectivo” publicado el 26 de febrero de 2004 por iniciativa primero de Bernard Kouchner y luego de William Dab,¹⁵ director general de Salud, varios investigadores del Inserm no vacilan en subrayar que han proporcionado la prueba de la superioridad de estas terapias sobre las otras, especialmente respecto de los enfoques psicodinámicos, entre los cuales el último y peor lugar le toca al psicoanálisis. Cuando sabemos que esos “expertos” o peritos del Inserm adhieren ellos mismos a esas terapias cognitivo-comportamentalistas, cuando no ignoramos que son adversarios activos del psicoanálisis y de los enfoques psicodinámicos, o fanáticos del peritaje generalizado en materia de salud pública, nos preguntamos en qué consisten sus competencias y su calidad de evaluadores. ¿Pueden juzgar con toda objetividad los métodos que son los suyos y los otros, que atacan salvajemente?¹⁶ ¿Qué diríamos si el Estado encargara a los miembros más ortodoxos de las sociedades psicoanalíticas la tarea de evaluar y establecer peritajes de las curas practicadas por los miembros de sus propias escuelas?

¹⁵ Nombrado como director general de Salud en agosto de 2003, por iniciativa de Jean-François Mattei, William Dab es un fanático de la evaluación efectuada por expertos: “Lo que no se evalúa no es científico”, declaró en *Le Figaro* del 27 de febrero de 2004.

¹⁶ Entre los dieciséis “peritos” encontramos a David Servan-Schreiber, Jean Cottraux y Daniel Widlöcher, este último psicoanalista, miembro de la APF [Asociación Psicoanalítica de Francia] y presidente de IPA, el cual ha manifestado siempre una extrema simpatía por esos métodos, hasta el punto de ser nombrado miembro honorario de la Asociación Francesa de Terapia Comportamentalista y Cognitiva. Se leerá también con interés la excelente declaración de Roland Gori, psicoanalista, profesor de psicopatología en la universidad de Aix-Marsella, fundador en 1984 de la revista *Cliniques Méditerranéennes* y presidente del Seminario Interuniversitario Europeo de Inves-

Conscientes de que es imposible verificar la eficacia de una terapia con un método idéntico al que consiste en evaluar la presencia o ausencia de una sustancia activa en un medicamento, los peritos señalan que no han recurrido a la comparación entre una terapia llamada “activa” y una terapia “placebo”. Afirman, de este modo, que han medido la eficacia de las TCC mediante “metaanálisis”¹⁷ que pasan revista a un total de cerca de “setecientos estudios efectuados desde hace sesenta años”. Pero cuando sabemos que los “análisis” que componen esos “metaanálisis” utilizan la técnica del contraplacebo (simple o doble ciego), nos damos cuenta de hasta qué punto los peritos del Inserm se condenan ellos mismos a no poder hacer ninguna pericia.

En efecto, todas las pericias que pretenden comparar una terapia denominada “eficaz” con una terapia llamada “placebo” ponen en práctica protocolos que no vacilaré en calificar de perfectamente ridículos. Se pretende de esa manera “verificar” mediante un peritaje la diferencia entre un grupo de pacientes sometidos a “verdaderas” terapias y otro grupo obligado a entrar en las más extravagantes situaciones de tipo placebo; por ejemplo, contacto mínimo con un terapeuta durante dos semanas, lista de espera con contacto telefónico durante meses, comparación de una terapia ya validada con este “método” con otra que no ha sido validada, etcétera.

En una época en que los mejores investigadores se preguntan cómo evitar sufrimientos a los animales, a los que se somete necesariamente a experiencias médicas, nos preguntamos en virtud de qué aberración los adeptos del comportamentalismo han podido así “practicar pericias” sobre hombres y mujeres tratándolos como se tra-

tigaciones en Psicopatología y Psicoanálisis (SIUERPP), creado por Pierre Fédida en 2000, el cual agrupa a 130 profesores psicoanalistas que pertenecen a todas las tendencias del freudismo francés: “Siento repugnancia. Ese informe se presenta como científico pero no lo es [...] No es más que un discurso pseudocientífico que legitima el discurso al modo higienista, dando prioridad a la seguridad ante todo” (*Le Monde*, 26 de febrero de 2004).

¹⁷ Los metaanálisis consisten en “adoptar la hipótesis de que el conjunto de los estudios es una muestra de todos los estudios posibles sobre el tema dado”. Esos metaanálisis están sacados de trabajos norteamericanos y canadienses ya conocidos.

taba en épocas lejanas a las ratas de laboratorio. Una vez más, es la ciencia occidental más sofisticada la que ha producido las invasiones bárbaras más violentas que nos devastan. En Francia, es el Estado el que las financia y ellas pretenden hoy en día, con la complicidad tácita de tres mil quinientos psicoanalistas, erradicar a los siete mil quinientos psicoterapeutas instalados en la comunidad para reemplazarlos por adeptos del condicionamiento autoevaluado. Hay que decirlo sin ambages: la crueldad humana no tiene límites.¹⁸

Celosos de las otras escuelas de psicoterapia, a las cuales consideran “irracionales” y “no científicas”, sintiéndose inferiorizados a causa de la falta total de reconocimiento público, los adeptos de las TCC pretenden poseer con exclusividad el único método infalible, verificado, evaluado y eficaz del mundo. Desde el fondo de su maldito anonimato, se consideran víctimas de un formidable complot “mediático” orquestado por intelectuales¹⁹ que se atreven, desde hace un siglo, a rebajar la verdadera ciencia y que otorgan valor a la terapia más nefasta, temible y escandalosa nunca imaginada en Occidente, esto es, la cura freudiana. En efecto, en casi todas las obras que alaban las ventajas de las TCC, la famosa disciplina que reina sobre las demás es juzgada como afectada de un “gran retraso francés” en materia de investigación científica. En cuanto a Freud en persona, se lo califica a lo largo de múltiples páginas de “mitómano”, “impostor” o padrino de una “omertà” que apunta a disimular crímenes y operaciones “fraudulentas”.²⁰

¹⁸ Después de la publicación de ese informe, uno de los peritos psiquiatras, Jean-Michel Thurin, desmintió en una declaración en Internet (28 de febrero de 2004), un trabajo en el que sin embargo había participado: “La pericia se fue acercando progresivamente a una orientación *Evidence Based Medicine*, llevada hasta sus últimas consecuencias. Ahora bien, esta última no se adapta a nuestro objeto de estudio por múltiples razones. La más evidente reside en que una psicoterapia no es una molécula química que se prescribe a un paciente”.

¹⁹ Entre los cuales se incluyen filósofos o escritores tan poco “serios” como Thomas Mann, Theodor Adorno, Romain Rolland, André Breton, Pierre-Jean Jouve, Jacques Derrida, Christian Jambet, Gilles Deleuze, Michel Foucault, etcétera.

²⁰ Jean Cottraux, autoperito de sus propias terapias, llega incluso a designar al sabio vienés con el sobrenombre de “Sigmund Fraude”. Véase *Les visiteurs de soi, op. cit.*, p. 140.

Pero algo peor nos queda por descubrir. En un libro reciente titulado *Mensonges freudiens*,²¹ premiado por la Sociedad Francesa de Historia de la Medicina y recibido con fervor por la corporación médica, *Le Quotidien du Médecin* [El diario del médico], los promotores de las TCC, con un prefacio de un psicólogo simpatizante del Club de l'Horloge [Club del Reloj],²² el psicoanálisis es presentado por el autor, Jacques Bénesteau, como un “invento mentiroso”, una “estafa”, una “prodigiosa retórica de falta de información”. En cuanto a sus representantes, desde Freud hasta Lacan pasando por Jones, Jung, Melanie Klein, Anna Freud, Bettelheim, etc., se los compara con una cohorte de gánsteres psicópatas ávidos de llenarse los bolsillos, incapaces de curar a nadie y protegidos por “redes” o “submarinos” que les permitirían infiltrarse en las sociedades occidentales para difundir en ellas sus “mitos fundadores”. Basándose en estos razonamientos y otros similares, el autor y el redactor del prefacio no vacilan en afirmar que habría que escribir el “libro negro del freudismo”, inventario altamente necesario de sus daños, crímenes y abusos.

El vocabulario utilizado en este libro responde a una “metodología” que tiende a reducir todas las formas de compromiso a estrategias policíacas fomentadas por *lobbies*. La metodología en cuestión se asemeja bastante a la utilizada por Roger Garaudy en su libro *Los mitos fundadores de la política israelí*, que fue retirado de la venta en Francia en 1995 al aplicarse la Ley Gaysot del 13 de enero de 1990.²³

De este modo, Bénesteau finge ignorar que todos los poderes dictatoriales prohibieron siempre y en todos lados la enseñanza y la práctica del psicoanálisis, empezando por el poder emplazado por los nazis, que lo calificaron de “ciencia judía”, y siguiendo por el régimen estalinista, que hizo de él una “ciencia burguesa”. Varios representantes de esta disciplina diabólica y mentirosa fueron perseguidos, exter-

²¹ Jacques Bénesteau, *Mensonges freudiens. Histoire d'une désinformation séculaire*, Sprimont (Bélgica), Editores Mardaga, 2002, prefacio de Jacques Corraze.

²² Una sede de la extrema derecha francesa.

²³ Véase Jacques Derrida y Élisabeth Roudinesco, *De quoi demain... Dialogue*, París, Fayard-Galilée, 2001 [*Y mañana, qué*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004].

minados, torturados a causa de sus ideas.²⁴ Pero nada de eso interesa realmente al autor del libro, que llega hasta a afirmar que Freud inventó las persecuciones antisemitas de las que fue víctima en Viena; tampoco parece interesar a los adeptos de las TCC, que se inspiran en el primero para maldecir al psicoanálisis.

En los albores del siglo XXI, en el país más freudiano del mundo, el psicoanálisis es odiado, por consiguiente, por unos oscuros expertos del poder médico, deseosos de desterrar de la sociedad al que consideran el mayor charlatán de la historia. El espectro de Freud —*pharmakos*, envenenador, mentiroso, autor de complots— sigue perturbando el sueño de los bárbaros.²⁵

¿Y cómo no pensar, en este contexto, en la observación de Thomas Mann escrita en 1938? “¿Con qué intensidad ese hombre [Hitler] debe odiar al psicoanálisis! Sospecho secretamente que el furor con el cual marchó contra cierta capital se dirigía al viejo psicoanalista instalado allí, su verdadero y esencial enemigo, el que desenmascaró la neurosis, el gran destructor de ilusiones, el que sabe a qué atenerse acerca del genio y lo conoce de sobra.”²⁶

Ninguna forma de cura psíquica, por definición, puede ser objeto de peritajes,²⁷ como un remedio o un tratamiento médico. La cura no es ni una técnica ni un acto de cirugía, tampoco es un medicamento, sino una experiencia singular que *transforma* al sujeto. Lo que muestra la historia moderna de las enfermedades del alma es que la diversidad es necesaria para comprender mejor la subjetividad humana. Así, gracias a la alianza de la quimioterapia, a una acogida colec-

²⁴ Véase Élisabeth Roudinesco, “Le Club de l’Horloge et la psychanalyse: chronique d’un antisémitisme masqué”, *Les Temps Modernes*, junio de 2004.

²⁵ Cuando uno se entera del triste estado en que se halla la investigación científica francesa, se pregunta realmente por qué el Inserm financia semejantes estupideces. Véase *Le Monde* del 7-8 de marzo de 2004.

²⁶ Thomas Mann, *Les exigences du jour*, París, Grasset, 1976, p. 284.

²⁷ En *Por qué el psicoanálisis* (*op. cit.*) examiné en detalle los métodos puestos en práctica desde 1930 para verificar la eficacia de las psicoterapias. Todos los resultados muestran que basta con que un paciente se ocupe de sí mismo y que se decida a ir a ver a un terapeuta para sentirse ya “curado” a medias. Es así como el 80% de los pacientes interrogados se muestran satisfechos de la experiencia de una cura, de cualquier tipo que fuere.

tiva en los hospitales y a las curas psicodinámicas, el rostro de la locura se ha transformado en todos los países occidentales. Es gracias a esa alianza que hemos pasado del encierro en el asilo a la reinserción de los enfermos mentales en la sociedad. En cambio, desde que el mencionado *Manual de estadística y diagnóstico de los trastornos mentales (DSM)* puso fin a ello, asistimos a una regresión en el tratamiento de la locura. Las cárceles se han poblado de enfermos mentales y las internaciones arbitrarias van en aumento, acompañadas muy a menudo de abusos y tratamientos de baja calidad.²⁸

Debemos, asimismo, al psicoanálisis que se hayan podido desmascarar las teorías del condicionamiento, cuya fuente de inspiración no es otra que la negación radical de todas las formas de libertad.²⁹ Y, por último, es el increíble desarrollo de las terapias más extravagantes —venidas del otro lado del Atlántico— lo que permitió que el hombre occidental pudiera enfrentar el gran espejismo inherente a la esencia misma de su narcisismo, aun cuando fuera mortífero en extremo.

Recordemos el caso de Stanley Milgram, ese profesor de la Universidad de Yale, adepto de la experimentación.³⁰ En 1970, poniendo avisos en la prensa escrita, se le ocurrió reclutar a estudiantes deseosos de ganar dinero y les propuso intentar un “pequeño experimento”. Haciéndoles creer que trataba de hacer mediciones de la memoria y del aprendizaje, los arrastró en una espiral infernal en nombre del noble principio de la investigación científica de la verdad.

Los reclutados se distribuyeron en dos grupos: monitores y alumnos. Provisto de un electrodo en la muñeca y atado con sogas a una silla, el alumno se convertía en el cobayo de una experiencia que le resultaba incomprensible, ya que su finalidad no era otra que poner a prueba la crueldad del monitor. Instalado delante de una hilera horizontal de treinta palanquitas capaces de producir choques eléctricos graduados que podían aumentar hasta producir efectos mortales,

²⁸ Hasta el punto de que un diputado comunista, Georges Hage, reclamó a este respecto una investigación en el Parlamento. Véase *Le Quotidien du Médecin*, 27 de febrero de 2004.

²⁹ Las sectas utilizan estas teorías por esta razón.

³⁰ Stanley Milgram, *Soumission à l'autorité*, París, Calmann-Lévy, 1974.

el monitor debía administrar un castigo al alumno en cuanto cometía el menor error en la memorización de una palabra.

Encarnando siempre la autoridad científica, el experimentador Milgram comprobó, a medida que se desarrollaba su invento, que el 60% de los monitores era capaz de descargar choques mortales sobre sus víctimas. Éstos ignoraban que su alumno era un actor que simulaba el dolor. De ese “experimento”, Milgram sacó la conclusión de que si muchos individuos pueden cometer actos de ese tipo, es porque se identifican con el experimentador, el cual encarna un poder simbólico sin límites por el hecho mismo de ocupar el lugar de jefe o líder.

Sin embargo, este “experimento” no demuestra otra cosa que la inutilidad de todo procedimiento de peritaje sobre el comportamiento humano. En cambio, nos proporciona la prueba de que el goce del experimentador no tiene límites, y que éste no es ajeno en su fuero interno a los deseos perversos que pretende suscitar en sus reclutas. Mentiroso, abusador, tramposo, inventor de engaños, el experimentador sólo mira a sus sujetos como objetos fetiches. En cuanto al monitor manipulado, nada nos demuestra que en otro contexto deba transformarse necesariamente en un torturador.

Nuestro mundo, poblado de evaluadores incompetentes, siente sin embargo fascinación por los espejismos del peritaje generalizado. Todo ocurre como si la proliferación de las relaciones, compilaciones y metaanálisis nos autorizara a taparnos los oídos frente a las verdaderas demandas de la sociedad civil. Hay allí un formidable abuso de poder.

La ideología del peritaje se ha extendido a todos los campos de las ciencias humanas, y sobre todo a la universidad, donde produce efectos devastadores —tratándose singularmente del nombramiento de los profesores de Psicología y por ende de la formación de los psicólogos, cuyos dos tercios son clínicos, y entre los cuales se reclutan los futuros psicoanalistas.³¹ Desde 1991, por consiguiente, la Direc-

³¹ Dentro de los 50.000 psicólogos diplomados en las universidades de ciencias humanas, 35.000 están en actividad. Entre éstos, dos tercios son psicólogos clínicos (22.000) y un porcentaje del 80% han seguido un proceso psicoanalítico o se han vuelto psicoanalistas, o en otros casos, se han orientado hacia diversas psicoterapias sin haberse inscripto forzosamente en listados.

ción de Investigación del Ministerio de Educación ha puesto en obra un protocolo de evaluación sistemática de los equipos de recepción de las escuelas doctorales. En la república laica, para tener autoridad, ya no basta con ser un profesor con un diploma estatal del más alto nivel, ni haber publicado trabajos reconocidos en el mundo entero, sino que hay que adaptarse, además de todo ello, a evaluaciones llevadas a cabo por “expertos” que no tienen, en general, ni la misma notoriedad y menos aún el talento o la competencia de aquellos a los que someterán a estudio.

Para que el lector comprenda cabalmente el funcionamiento de esta máquina de peritaje que pretende controlar “científicamente” la transmisión del saber, voy a recurrir a mi propia experiencia; hacerlo una vez no significa que esto se repetirá. En 1998, cuando se me propuso ser miembro del comité de redacción de la revista *L'Évolution Psychiatrique*, acepté con tanto más entusiasmo cuanto que tenía allí muchos amigos y sobre todo porque yo había sido la primera, hace veinte años, en escribir su historia.³² Ignoraba por ese entonces que los miembros del comité de redacción de esta revista habían adherido al sistema en vigor en el seno de la sección XVI de psicología del Consejo Nacional de la Universidad (CNU), el cual, para calificar a los profesores, aplica ciertos métodos llamados “científicos” de evaluación.

La aplicación de este sistema lleva a apreciar la competencia no en función de las obras ni de los libros o artículos publicados en excelentes revistas o en editoriales respetables, sino en función de colaboraciones publicadas por revistas distribuidoras de “calificaciones” y por lo tanto listadas en bancos de datos que “garantizan” su valor, por el hecho de adoptar un principio de “lectura anónima”.

El carácter “científico” de esos textos se colige por la cantidad de citas que los mencionan en otros textos, seleccionados éstos según el

³² Fundada en 1925 por once psiquiatras psicoanalistas, dirigida después por Henri Ey, luego por Étienne Trillat y Jacques Postel, *L'Évolution psychiatrique* encarnó durante setenta y cinco años la flor y nata del pensamiento psiquiátrico-psicoanalítico francés antes de convertirse, bajo la dirección de Yves Thorel, en una “revista distribuidora de calificaciones” sometida al peritaje. Véase Elisabeth Roudinesco, *La batalla de 100 años. Historia del psicoanálisis en Francia* (1986), tres volúmenes, *op. cit.*

mismo principio. Se determina así el “factor de impacto” (*impact factor*) de un artículo. Cuanto más el autor es citado por otros autores, más probabilidades tiene, creen ellos, de alzarse con un Premio Nobel. Con la condición, con todo, de que obedezca a la regla impuesta de no citar en la bibliografía textos publicados más de cuatro años atrás. En el campo de las ciencias humanas, es fácil imaginarse las consecuencias destructivas que puede provocar una regla semejante. Un candidato a un puesto o a una publicación debe, en efecto, eliminar de su demostración toda referencia a Platón, Freud, Kant, etcétera.

Gracias a la lucha llevada a cabo por Pierre Fédida y Roland Gori dentro del CNU, esa regla del *impact factor* no se aplica en las otras revistas de ciencias humanas denominadas “calificadoras” para el nombramiento de candidatos y sometidas, sin embargo, al procedimiento del peritaje. Muchas de ellas pudieron, de ese modo, evitar caer en el engranaje de la pericia generalizada manteniendo comités clásicos que seleccionaban los textos sin recurrir sistemáticamente al anonimato y en función de las cualidades reales de los autores. ¿Pero cuánto tiempo durará esta rectificación?

No fue éste el caso de la revista *L'Évolution Psychiatrique*, que, al sostener la política expuesta en el *DSM*, optó por someterse enteramente a los criterios impuestos por las revistas médicas llamadas “científicas”.

Este sistema de clasificación de las competencias científicas fue inventado en 1957 por Eugene Garfield, médico norteamericano, investigador en la Universidad Johns Hopkins, que se había propuesto eliminar toda forma de afecto o subjetividad en los criterios de selección de los investigadores, para “fabricar premios Nobel”.

Para hablar de manera más concreta, un universitario del nivel de Michel Foucault, cuya contribución a las diferentes disciplinas de la psicopatología, psiquiatría, psicoanálisis y psicología clínica es reconocida mundialmente, traducida en cuarenta lenguas y comentada en todas las universidades de todos los países del mundo, no tendría hoy en día ninguna probabilidad de ser calificado como profesor de Psicología en Francia. Se tacharía en efecto su obra de “literaria” o “filosófica” y por ende se la consideraría marginal respecto de la especialidad. Peor aún, si persistiera en postularse a un cargo, se vería obligado a olvidar sus obras y a publicar por lo menos una docena de

artículos sometidos a pericias en revistas especializadas en “calificaciones”.

Pude hacer la experiencia de este sistema dentro de *L'Évolution Psychiatrique* cuando asistí a la primera reunión del comité de redacción, la única a la que acepté concurrir. Ese día, espantada por lo que estaba descubriendo, pregunté al jefe de redacción y a los otros miembros —transformados en expertos— si se atreverían por ejemplo a rechazar un artículo que se hubiera solicitado a Lévi-Strauss, en el caso de que uno de los peritos expertos, ignorando el nombre del autor, lo estimara “no científico”. Esperaba que mi pregunta desatara la hilaridad general. En cambio, el jefe de redacción, con una gran sonrisa, me respondió afirmativamente, evidentemente seducido por la idea de poder negarse a publicar, por lo menos una vez en su vida, un artículo encargado a uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo...

Algunos colegas se sintieron molestos ante lo ocurrido. Otros, en cambio, se regocijaron alabando ese maravilloso principio igualitario que permitía de una vez por todas detectar los falsos valores y demostrar científicamente que ciertos pensadores reconocidos no hacían otra cosa que ejercer, en realidad, un poder editorial “mediático-político”. Ese poder los hacía pasar por verdaderos sabios, relegando así a los “verdaderos” investigadores a un anonimato humillante. Afirmé entonces que, en lo que a mí me concernía, yo prefería no publicar nunca nada en una revista que me había cooptado como “perita”. Para mi gran sorpresa, el jefe de redacción me respondió: “Pero con usted, querida amiga, haremos una excepción”. Se inició entonces una discusión entre todos los miembros del comité, y cada uno de ellos admitió que esos peritajes anónimos no eran más que una apariencia simulada en la medida en que los lectores designados como expertos eran muy a menudo miembros del comité de *L'Évolution Psychiatrique* y que *de facto* establecían pericias de los textos escritos a veces por otros miembros y otras veces por allegados. Tenían ya la costumbre, por consiguiente, de identificar al autor mediante dos criterios: el estilo, verdadero estigma de una personalidad, y el modo de redacción de las citas a pie de página. (En efecto, cada autor tiene la suya a este respecto, que difiere de todos los demás.)

Muy intrigada, pregunté entonces a los miembros del comité de esta prestigiosa revista por qué habían adoptado un método tan rígi-

do, ya que al mismo tiempo no se abstendían de rebajarlo y criticarlo: “Pero, al fin y al cabo —dije—, ¿quién tiene derecho a decidir por sí mismo la validez de un texto, y cuáles son los criterios adoptados? ¿Quién está habilitado a decidir que existe una excepción y cuál es el estatuto de un autor que goza de esa excepción?” No recibí ninguna respuesta. Sin embargo, el jefe de redacción declaró que era un “integrista” en ese tipo de procedimiento “igualitario” y “científico”, mientras que el secretario de redacción, convertido hoy en jefe de redacción, afirmó *en forma confidencial* que todo eso era una simulación, que además todos lo sabían, y que era el CNU el que imponía esa modalidad. Como revista calificadora en ciencias sociales, *L'Évolution Psychiatrique* debía así atenerse a la “cientificidad” impuesta por las más altas instancias de la escuela republicana.

Luego de ese diálogo, se me confió la tarea de analizar en tanto experto un texto, llegado por correo y titulado “Deficiencias de la función del padre y suplencias de autofundación en la psicosis: el crimen de Louis Althusser”. El texto era una especie de pastiche de la obra de Pierre Legendre, estaba escrito en jerga lacaniana, en resumen, un fragmento de antología digno de una obra de Molière revisada y corregida por Sokal y Bricmont.* Entre otras inepticias, el autor explicaba que Althusser había pasado su vida “enmascarando su mal profundo” y que solamente el método “casuístico permitía colegir” una historia semejante.

En realidad, me hacían hacer una pericia de un texto que habrían podido negarse a publicar con toda simplicidad después de una mera lectura y sin que hiciera falta el menor análisis de experto. ¿Por qué, entonces, me habían hecho perder el tiempo? Lo comprendí sólo después. En el sistema del peritaje general, las revistas distribuidoras de calificaciones deben proporcionar una prueba de que rechazan, cada año, una cantidad suficiente de textos para que su famoso *impact factor* vaya en aumento.

Tuve que enfrentarme, a mi vez, con el Big Brother del peritaje,

* Autores de *Impostures intellectuelles*, París, Odile Jacob, 1997 [*Imposturas intelectuales*, Buenos Aires, Paidós, 1999], libro que pasa en revista, simplificándolas, las ideas de varios intelectuales parisinos (entre los cuales algunos son eminentes) presentados como una banda de impostores. [T.]

cuando el director del servicio literario de *L'Évolution psychiatrique*, otro ardiente defensor de la "cientificidad" del trabajo intelectual, decidió preparar un número especial de la revista dedicado a Lacan, en oportunidad del centenario de su nacimiento. Me hizo llegar una demanda de artículo en función de mis competencias universitarias. La carta estipulaba, en lo concerniente a dicho artículo (que debía tener listo dentro de unas tres semanas), que debería someterme a una lectura anónima que sería efectuada por uno (por lo menos) de los miembros del comité de redacción, comité del que yo misma formaba parte. Se me proponía de algún modo redactar un artículo que la revista decidiría, en última instancia, no publicar, en el caso de que no se lo reconociera como "científicamente correcto".

¿Qué experto estaría habilitado en el seno del comité para efectuar el informe de mi artículo? Ésa era la verdadera cuestión... a la que nadie supo contestarme. Como se admitía que cada miembro del comité era capaz de reconocer al autor de un texto sobre la base de los dos criterios mencionados más arriba, se decidió al fin que mi texto sería evaluado por un experto exterior a la revista. "¿Pero quién?", pregunté. Todos los especialistas actuales del corpus lacaniano se conocen entre ellos y todos tienen interpretaciones divergentes y altamente polémicas sobre la obra del maestro. Todos reconocerían mi estilo, así como yo habría reconocido el de ellos si se me hubiera encargado que leyera a mi vez los textos que ellos habrían dado a la revista para el número del centenario. En consecuencia, el anonimato, principio básico de estas lecturas dispensadores de calificaciones, iba a ser burlado de nuevo. Mis observaciones no sirvieron para nada y, en junio de 2001, renuncié al comité sin haber escrito artículo alguno.

Desde que la manía del peritaje se abatió sobre esta prestigiosa revista, no encontramos en ella más que artículos sin estilo, sin alma, o simplemente ilegibles. El contenido se empobrece en cada entrega. Ya medida que las disciplinas de la psique desaparecen en el embudo único de un discurso garantizado y clausurado, los editoriales se transforman en autoglorificaciones dignas de las homilias de la Academia de Ciencias de la ex Unión Soviética. Prueba de ello es el último editorial: "Con una cantidad cada vez más alta de suscriptos y una venta por número estimulada por la configuración de página de la revista, *L'Évolution psychiatrique* ha acrecentado considerablemente

su visibilidad y difusión. Da testimonio de ello la progresión de su *impact factor*, que acaba de ganar varios puntos, etcétera”.³³

¿Osaríamos no reservar un futuro radiante a una revista cuyos miembros exhiben una satisfacción tan espléndida en cuanto a su nuevo poder de impacto?

Para comprender realmente la devastación que provoca esta ideología del peritaje, es preciso relatar brevemente cuáles fueron las etapas de la profesionalización de los psicólogos y de la implantación de la enseñanza del psicoanálisis en la universidad por la vía de la psicología clínica.

Durante el período intermedio entre las dos guerras, la psicología dejó de ser una simple disciplina universitaria arrinconada entre la filosofía (a la que se subordinaba en el plano teórico) y la medicina, que extraía de ella a su vez ciertas técnicas. En 1920, fue reconocida en efecto como una disciplina terapéutica habilitada para formar clínicos. Henri Piéron creó entonces el Instituto de Psicología, que abarcaba varias secciones: psicología del trabajo, psicología y pedagogía infantil, psicología clínica y patológica y psicología experimental. La tarea esencial de los psicólogos, dotados de diplomas estatales, consistió en volverse los auxiliares de la profesión psiquiátrica para permitir que la institución escolar pudiera separar a los niños denominados “anormales”, destinados a ser tratados por la medicina (idiotas, débiles, minusválidos, afectados por deficiencias motoras y cerebrales, etc.) y los llamados “retrasados” con necesidad de reeducación.

En 1947, el Ministerio de Educación Nacional confió a Daniel Lagache la organización de una licenciatura de Psicología con fines profesionales y enteramente desprendida de toda formación filosófica. Se crearon entonces, a partir de esta iniciativa, nuevas ramas de la psicología: psicopatología clínica, psicopatología general, psicofisiología normal o patológica, etcétera.

Interesado sobre todo en imprimir una política unitaria a la psicología, Daniel Lagache fue también, en su calidad de psicoanalista miembro de la SPP y luego fundador en 1953 de la Sociedad France-

³³ *L'Évolution psychiatrique*, octubre-diciembre de 2003, vol. LXVIII, n^o 4.

sa de Psicoanálisis (SFP), el primero en introducir una enseñanza universitaria del psicoanálisis en un marco independiente de la psiquiatría. En este contexto, la disciplina freudiana se sustraía al poder de la medicina, pero recaía en cambio bajo el dominio de un saber que no era el suyo y cuya unidad no dejaba de ser ficticia. La disciplina freudiana alimentaba por cierto los principios de una psicología clínica centrada en las conductas y los comportamientos, inscrita en la tradición de Pierre Janet, pero no por ello dejaba de quedar apresada entre las diferentes ramas de la psicología, la cual se repartía ella misma entre una orientación experimental, una segunda tendencia más social y una tercera netamente fisiológica, neurológica o biológica.³⁴

Durante largos años, los psicólogos no lograron conseguir un estatuto legal que les permitiera practicar el psicoanálisis, en los casos en que hubieran adquirido la formación necesaria para ello, o en caso contrario, que les permitiera efectuar psicoterapias inspiradas en la psicología clínica (reservadas a los psiquiatras). Cuando transgredían la prohibición, el Consejo del Colegio los perseguía judicialmente por ejercicio ilegal de la medicina. Es así como debieron hacer frente a la acusación de charlatanería que les lanzaran los médicos, sus colegas más próximos, acusación que pesa desde ya sobre las espaldas de sus prójimos y hermanos, esto es, los psicoterapeutas sin diploma.

Al cabo de muchos años de lucha, los psicólogos terminaron por arrancarles a los poderes públicos el estatuto que reclamaban. Desde julio de 1985,³⁵ empezaron a integrarse en otras profesiones de salud, gracias a diversas legislaciones, y se volvieron entonces mayoritarios en las asociaciones de psicoanálisis, en detrimento de los psiquiatras.

³⁴ Para la historia de las relaciones entre los psicólogos y los psicoanalistas, véase Élisabeth Roudinesco, *La batalla de 100 años. Historia del psicoanálisis en Francia, op.cit.*, vol. III; Annick Ohayon, *L'impossible rencontre*, París, La Découverte, 1999, y Marie-Claude Lambotte (ed.), *La psychologie et ses applications pratiques*, París, LGF, "Le livre de poche", 1995. Véase también *États généraux de la psychologie*, 23 y 24 de marzo de 2001 (documento periodístico).

³⁵ La ley del 25 de julio de 1985 precisa que el "uso profesional del diploma de psicólogo, acompañado o no por una calificación, está reservado al titular de un diploma, certificado o título que pruebe un aprendizaje universitario fundamental de alto nivel en psicología: El diploma en cuestión debe preparar para la vida profesional y figurar en una lista establecida por decreto por el Consejo de Estado".

Agrupados en sindicatos potentes, los psicólogos elaboraron, como los psicoterapeutas, una cantidad impresionante de textos llamados “deontológicos” que apuntaban a definir su profesión, a definir sus actividades y a excluir de sus filas... a los “charlatanes”.

A medida que aumentaban las reivindicaciones profesionales de los psicólogos, los psicoanalistas desarrollaban su propia política de implantación universitaria. En un primer período, entre 1947 y 1968, a través de Daniel Lagache, Didier Anzieu o Juliette Favez-Boutonier, miembros de la Asociación Psicoanalítica de Francia (AFP), se aplicaron a utilizar la especialidad de la psicología clínica como vector para desarrollar sus asociaciones en el dominio universitario. Formados por psicoanalistas diplomados en psicología, los estudiantes eran entonces orientados hacia las escuelas psicoanalíticas a las cuales pertenecían sus profesores. Cada escuela poseía, de esa manera, su “bastión” universitario. Compuesta durante mucho tiempo por una mayoría de psiquiatras, la SPP se implantó más bien en las facultades de medicina, mientras que la APF imponía su poder en los departamentos de ciencias humanas. Ambos grupos, afiliados a la IPA y hostiles a los lacanianos, transfirieron así sus querellas a las instituciones del Estado que las acogían, las cuales se volvieron a menudo anexos de las sociedades psicoanalíticas.³⁶

Sin embargo, después de 1968, bajo la influencia de Jean Laplanche y más tarde de Pierre Fédida y Roland Gori, este movimiento dio un vuelco en sentido inverso. Los psicoanalistas implantados en la universidad trataron más bien de escapar a sus respectivas instituciones, a las que consideraban esclerosadas y dogmáticas. Renunciaron incluso, a veces, a sus arraigos asociativos, y prefirieron la libertad uni-

³⁶ Serge Leclair creó en 1969 el Departamento de Psicoanálisis de París VIII (Universidad de Saint-Denis), que Lacan retomó a su cargo en 1974, antes de que Jacques-Alain Miller iniciara su dirección. Este departamento está integrado al de Filosofía. Por consiguiente, los clínicos que se forman en él, no poseyendo diplomas de psicología o medicina, no pueden calificarse como profesionales de la salud. Son considerados pues, “charlatanes”, tanto por los freudianos hostiles al lacanismo como por los psicólogos antifreudianos, adeptos a los fetiches y amuletos formados en el centro Georges-Devereux en la misma universidad, a los que se agrega un tercer tipo de adversarios, los fanáticos de las TCC que consideran que todos los freudianos son unos impostores...

versitaria en vez del enrolamiento administrativo. Se instauró de ese modo una sutil relación, interna a la disciplina freudiana, entre dos concepciones de la laicidad. Una de ellas sostenía la idea de que estaba reservado solamente a las asociaciones psicoanalíticas la transmisión *laica* de la disciplina, mientras que la otra se inclinaba a pensar que sólo la universidad podía garantizar una enseñanza *laica* de la disciplina reina, con total independencia de las parroquias psicoanalíticas.

A partir de los años ochenta, todos los nombramientos universitarios que emanaban de la sección XVI del CNU se sometieron al pálido poder del peritaje y la evaluación. Por lo tanto, de ahora en adelante, cuanto más “científicamente correctas” sean juzgadas las publicaciones de un candidato, de acuerdo con los criterios de las revistas dotadas de lo que dan en llamar un “comité anónimo”, más probabilidades tendrá éste de conseguir un puesto. Se comprende entonces por qué, cuestionada por una psicología cada vez más experimentalista, cognitivista o comportamentalista, la psicología clínica clásica corre el serio peligro de desaparecer de la enseñanza universitaria, suerte que correrá pronto el psicoanálisis (con todas sus diferentes tendencias), para ser reemplazado por las TCC.

Éste y no otro es el proyecto del ministro benevolente que pretende proteger a Francia y a la disciplina reina. Teniendo en cuenta dicha política, severamente condenada por Roland Gori, uno se pregunta por qué los psicoanalistas entregadores de listas, entre los cuales hay algunos universitarios, pudieron contribuir de esa manera a su propia aniquilación. Cuando se vean obligados a enseñar ellos mismos, en la universidad, los principios de las TCC, ¿cambiarán tal vez de opinión y sentirán menos temor de ser superados por los psicoterapeutas incontrolables? ¿Serán entonces erradicados de la comunidad? ¿Pero quién, entonces, acudirá en su ayuda?

V.
DEL BUEN Y DEL MAL GOBIERNO

“No sé —escribía Freud en 1928 al pastor Oskar Pfister— si usted ha captado el vínculo secreto que une mi artículo sobre el análisis practicado por los legos y *El porvenir de una ilusión*. En el primero quiero proteger al psicoanálisis de los médicos, en el otro, lo quiero proteger de los sacerdotes. Quisiera asignarle un estatuto que todavía no tiene, el estatuto de pastor *secular* de almas, el cual no tendría necesidad de ser médico ni tampoco tendría derecho a ser sacerdote.” Y más adelante agrega: “Me parece que el psicoanálisis como tal debe ser un asunto puramente ‘secular’. En su esencia propia es estrictamente privado y no produce valores en forma directa”.¹

Por consiguiente, Freud no pensaba que el psicoanálisis pudiera ser una “profesión”. La encaraba más bien como un sistema de pensamiento desde el punto de vista teórico y como un arte desde el punto de vista clínico. Para él, su laicidad solamente podía ser garantizada, por lo tanto, por la existencia de instituciones específicas. Sin embargo, aunque concebía el análisis como una disciplina autónoma, imposible de reducir a una actividad curativa o a una profesión sanitaria, Freud subrayaba al mismo tiempo que se asemejaba a una psicoterapia y que cuanto más gente la adoptase y más éxito tuviese, más obligada se vería a adaptarse a nuevas realidades sociales y, por ende, a contraer afinidades con lo que caracteriza a una psicoterapia,

¹ *Correspondance de Sigmund Freud avec le pasteur Pfister (1909-1939)*, París, Gallimard, 1966. Freud alude a la cuestión desarrollada en “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, vol. xx, p. 165, y en *El porvenir de una ilusión* (1927), oc, vol. xxi.

esto es, una cura inmediata de síntomas y la respuesta a la demanda de bienestar formulada por el paciente: “Y también es muy probable —decía— que en la aplicación masiva de nuestra terapia nos veamos precisados a alejar el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa...”.²

Estas dos afirmaciones de Freud dan prueba de la contradicción inherente al estatuto del psicoanálisis.

En efecto, si el analista es un “pastor secular de almas”, su estatuto se asemeja a una especie de filósofo socrático, lego y profano, y por lo tanto es imposible compararlo con un terapeuta y todavía menos con un profesional de la salud. Pero por otro lado, si trata a sus pacientes en una perspectiva psicopatológica, actúa en calidad de terapeuta y su práctica se subordina, por lo menos en nuestros Estados democráticos, a una política de salud pública.

Si existe una contradicción inherente a la situación del analista —pastor de almas secular por un lado, terapeuta por otro—, hay además otra contradicción de una importancia equivalente entre el estatuto *laico* de la disciplina psicoanalítica y su modo de transmisión.

En alemán, el término *laien*, utilizado las más de las veces por Freud para definir el psicoanálisis laico (*Laienanalyse*),* puede emplearse para designar lo que es profano, es decir, ajeno a lo religioso o a lo sagrado. En esta acepción, se opone a la noción de laicidad, ya que implica la idea de desencanto o desilusión, pero también la noción de incompetencia. Ser lego significa no estar iniciado en un arte o en una práctica, y por ende ser un aficionado. Para decirlo de otra manera, el término *Laienanalyse* reúne tres significaciones heterogéneas:

² Sigmund Freud, “Nuevos caminos de la terapia analítica” (1920), en *Obras completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 163 [“Perspectives d’avenir de la thérapie analytique” (1910), en *La technique psychanalytique*, París, PUF, 1953].

* Respecto del artículo de Freud de 1926, *Die Frage der Laienanalyse*, el traductor en castellano de la editorial Amorrortu ha adoptado, como se sabe, el término “lego” como equivalente de “no médico” (“¿Pueden los legos ejercer el análisis?”), *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, vol. XX, pp. 165 y ss). En francés, el título del mismo texto es traducido como *La question de l’Analyse profane*, París, Gallimard, 1985, p. 106. Tenga en cuenta el lector, pues, la diferencia de connotación introducida por “lego” y “profano” en las páginas que siguen. [T.]

laico, profano y lego (y por ende incompetente). Y sin embargo, Freud lo reivindica abiertamente de una manera positiva.

En francés, ambos términos —“laico” y “profano”— no se recubren.* Porque la noción de laicidad remite tradicionalmente a todo aquello que no participa de la condición de clérigo. Además, desde la Revolución de 1789, y más tarde con la ley de 1905 sobre la separación de la Iglesia y el Estado, el término de laicidad lleva consigo el signo, aunque no de un anticlericalismo militante, al menos, de un compromiso político a favor de una libertad orientada hacia el rechazo de toda dominación religiosa sobre el cuerpo de la nación y la conciencia de los ciudadanos.

En esta perspectiva puede calificarse de *lego* al psicoanálisis si éste es practicado por aficionados que no pertenecen a una corporación profesional, sin que sea necesario por ello atribuirle el atributo de *laico*, o sea, comprometido de una manera radical en contra de la religión en su lucha a favor de la noción de ciudadano. Pero si el psicoanálisis quiere ser a la vez lego y laico, es decir, practicado por aficionados e independizado de toda religión y por consiguiente de los sacerdotes, debe unir en un solo vocablo dos designaciones diferentes que no tienen gran afinidad entre sí, excepto el hecho de que ambas se oponen a lo sagrado y a la religión.³ Pero, ¿cómo un analista podría reducirse a un “lego” si todo terapeuta se asimila, en los Estados democráticos, a un profesional de la salud?

En un texto de 1919 que trata de la transmisión del psicoanálisis, Freud subraya que éste se puede enseñar sin ningún problema en la universidad, ya que considerado disciplina, no tiene necesidad de la cura para existir. Sus conceptos pueden elaborarse, volverse a inventar, criticarse y transmitirse por fuera de todo trabajo clínico. Si se instituyera una enseñanza de ese tipo, agrega Freud, no sólo podría fecundar las otras disciplinas, sino además ayudar a los médicos a comprender mejor los problemas psíquicos de sus pacientes, lo cual

* Así como no se recubren en castellano *profano*, *laico* y *lego*. [T.]

³ Marie Bonaparte había traducido el término como “psicoanálisis practicado por los que no son médicos”. Sus sucesores propusieron la traducción de “análisis laico” y hoy en día se habla más bien de “análisis profano” [*analyse profane*]. En inglés se dice *lay-analysis*.

les impediría entregarse a charlatanes. A pesar de ello, Freud afirma que sólo el hecho de atravesar una cura puede garantizar la formación clínica y didáctica de un psicoanalista.

En esa época, considera que solamente los psicoanalistas formados dentro de la IPA, es decir, de acuerdo con criterios definidos por una institución privada autorreferenciada, están habilitados a enseñar el psicoanálisis en una universidad. Para decirlo de otro modo, la *laicidad* del psicoanálisis, es decir, su independencia de todo poder —religioso, estatal, médico, universitario— deriva según él del hecho de que “está excluido de la universidad” porque, agrega, lo que ha producido su organización *laica* es esa exclusión misma: “Es evidente, pues, que [las asociaciones de psicoanálisis] seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión”.⁴

Es obvio que si Freud tenía razón en preservar la formación clínica de los psicoanalistas de toda forma de dominación religiosa, médica o estatal, se equivocó totalmente en cuanto a la evolución ulterior de las relaciones del psicoanálisis con el Estado, tanto en lo que respecta a la universidad como a las políticas de salud pública.

Ello se debe a que Freud desconocía —al igual que sus herederos— la esencia misma de la universidad. Surgida del gran modelo europeo medieval, la universidad tal como fue prolongada por la casi totalidad de las sociedades democráticas modernas, descansa en una única exigencia, esto es, que todo Estado deba reconocer *de modo incondicional* su libertad, es decir, el derecho de todos los que dependen de ella, tanto profesores como estudiantes, a decir públicamente todo lo que exigen una investigación, un saber o un pensamiento de la verdad.⁵ Ahora bien, este principio de incondicionalidad se contradice de un modo flagrante no con la disciplina freudiana en tanto saber enseñable de acuerdo con criterios “objetivos”, sino con la concepción de la laicidad reivindicada por las asociaciones psicoanalíticas. Estas últimas se consideraron siempre, en efecto, “propietarias” del saber freudiano, como si fueran las únicas habilitadas para decir su verdad, hasta el punto de que califican como “charla-

⁴ Sigmund Freud, “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?”, *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, vol. xvii, p. 169.

⁵ Véase Jacques Derrida, *L'Université sans condition*, París, Galilée, 2001.

tán” o “intelectual autoproclamado” a todo escritor, investigador o universitario que pretenda definirse como freudiano o que trabaje sobre el corpus freudiano sin pertenecer a una capilla poseedora de un distintivo.

En realidad, esta concepción de la laicidad no tiene nada de “laico”. Porque si bien es legítimo que las asociaciones psicoanalíticas estén habilitadas para formar libremente a terapeutas según criterios definidos por ellas mismas e independientes de toda dominación del Estado, es impensable que puedan proclamarse poseedoras exclusivas de una disciplina que pertenece de ahora en más a la humanidad entera. Si el psicoanálisis no es un saber oculto, si su enseñanza no está reservada exclusivamente a las asociaciones privadas, a Iglesias, parroquias o sectas, entonces, se vuelve necesariamente una disciplina cabal. Por consiguiente, nada se opone a que sea enseñado en la universidad, de manera realmente *laica*, por profesores diplomados y no psicoanalistas que desearían hacer de ella un objeto de estudio o de investigación como por ejemplo psicólogos, filósofos, literatos, antropólogos o historiadores. Pero en tanto saber oculto, enseñado en parroquias, le sería imposible constituirse en disciplina *laica* (en el sentido de la laicidad universitaria).

Como se ve, las cosas no son simples. Porque si el psicoanálisis nunca pudo ser reconocido como una disciplina cabal, como lo fue la psicología, la sociología o la antropología, fue precisamente porque no está enteramente laicizado, ya que sigue siendo en parte propiedad de las asociaciones psicoanalíticas, en virtud de que la formación en psicoanálisis conserva siempre un carácter “iniciático”.

En Francia, país a la vez freudiano y laico por excelencia, no existe ninguna cátedra de psicoanálisis en las altas instituciones de la República (ni en la Escuela de Altos Estudios ni en el Colegio de Francia, por ejemplo),⁶ donde sufrió siempre de ostracismo. Es así como la disciplina freudiana se enseña en la universidad, como lo hemos visto, de manera indirecta, por no decir oficiosa, en departamentos de ciencias humanas o de letras. Y para que los clínicos que la practi-

⁶ Véase Michel Plon, “Une place introuvable”, en *La psychanalyse: chercher, inventer, réinventer*, Ramonville-Saint-Agne, Érès, 2004.

can puedan ser calificados como profesionales de salud, es necesario, además, que hayan recibido un título. De lo contrario, no podrán ejercer su arte más que como “aficionados”, o para decirlo de otro modo, en lo privado en vez de hacerlo en instituciones públicas.

Todo ocurre, pues, como si, a fuerza de pretenderse *profano*, *lego* o *laico*, es decir, independiente de todo poder estatal, médico o religioso, el psicoanálisis se hubiera vuelto clerical por un lado, por el hecho de adherir a asociaciones privadas, y por otro lado como si se hubiera profesionalizado en razón de la inserción de sus clínicos en un estatuto de terapeuta dependiente del Código de Salud Pública.

Y ésa es la razón por la cual existe actualmente un verdadero antagonismo entre la universidad y las sociedades psicoanalíticas. No siendo ya los bastiones o anexos de dichas sociedades, los departamentos de psicología clínica son sin duda más “laicos” que las parroquias psicoanalíticas preocupadas por que el Estado las proteja. Pero para que sigan siéndolo, haría falta, además, que pudieran sustraerse al dominio del peritaje impuesto por las otras ramas de la psicología.⁷

Esta situación de exclusión e inclusión otorga un extraño aspecto a la disciplina freudiana. Exterior a las instituciones estatales, que la toleran, y a la vez interna a cada disciplina que la toma en cuenta, se parece a un saber nómade, indefinible, subversivo, molesto, siempre ubicado en los límites y amenazado sin descanso por la acusación de charlatanería. Inmigrante sin pasaporte y sin documentos, aunque al mismo tiempo reconocido, celebrado u odiado, el psicoanálisis es una droga (*pharmakon*) de la que los Estados democráticos quisieran liberarse sin lograrlo nunca. Por esta razón, los psicoanalistas han obtenido siempre y en todas partes títulos capaces de protegerlos de toda ingerencia estatal en su práctica.

A medida que desaparecían los grandes pensadores de referencia, únicos capaces de efectuar una renovación de la doctrina, las sociedades psicoanalíticas, cualquiera que fuere su tendencia, se han transformado en corporaciones de profesionales. Han dejado de ser, por consiguiente, esas escuelas socráticas de tipo “profano” donde se

⁷ Es ésta la reivindicación de Roland Gori.

transmitía un saber científico, filosófico y literario de alto nivel a una elite siempre renovada. Se han vuelto más bien poco a poco, y hasta sin saberlo, asociaciones de profesionales de la salud. Y sin embargo, como lo subraya Jacques Derrida, la “situación analítica, en sus mínimas premisas”, debería permanecer “indiferente a toda preocupación vinculada con la salud pública, más aún [...], y la cuestión es tan difícil como polémica, a toda preocupación de orden terapéutico, a la cuestión de cierta normalidad llamada en forma general ‘salud’ antes de darle la especificación de ‘salud pública’”.⁸

Compuestas hoy en general de psicólogos clínicos que han adquirido el estatuto de profesionales de la salud, estas sociedades no tienen ya aspiraciones intelectuales, aunque incluyan en sus filas a excelentes clínicos seriamente formados. Como lo había hecho ya Ernest Jones, han optado por dedicarse a reglamentar las condiciones sociales del ejercicio del psicoanálisis, más que a decir “qué es el psicoanálisis y lo que no debería ser si no quiere perderse”.⁹ En cuanto a los miembros de las “buenas” sociedades lacanianas, de ahora en adelante subordinadas a la IPA, el duelo de la figura del maestro, lejos de llevarlos a la sabiduría o la reconciliación con la ética freudiana, los ha instalado en la normalización profesional y, por último, en virtud de un proceso de autoinmunización, los ha hecho detestar a las “otras”.

Estas sociedades ya no quieren cambiar el mundo ni transmitir a sus adherentes un ideal de libertad o rebelión, cualquiera que sea, menos aún comprometerse en el menor intento político de cuestionamiento del biopoder. Reivindican su práctica y se justifican solamente a partir de la clínica, como si ninguna otra cosa existiera más allá del diván o del consultorio excepto el terror de la desocupación o la competencia. Se cierran de ese modo a toda lucha de emancipación que pueda surgir de la sociedad civil, como la lucha de las mujeres, de los oprimidos, de los homosexuales, de los intelectuales, etc. Ello ocurre porque han abandonado el mensaje freudiano originario

⁸ Jacques Derrida, “Substitutions”, *Toxicomanie et devenir de l’humanité*, París, Odile Jacob, 2001.

⁹ Michel Schneider, “La ‘question’ en débat”, en Sigmund Freud, *La question de l’analyse profane*, *op cit.*, p. 178 [“Análisis profano”, *op. cit.*].

para convertirse al nuevo orden del liberalismo estatal fundado en la ideología del peritaje, el cientificismo y la adhesión a normas impuestas desde afuera. Además, para protegerse de toda posición crítica que pudiera afectarlas, producen hagiografías y relatos piadosos destinados a probar a sus miembros que todo anda a las mil maravillas en el mejor de los mundos posibles.¹⁰

Está de más decir que estas sociedades, como los prisioneros de la caverna, siguen soñando con su pasado esplendor. Y buscando apoyo, súbitamente, en los poderes públicos, descargan su ira contra los psicoterapeutas, los marginales, los independientes, los no inscriptos, los “malos lacanianos”, los charlatanes...

En muchos países democráticos, pero sobre todo en Europa y en los Estados Unidos, donde han adquirido un fuerte poder social, las sociedades psicoanalíticas se han inclinado frente a los diferentes sistemas estatales o administrativos que aspiraban a reducirlos a no ser más que corporaciones de salud con el pretexto de la “seguridad” de la población. Han terminado ahora por parecerse a los pacientes de los que se ocupan, es decir, aspiran a tener libertad para gobernarse sin injerencia del Estado, pero reclaman asimismo del Estado que los proteja de los charlatanes.

En 1927, cuando surgió el gran debate sobre la cuestión de si los no médicos pueden practicar el análisis (polémica que enfrentó a los partidarios de la subordinación del psicoanálisis a la medicina con los que preferían que el primero fuera exterior a la segunda), se alegaron dos argumentaciones principales que vale la pena recordar en el momento actual. Ernest Jones pensaba que bajo la égida de la medicina —disciplina central— el psicoanálisis podría absorber a todas las otras terapias psíquicas (psicología, psicoterapia, psiquiatría) para volverse de ese modo la doctrina imperial en ese campo. Freud, en cambio, temía que esa subordinación matara la esencia misma del psicoanálisis como sistema de pensamiento: “Quiero estar seguro de que se va a impedir que la terapéutica mate a la ciencia”, decía. Preveía de esa manera que en un futuro radiante, el movimiento psicoanalítico lograría crear escuelas específicas semejantes a las grandes instituciones universitarias euro-

¹⁰ Véase Marilisa Aisenstein, “La psychanalyse va mieux”, *Liberation*, 9 de marzo de 2004.

peas y capaces de enseñar todas las disciplinas necesarias para la formación de un analista, el cual no sería solamente un clínico, sino además un hombre de ciencia, un humanista cultivado y letrado, etcétera.

Ni Freud ni Jones imaginaron lo que sucedería. No solamente el psicoanálisis, aun subordinado a la medicina, no logró imponerse a las psicoterapias, sino que nunca pudo ser enseñado en esas grandes escuelas con las que soñaba Freud.¹¹ Sus temores se confirmaron, “la terapéutica mató a la ciencia” y los psicoanalistas se convirtieron en profesionales de la salud.

Por consiguiente, tal como se lo enseña hoy en día en sus asociaciones, y para su desgracia, el psicoanálisis se ha vuelto el equivalente de una psicoterapia. No es nada más que técnica y clínica. Al renunciar a convertirse en algo que no sea solamente profesionales de la salud, los psicoanalistas se han confundido con los psicoterapeutas, sus hermanos y enemigos, los cuales se han concebido desde siempre como los oyentes del sufrimiento del alma y que por ese mismo hecho pretendieron siempre, contrariamente a los psicoanalistas, que su estatuto fuese reconocido por el Estado al igual que éste reconocía a los psicólogos.

En cuarenta y cinco países del mundo, se han organizado para reclamar a los poderes públicos el reconocimiento de su actividad, a la que designan del modo siguiente: “La psicoterapia es la aplicación sistemática de métodos precisos en el tratamiento del sufrimiento psíquico y de las enfermedades psicosomáticas, así como también, circunstancialmente, de crisis existenciales de diversos orígenes. El fundamento del tratamiento es la relación entre el psicoterapeuta y su paciente o su cliente, para hablar en términos no médicos. El grupo al que apuntan las psicoterapias comprende a esas personas que sufren de problemas emocionales, pero también a aquellas que quisieran ampliar sus posibilidades de acción social e introspectiva. De ese modo, la psicoterapia sirve en muchos casos como medio de prevención”.¹²

Siguiendo el ejemplo de los psicoanalistas, los psicoterapeutas han

¹¹ En Francia, René Major ha vuelto a tomar en cuenta este proyecto al proponer la creación de un instituto de altos estudios en psicoanálisis. Los psicoterapeutas hicieron lo mismo, proponiendo a su vez crear un instituto de altos estudios en psicoterapia.

¹² *Globalized Psychotherapy*, obra colectiva, Viena, Londres, 2002.

adoptado como criterios de formación la terapia personal, equivalente del psicoanálisis didáctico, la supervisión (o control) que permite que un candidato dé cuenta de su práctica a un terapeuta habilitado, y por último la enseñanza teórica y doctrinal. Como los psicoanalistas, se han reunido en múltiples asociaciones internacionales o federativas y, como éstos, en el caso de poseer diplomas estatales, pudieron impartir una enseñanza en la universidad que iba referida por ejemplo a su historia o a sus técnicas. Por último, han clasificado las psicoterapias en siete corrientes, entre las cuales han incluido las grandes escuelas de psiquiatría dinámica: psicoanálisis, psicología analítica, psicología clínica, psicología individual. A éstas agregaron los enfoques de tipo comportamentalista, las terapias familiares sistémicas, los tratamientos llamados “humanistas”, “hipnóticos” de relajación, así como las terapias denominadas “integrativas”.

En cuanto a los psicoanalistas, sobrepasados por los psicoterapeutas, decidieron a su vez reclamar al Estado tanto un reconocimiento específico que los distinguiera de sus hermanos enemigos como una acreditación que los pudiera hacer entrar en la corporación de los profesionales de la salud al lado de estos últimos.

Frente a esta doble demanda, y en el contexto de una extensión de la ideología del peritaje promovida por las políticas de salud pública, los Estados democráticos reaccionaron de tres maneras: implementaron una legislación liberal, acompañada o no por un método denominado de “acreditación” (Estados Unidos, Reino Unido), que autorizara a las asociaciones a autorreglamentarse y autoevaluarse según sus propios criterios; impusieron un control autoritario (Alemania), que subordina dichas asociaciones a un biopoder normalizador ejercido por miembros del cuerpo médico; crearon un estatuto legal de la profesión de psicoterapeuta, dependiente o no de un monopolio atribuido al poder médico (Austria, Italia).

En los Estados Unidos, a medida que la psiquiatría iba naufragando en el biologismo farmacológico, los psicoanalistas, que se abstuvieron de denunciar una deriva a la cual no habían dejado de contribuir,¹³ se acercaron a los psicólogos para ser reconocidos plenamente

¹³ En efecto, fueron psicoanalistas los que elaboraron el DSM. Véase Stuart Kirk y Herb Kutchins, *Aimez-vous le DSM? Le triomphe de la psychiatrie américaine* (Nueva York,

como verdaderos psicoterapeutas, al igual que los otros psicoterapeutas, autoorganizados ellos mismos o "acreditados" y poseedores de diferentes diplomas, es decir, educadores, enfermeros, médicos, psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, osteópatas, etcétera.

Entre 2000 y 2003, crearon un consejo de acreditación para la enseñanza del psicoanálisis, el Psychoanalytic Consortium,¹⁴ lo cual los llevó a definir las modalidades específicas de formación profesional elegidas en sus institutos. Como los psicoterapeutas, aceptaron entre sus filas a candidatos surgidos de diversas profesiones en el campo de la salud. Confirieron al psicoanálisis el estatuto de una psicoterapia singular, olvidando que aquél es, ante todo, una disciplina cabal, que no puede reducirse a una mera técnica curativa: "El psicoanálisis es una forma específica de psicoterapia individual cuyo objetivo es hacer llegar a la conciencia elementos y procesos mentales inconscientes con el objeto de ampliar la comprensión del individuo, mejorar su adaptación en múltiples esferas de funcionamiento, aliviar los síntomas del desorden mental y facilitar la transmisión del carácter y el desarrollo emocional. El trabajo psicoanalítico se caracteriza por la profundidad y la intensidad, realizadas en el marco de sesiones frecuentes durante un período de larga duración".¹⁵

Así, mientras que los psicoterapeutas del mundo entero catalogan al psicoanálisis entre las psicoterapias, los psicoanalistas norteamericanos la consideran una psicoterapia. ¿Dónde reside la diferencia?

Los psicoanalistas norteamericanos han perdido su identidad precisamente porque se han vuelto psicoterapeutas entre muchos otros. Como todos los profesionales de la salud, son víctimas de la injerencia excesiva de la justicia que ha transformado profundamente, des-

1992). Le Plessis-Robinson, Synthélabo, col. "Les empêcheurs de penser en rond", 1998, y Élisabeth Roudinesco, *Por qué el psicoanálisis*, *op. cit.*

¹⁴ El documento fundador del Psychoanalytic Consortium fue ratificado por la American Academy of Psychoanalysis, el National Membership Committee on Psychoanalysis Social Work, la Division of Psychoanalysis de l'American Psychological Association, y por la American Psychoanalytic Association, componente regional de la IPA.

¹⁵ Psychoanalytic Consortium, documento fundador. Véase también Paola Mieli, "Quelques considérations relatives au rapport du Psychoanalytic Consortium sur la formation psychanalytique. Lettre ouverte aux collègues américains", inédito.

de 1975, las relaciones entre los terapeutas y sus pacientes. Acusados de abusos, amenazados de ser llevados a juicio si no logran impedir que un suicida consiga su cometido mortal, evaluados sin descanso por expertos incompetentes que pretenden verificar la eficacia de las curas mediante placebos, o perseguidos por padres descontentos de los tratamientos a que se someten sus hijos, han abandonado la investigación erudita y fundamental. Se sabe, en efecto, que los mejores trabajos norteamericanos acerca de Freud, el psicoanálisis, la historia de éste y sus relaciones con las humanidades son efectuados desde hace ya un tiempo en las grandes universidades de letras por investigadores de alto nivel que no son ni psicoanalistas y ni siquiera analizados y que a menudo no tienen ningún contacto con las corporaciones psicoanalíticas.

Treinta años después de la Segunda Guerra Mundial, Austria estaba a punto de convertirse en el mayor bastión de las psicoterapias, mientras que Inglaterra por un lado y Francia por otro seguían siendo los dos países más freudianos de Europa, el primero a causa de su excepcional tradición clínica (Melanie Klein, Anna Freud, Winnicott, etc.), el segundo a causa de la renovación aportada por Lacan.

En 1981, los psicoterapeutas austríacos lograron romper el monopolio que reservaba exclusivamente a los médicos el derecho de llevar a cabo psicoterapias. Crearon entonces la Umbrella Organization of Psychotherapy Associations, la cual acogió en su seno a representantes de todos los métodos y a profesionales salidos de todas las profesiones sanitarias: psicólogos, trabajadores sociales, educadores, etc. Once años después, reagrupados en una asociación de gran poder, obtuvieron del Estado (hecho único en Europa) el reconocimiento oficial de su estatuto. Consiguieron además que los servicios de salud asumieran los gastos de algunos pacientes a los cuales se les pudo entonces reembolsar sus curas.

En este contexto, el Estado considera al psicoanálisis una psicoterapia particular, ya sea que la practiquen médicos, psicólogos o psicoterapeutas.¹⁶ En cuanto a los psicoanalistas, cuyo número es escaso

¹⁶ En Austria hay 5.367 psicoterapeutas en ejercicio, 85 psicoanalistas miembros de la Wiener Psychoanalytische Vereinigung (WPV) y un centenar de psicoanalistas

a causa del exilio de Freud y de todos sus compañeros en 1938, se repartieron en dos grupos: unos se afiliaron a la IPA, los otros son de obediencia lacaniana y provienen de los círculos de psicología profunda fundados por Igor Caruso en 1947. A menudo, estetas y eruditos aspiran a diferenciarse de los psicoterapeutas en un país que ha borrado de su memoria el nombre de Freud.

En Gran Bretaña, en un primer tiempo y tal como lo había previsto Jones, el psicoanálisis se puso bajo la férula de la medicina y se volvió la reina de las disciplinas en el seno de las psicoterapias. Éstas tomaron por ende un impulso importante en las clínicas inglesas, especialmente en la Tavistock Clinic donde se trataba a pacientes psicóticos o *borderline*.¹⁷ Pero una lenta declinación afectó a partir de 1960 a los clínicos reunidos en la prestigiosa British Psychoanalytical Society (BPS), que era sin embargo la única habilitada para calificarse con el término de “psicoanalítica”, después de haber acogido a Freud y su familia en 1938. Fue entonces cuando los psicoterapeutas empezaron a organizarse de forma autónoma creando la British Association of Counselling, sin que el Estado interviniera nunca, ya que en el Reino Unido todas las profesiones de salud, incluyendo la medicina, están revestidas de un estatuto privado y cada una depende de un organismo dotado de una legislación específica. Por consiguiente, los psicoterapeutas han recibido formaciones profesionales diversificadas. Un gran número entre ellos son médicos, psiquiatras o psicólogos, pero hay también trabajadores sociales, enfermeros, sacerdotes o incluso profesionales paramédicos.

Denominándose a sí mismos como una profesión “de ayuda verbal”, y al separarse en 1992 de los psicoanalistas de la BPS, que crearon en ese momento su propia asociación de “psicoterapia psicoanalítica”, los psicoterapeutas de todas las corrientes lograron unirse para fundar en 1993 el United Kingdom Council of Psychotherapy (UKCP). Este organismo abarca hoy en día ochenta organizaciones, sobre todo

lacanianos o miembros de los Círculos Igor Caruso. Véase Élisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Dictionnaire de psychanalyse, op. cit.* [*Diccionario de psicoanálisis, op. cit.*].

¹⁷ *Borderline state*: término utilizado por los clínicos norteamericanos y anglosajones para denominar trastornos de la personalidad y de la identidad que se hallan en el límite entre la neurosis y la psicosis.

las especializadas en las nuevas terapias, psicoterapias clásicas, comportamentalistas, pero también grupos psicoanalíticos no afiliados a la BPS y a menudo de obediencia lacaniana, así como toda suerte de prácticas clínicas surgidas ya sea de las escuelas de psiquiatría dinámica (Association of Jungian Analysts), ya sea de movimientos terapéuticos provenientes de la sociedad civil (Women Therapy Center, por ejemplo).¹⁸ El UKCP se define a sí mismo como una asociación caritativa¹⁹ cuyo objetivo es “promover el arte y la ciencia de la psicoterapia al servicio del público, así como la investigación y la formación profesional”. Sin embargo, como lo señala Adrian Rodees, le falta mucho al UKCP para organizar el conjunto de los psicoterapeutas cuyos efectivos aumentan sin cesar en Gran Bretaña. Existen, en efecto, alrededor de cuatro mil profesionales no “controlados” ni “registrados”, y nada permite afirmar que se trata de “charlatanes”.²⁰ La BPS es la única que señala como charlatán a todo psicoanalista que no forme parte de su círculo privado, particularmente los lacanianos.

En los dos grandes países que fueron los iniciadores del nazismo y del fascismo, es decir, Alemania e Italia respectivamente, el psicoanálisis no logró nunca volver a implantarse a causa del exilio masivo de sus maestros fundadores. En Alemania se la estigmatizó, a causa de ello, como “ciencia judía”. Se hacía necesario por consiguiente destruir sus instituciones, erradicar su vocabulario, su influencia cultural y sus conceptos. Después de 1945, sus profesionales fueron sometidos a legislaciones estatales de tipo autoritario o burocrático.

Más tarde, se la consideró como una psicoterapia común, y al igual que las otras psicoterapias, subordinada al poder de los médicos e integrada a las profesiones de la salud. Sólo los que han recibido un diploma de Estado, los psicólogos o los psiquiatras, pueden practicarla “libremente”. Todos los otros terapeutas, cualquiera que sea su formación profesional, deben observar la regla de una receta

¹⁸ *National Register of Psychotherapists*, UKCP, 1998 y 2003. 6.000 psicoterapeutas figuran en este anuario. En cuanto a la BPS, comprende 300 miembros. Consúltese *Membership Handbook and Roster*, IPA, 2003.

¹⁹ Conforme a la ley de 1901.

²⁰ Véase Adrian Rodhes, “L’histoire de l’UKCP”, en *La Psychothérapie au XXI^e siècle*, *op. cit.*, p. 132.

prescripta por un médico. Por consiguiente, a diferencia del paciente inglés, al que el Estado considera lo suficientemente lúcido como para elegir libremente a su terapeuta, el paciente alemán se ve privado de ese derecho, a menos que decida sustraerse al sistema de salud y correr el riesgo de recurrir a profesionales que el Estado considera "charlatanes". Se someten las curas a "peritajes" llevados a cabo por representantes de las cajas de seguro de enfermedad, públicas o privadas, los cuales pueden interrumpirlas en todo momento, definiendo por anticipado la cantidad de sesiones que requiere tal o cual patología. Por lo tanto, las terapias cognitivo-comportamentalistas se expanden en un país donde las obras completas de Freud nunca pudieron volver a editarse correctamente en su lengua original por no haber suficientes lectores, a pesar de los esfuerzos de Ilse Grubrich-Simitis, la mejor especialista mundial de los manuscritos del maestro.

En Italia, en virtud de la ley Ossicini²¹ del 18 de febrero de 1989, el estatuto de las psicoterapias se reglamentó enteramente luego de haberse creado el Consejo del Colegio de los Psicólogos, concebido según el mismo modelo que el de los médicos. En consecuencia, los únicos habilitados para ejercer psicoterapias son los psicólogos, los médicos y los cirujanos. No se reconoce ningún estatuto específico a los psicoterapeutas ni a los psicoanalistas que no tienen título, los cuales pueden ser perseguidos en todo momento por ejercicio ilegal de la psicoterapia.

Es cierto, sin embargo, que el Consejo del Colegio de los Psicólogos define el marco dentro del cual el Estado puede acreditar a esas instituciones de psicoterapia en los casos en que sus miembros no dispongan de los diplomas requeridos.²² Como la ley no menciona el término "psicoanálisis", éste escapa a toda reglamentación... pero no tiene existencia legal alguna. Por eso, temiendo los efectos perversos de una ley que sitúa a psicólogos y médicos en el punto más alto de

²¹ Deriva del nombre de Adriano Ossicini, diputado comunista que refundó el PDS.

²² Se puede consultar Gilbert Diatkine y Alain Gibeault, "Vers un statut européen de la psychanalyse", en *Monographies de la revue française de psychanalyse. La psychanalyse et l'Europe de 1993*, París, PUF, 1993.

la jerarquía, en cuanto a la validación de las psicoterapias, los psicoanalistas han decidido otorgar a sus escuelas de formación profesional el estatuto de institutos de psicoterapia. Para estar seguros de obtener la calificación, los miembros de la Società Psicoanalitica Italiana (SPI), afiliada a la IPA, y los de tres asociaciones de obediencia lacaniana, han aceptado que el psicoanálisis se vuelva de ese modo una psicoterapia entre otras, con la consiguiente desaparición de su especialidad científica.²³

En cuanto a los psicoanalistas que rechazan ese encuadre, se los deja en paz, puesto que la ley no menciona su disciplina. Pero en el caso de que un paciente presente una demanda, nada impedirá que sean perseguidos por ejercicio ilegal de la psicología y la psicoterapia, si es que no tienen diplomas. Por consiguiente, tanto el paciente italiano como el alemán —al contrario del paciente inglés— no tienen entera libertad para elegir a su terapeuta, a no ser que salga del sistema impuesto, exponiéndose a los riesgos que ello implica, para ir en busca de un terapeuta no controlado por el Colegio o, en otras palabras, de un “charlatán”.

El lector habrá comprendido ya que cuanto mayor sea la fuerza con que la relación del terapeuta con el Estado se sustente en un sistema liberal, mayores serán las posibilidades de que el paciente sea considerado un sujeto libre y digno de curarse con quien haya decidido hacerlo. Al revés, cuando esa relación descansa en un sistema autoritario, arbitrario o coercitivo, el paciente pasa a convertirse en una víctima potencial carente de toda responsabilidad en cuanto a sus deseos y demandas. En el primer caso, se da prioridad al principio de libertad, en el segundo, al principio de seguridad. Sin embargo, cualquiera que sea el sistema elegido, el psicoanálisis es contemplado por el Estado como una psicoterapia particular. Las reglamentaciones liberales favorecen la expansión de las psicoterapias en detrimento del psicoanálisis, ya que suponen una fragmentación de la noción misma de subjetividad y una división entre el sujeto (universal) y el individuo (relativo, categorial): a cada uno corresponde su terapia, de acuerdo con su “diferencia”. En cuanto a las reglamen-

²³ Testimonio de Sergio Benvenuto, 15 de marzo de 2004.

taciones autoritarias, no favorecen ni a las psicoterapias ni al psicoanálisis; sólo dan alimento a la sumisión del psiquismo a políticas estatales de salud mental y al sistema generalizado de peritaje.

Sin embargo, las legislaciones, cualesquiera que sean, no son en absoluto responsables de la pérdida de influencia del psicoanálisis en provecho de las psicoterapias. Porque la razón por la cual las sociedades psicoanalíticas se han vuelto corporaciones de salud, abandonando la ciencia en beneficio de la terapia —la investigación fundamental, “laica”, en beneficio de la parroquia—, reside en que ellas mismas se han señalado ante el Estado como asociaciones de psicoterapeutas.

En Francia, hasta octubre de 2003, los psicoanalistas habían logrado evitar toda forma de reglamentación a costa de librar una guerra permanente, tan feroz como ineficaz, en contra de los psicoterapeutas.

Sin embargo, ya desde 1983, Serge Leclaire, más animado por el espíritu de las leyes y de la dignidad de la república freudiana que por el deseo de reivindicar tal o cual categoría profesional, había comprendido hasta qué punto la esclerosis de sus instituciones hacía pesar una amenaza corporativista sobre el psicoanálisis. Fue por eso que el 15 de diciembre de 1989 avisó en la prensa la creación de una Asociación que aspiraba a ser una instancia ordinal de los psicoanalistas (APUI): “Desde hace unos treinta años —decía—, el movimiento psicoanalítico francés es el mejor y el más vital del mundo, lo cual puede decirse todavía hoy, sobre todo comparándolo con los Estados Unidos. Ahora bien, tengo la impresión que se va esclerosando en una especie de guerras de religiones y en debates teóricos que no producen, ya ninguna invención. Y no es de desear que el movimiento analítico francés aborde el año límite de 1992²⁴ en ese estado de debilidad [...] El peligro actual es que el psicoanálisis naufrague, se diluya [...] La mayoría de los analistas en Francia no tienen notoriedad. No están en aparatos institucionales. Forman una generación de entre treinta y cinco y cuarenta años que no se interesan en absoluto por

²⁴ Serge Leclaire alude aquí al Acta Única Europea firmada el 31 de diciembre de 1992 por los doce Estados miembros de la Comunidad Económica Europea.

las querellas de sus predecesores. Y necesitan un lugar, un conjunto. Allí reside la fuerza de nuestra iniciativa, en no estar marcada por ningún aparato".²⁵

El adjetivo "ordinal", sugerido por un alto funcionario del Estado llamado Alain Gerolami, aterrizó al conjunto de la comunidad psicoanalítica francesa, la cual aprovechó para burlarse del proyecto haciéndole recordar a su autor que el Colegio de Médicos había sido fundado por el gobierno de Vichy. Y sin embargo, la oportunidad del proyecto era incuestionable. Leclaire estaba muy al tanto, en efecto, de las diversas legislaciones europeas y se preocupaba ya por las relaciones entre el Estado, las psicoterapias y el psicoanálisis. No lo escucharon.²⁶

Poco después de la muerte de Serge Leclaire, Jacques Sédal modificó la significación de su proyecto y con sus amigos del "grupo de contacto", entró en la espiral de una lucha despectiva en contra de los psicoterapeutas, que desembocaría en el desastre de las enmiendas de octubre de 2003 y enero y abril de 2004, que hemos mencionado al comienzo de este libro: "Estamos hoy —escribía Jacques Sédal en 2001— en una situación en que hay una demanda de reglamentación por parte del público y también por parte de algunos psicoterapeutas que verían con buenos ojos, quizá, que se elevara su dignidad si se ubicara al psicoanálisis en la serie de las psicoterapias. También la comisión Vivien exige una reglamentación acerca de las sectas, la exigen asimismo personas que se preocupan por proteger al público, como por ejemplo el doctor Accoyer, que ha tomado esta iniciativa parlamentaria para insertar la psicoterapia en el Código de Salud Pública, limitando su ejercicio a los psiquiatras y doctores en psicología".²⁷

Cuando sabemos, como lo he mostrado, que el psicoanálisis se ha vuelto un equivalente "ideológico" de una psicoterapia a causa de la

²⁵ Serge Leclaire, "Entretien", *Libération*, 17 de enero de 1990. El documento fundador de la APUI estaba firmado por Jacques Sédal, Danièle Lévy, Lucien Israel y Philippe Girard.

²⁶ Muchos psicoanalistas, entre los cuales se encuentra Jacques-Alain Miller, reconocen hoy en día haberse equivocado en ese momento.

²⁷ Jacques Sédal, "La psychanalyse et l'Etat", artículo citado.

orientación de sus asociaciones, cuando sabemos que en 2001 el fenómeno de las sectas estaba ya en regresión en Francia, y cuando somos conscientes, por último, de las consecuencias catastróficas que acarrea, desde el punto de vista ético, la aplicación estricta del principio de seguridad en detrimento del principio de libertad, comprenderemos cuán retrógradas, fundamentalmente antieuropeas y cuestionables desde el punto de vista constitucional²⁸ son las enmiendas en cuestión: “Este gobierno —escribe François-Henri Briard—,²⁹ lo digo públicamente, no tiene la valentía de encarar de frente el problema y elaborar un verdadero proyecto de ley [...] Se utiliza, pervirtiéndolo, el procedimiento de la enmienda aplicándolo a un texto que no tiene nada que ver con la psicoterapia y que se discute en menos de doce minutos entre unos doce diputados. Provoca realmente consternación el comprobar que en este país se promulgan leyes sobre cualquier cosa y sobre casi todo, eso es lo que el vicepresidente del Consejo de Estado denomina una ‘gesticulación legislativa’”.³⁰

Esas enmiendas pretenden no solamente dispensar de la ley a una categoría de ciudadanos (los psicoanalistas) en detrimento de otra (los psicoterapeutas), sino que además someten a la férula de un sistema autoritario y conservador el conjunto de las medicinas del alma. Que los representantes de doce sociedades psicoanalíticas francesas hayan sostenido y ratificado esas enmiendas nos confirma sin duda que la disciplina reina corre peligro en Francia, ya que sólo un tercio de sus representantes, sostenidos por intelectuales, manifestaron públicamente su desacuerdo con el acto del 12 de diciembre y con su política de detección del sufrimiento psíquico.

¿Cómo salir de este atolladero? Será preciso sin duda que en un

²⁸ La Constitución francesa regula de un modo estricto el derecho de enmienda. Una enmienda resulta inaceptable si el adoptarla aumenta los gastos públicos, lo cual podría muy bien ser el caso de la enmienda de Mattei-Giraud, la cual provocará un aumento del déficit del Seguro Social estatal si las curas no son reembolsadas. Además, esta enmienda atenta contra la libertad de emprender y pone en tela de juicio situaciones existentes. Por último, lo cual es lo más importante, introduce una discriminación entre dos tipos de prácticas similares ante la ley: el psicoanálisis y la psicoterapia.

²⁹ Abogado del Consejo de Estado.

³⁰ François-Henri Briard, “L’amendement Accoyer est-il inconstitutionnel?”, *La psychanalyse au XXI^e siècle*, op. cit., p. 139.

día no lejano (¡esperemos que así sea!) los psicoanalistas, convertidos, al igual que los psicoterapeutas, en profesionales de la psique, puedan proponer al Estado (después de reflexionar sobre los diferentes sistemas europeos que acabo de evocar) una reglamentación honesta y original que tenga en cuenta los intereses y los deseos no sólo de los pacientes sino de todas las “familias” de terapeutas implicadas en el sufrimiento psíquico contemporáneo, es decir, psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, psicoterapeutas.

“Si yo supiera que una cosa útil para mi nación sería ruinoso para otra —decía Montesquieu—, no la propondría a mi príncipe, porque soy un hombre antes de ser francés, o bien, porque soy necesariamente hombre y sólo por azar soy francés. Si yo supiera de algo que me fuera útil a mí y dañino para mi familia, trataría de sacarlo de mi espíritu. Si supiera de algo que fuera útil para mi familia y que no lo fuera para mi patria, trataría de olvidarlo. Si supiera de algo que fuera útil para mi patria pero perjudicial para Europa, o que fuera útil para Europa y nocivo para el género humano, lo consideraría un crimen.”

Esto y no otra cosa es el espíritu de las leyes.

ANEXOS

1.

El juramento de Hipócrates¹

1. Juro por Apolo, médico, por Esculapio, por Hygia y Panacea, por todos los dioses y las diosas, a los que tomo por testigos, que cumpliré en la medida de mis fuerzas y mi capacidad, el juramento y compromiso siguientes:
2. Pondré a mi maestro en medicina en la misma categoría que los autores de mis días. Compartiré con él mi haber y si fuera necesario proveeré a sus necesidades. Consideraré a sus hijos como hermanos y, si desean aprender la medicina, se la enseñaré sin salario y sin compromiso.
3. Comunicaré los preceptos, las lecciones orales y el resto de mi enseñanza a mis hijos, a los hijos de mi maestro y a los discípulos ligados por un compromiso y un juramento en virtud de la ley médica, con excepción de cualquier otro.
4. Orientaré el régimen de los enfermos en beneficio de éstos, a la medida de mis fuerzas y de mi juicio, y me abstendré de todo mal y toda injusticia.
5. No daré a nadie veneno, si se me lo pide, y no tomaré la iniciativa de tal sugestión. De un modo similar, no proporcionaré a ninguna mujer un preservativo para abortar.
6. Pasaré mi vida y ejerceré mi arte en la inocencia y la pureza.
7. No practicaré la operación de la incisión.²

¹ Jamás podremos saber si se trata del auténtico texto de Hipócrates, porque la versión más antigua que se tiene es un manuscrito bizantino del siglo IX (nota de Antoine Courban).

² Extracción de cálculos. El punto 6 significa que el terapeuta se limita a lo que pertenece al campo de su práctica.

8. Cualquiera que sea la casa donde entre, entraré para utilidad de mis enfermos, me preservaré de toda fechoría voluntaria o corrupta y sobre todo de seducir a las mujeres y los muchachos, libres o esclavos.
9. Sea lo que fuere lo que viera u oyera en la sociedad durante el ejercicio o incluso fuera del ejercicio de mi profesión, callaré lo que no necesita ser divulgado, adoptando como una obligación el deber de la discreción en el caso de que se presentasen circunstancias similares.
10. Si cumplo este juramento sin transgredirlo, que me sea dado gozar felizmente de la vida y de mi profesión, respetado para siempre entre los hombres.
11. Si violo este juramento o me traiciono, deseo que mi suerte sea contraria.

2.

Intento de clasificación de las medicinas del alma y el cuerpo *

1. Medicinas arcaicas

Medicina faraónica

Medicina mesoamericana

Medicina china

Medicina india (Ayurveda)

Medicina griega prehipocrática

2. Medicinas mágicas o religiosas

Chamanismo

Trance

Ritual vudú

Ashram*

Exorcismo

Prácticas de los curanderos,* adivinos y hechiceros*

3. Medicina científica (alianza de una clínica y de un sistema de pensamiento)

A. Medicina griega (hipocrática), helenística (galénica), bizantina, árabe, latina.

* Indicación de una posible frontera común entre medicina mágica, medicina paralela, secta, psicoterapia.

B. Medicina científica moderna (siglo XIX). En Francia: 196.000 profesionales repartidos en unas cuarenta especialidades, una de las cuales, la psiquiatría, comprende 13.600 practicantes, entre los cuales el 50% implementan el psicoanálisis. Ocho millones de pacientes se insertan en un enfoque psicológico (psicología clínica), un tratamiento psíquico (psicoanálisis, psicoterapia) o uno basado en psicotrópicos (psiquiatría).

C. Profesiones paramédicas: enfermeros, kinesioterapeutas, podólogos, ortofonistas, pedicuros, etcétera.

4. Escuelas de psiquiatría o psicopatología llamadas “dinámicas” o “psicodinámicas” (alianza de una clínica y un sistema de pensamiento)

A. Psicoanálisis (Sigmund Freud y sus herederos: seis grandes tendencias en el mundo a partir del freudismo clásico, cuatro de las cuales están presentes en la International Psychoanalytical Association (IPA) fundada por Sigmund Freud en 1910; annafreudismo, *Ego Psychology*, *Self Psychology*, kleinismo, psicoanálisis existencial (*Daseinanalyse*), lacanismo. En Francia, dos corrientes principales (freudismo clásico y lacanismo) abarcan alrededor de 6.000 profesionales y 19 asociaciones.

B. Psicología clínica (Pierre Janet): varias especialidades asociadas con especialidades médicas: psicósomática, psicooncología, psicodermatología, psicogerontología, etc. En Francia se calcula en 22.000 la cantidad de profesionales, entre los cuales un 80% ha recibido una formación en psicoanálisis.

C. Psicoterapia institucional (subordinada a la psiquiatría).

D. Psicología analítica (Carl Gustav Jung). Cuenta en Francia con 200 profesionales.

Psicología individual (Alfred Adler).

5. Escuelas de psicoterapia

700 apelaciones en el mundo, 50 en Francia, 7.500 profesionales, de los cuales 500 son psiquiatras y 1.000 psicólogos. El 75% practica

el psicoanálisis. 70 institutos de formación profesional entre los cuales unos 30 se reparten entre dos federaciones (FFdP, AFFOP). Lista no exhaustiva:

A. *Psicoterapias arcaicas o clásicas:*

Magnetismo fluídico (Franz Anton Mesmer)
Magnetismo simple (Puységur)
Hipnotismo
Sugestión
Método catártico
Sexoterapia (derivada de la sexología)
Sueño despierto dirigido

B. *Psicoterapias psíquicas o psicocorporales, derivadas o disidentes del psicoanálisis, llamadas también "nuevas terapias":*

Psicodrama
Picosíntesis
Logoterapia
Training autógeno
Terapia familiar llamada "sistémica"
Gestalt-terapia
Análisis transaccional
*New Age** (movimiento)
Desarrollo personal (movimiento)
Psicoterapia integrativa
Psicoterapia Morita
Ashram*
Psicoterapia funcional
Enfoque centrado en la persona
Hipnoterapia denominada "ericksoniana"
Análisis psicoorgánico
Sofia-análisis
*Rebirth**
Emet-análisis
Terapia por el arte

Psicogenealogía
 Programación neurolingüística (PNL)
 Kinesiología*
 Masaje sensitivo
 Energía específica para una ecología relacional esencial (ESPERE)
 Afirmación de sí
 Vegetoterapia
 Morfoanálisis
 Método Vittoz
 Grito primal
 Bioenergía
 Análisis del carácter (Wilhelm Reich)
 Análisis bioenergético (Alexandre Lowen)
 Co-consejo-sostén mutuo
Rolfing
 Sofrología
 Amorología
 Relajación (7 métodos)
Counselling
Coaching
 Haptonomía

C. *Terapias del comportamiento llamadas también “cognitivo-comportamentalistas” (TCC). En Francia hay 532 profesionales, en su mayoría psiquiatras, agrupados en dos asociaciones:*

Modificación del comportamiento
Deprogramming
Debriefing
 Desensibilización mediante movimientos oculares
 Gestión del estrés
 Terapia cognitivo-analítica
 Terapia comportamentalista
 Terapia cognitivo-comportamentalista
 Terapia dialéctico-comportamentalista
 Terapia comportamentalista y cognitiva mediante la realidad virtual

6. Medicinas paralelas, llamadas “naturales” o “alternativas”, contemporáneas de la medicina científica moderna, y medicinas ocultas.

Doscientas en el mundo según la OMS (lista no exhaustiva). Hay en Francia alrededor de 100.000 profesionales médicos o no médicos, con diplomas o sin ellos, y 30 millones de pacientes.

Homeopatía
Auriculoterapia
Iridología
Quirología
Osteopatía
Quiropraxis
Kinesiología
*New Age** (movimiento)
Fitoterapia
Aromaterapia
Terapia a base de resina de pino
Nutricionismo
Instintoterapia
Macrobiótica
Espagirismo
Hidroterapia
Mesoterapia
Nevralterapia
Reflexología plantar
Simpaticoterapia
Medicina antroposófica
Naturopatía
Galvanismo
Ventosas
Sangrías
Endocrinoterapia endógena
Urinoterapia
Radiestesia
Diagnóstico mediante examen de la lengua

Diagnóstico astrológico

Acupuntura

Yin Yang

Astrología psicoanalítica

Tratamientos parapsicológicos

Astrólogos curadores

Videntes

Curanderos,* adivinos y hechiceros*

3.

Las sectas contemporáneas

172 contabilizadas en Francia entre 1983 y 1999. 500.000 personas implicadas en el fenómeno.

1. Clasificación general

Movimientos satánicos o apocalípticos
Grupos neopaganos
Movimientos ocultistas
Movimientos orientalistas
Iglesia evangelista
Grupos curanderistas

2. Lista no exhaustiva

Moon
Raelianos
Iglesia de Cientología
Sukyo Mahikari
Krishna
Brama Kumari
World Spiritual University
Testigos de Jehová
Mormones
Waco

Christian Science
Orden del Templo Solar
Meditación trascendental*
Nueva Acrópolis
Fraternidad Blanca Universal
Ecoovie
Kinesiología*
Invitación a la Vida Intensa (IVI)
Psicoanálisis tántrico
Ashram*
*New Age** (movimiento)